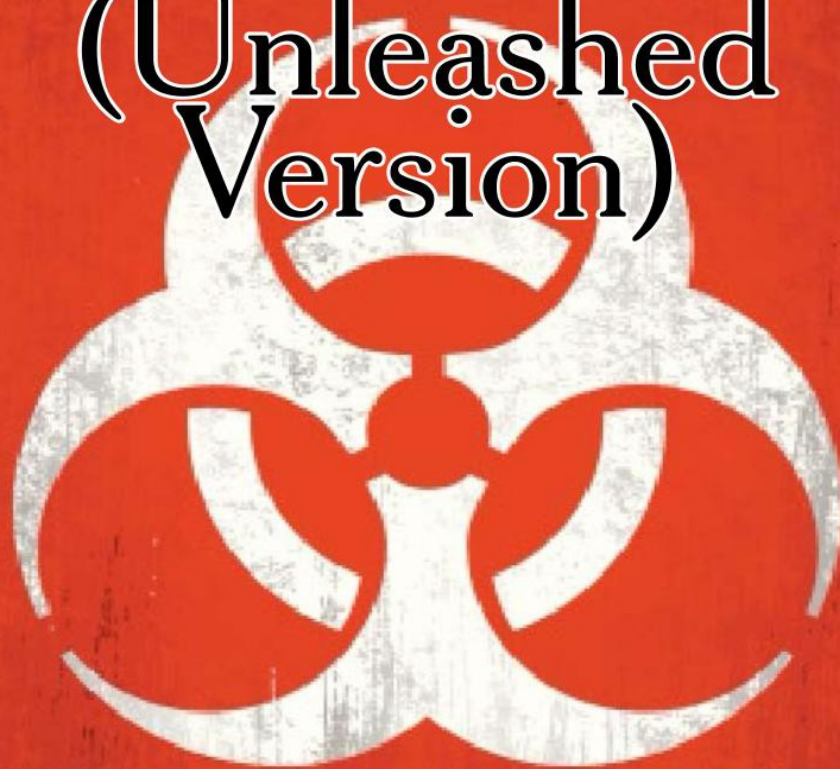


Territorio  
Indomito  
(Unleashed  
Version)



Elmer Ruddenskjrik

# Territorio Indómito (Unleashed Version)

Elmer Ruddenskjrik

# TERRITORIO INDÓMITO

Copyright 2011 Elmer Ruddenskjrik

Dedicado a los hijos de puta: el mundo es vuestro...

Y ahora, que comience la función...

“Jack Burton dice...: ¿pero qué pasa?”  
-Kurt Russel en “Golpe en la pequeña China”-

## PRÓLOGO

Calor. Un calor nada usual. Estaban acostumbrados a las altas temperaturas de la selva durante todo el año, pero aquello no conocía parangón. La piel morena de cada uno de ellos despedía un continuo vapor casi invisible. Su propio sudor y la lluvia torrencial que caía impiadosa sobre ellos se disipaba rápidamente con su elevadísimo calor corporal.

No se trataba tan sólo de la atmósfera asfixiante; habían estado corriendo, huyendo, impulsados por un terror que tiraba de ellos hacia delante, sintiendo al unísono sus corazones como continuamente arrastrados fuera de sus pechos por una garra monstruosa, siguiendo esa trayectoria para no verlos fuera de sí... Un miedo que ni habían conocido nunca antes ni que apenas si eran capaces de comprender. Aquella era su selva, ¡su casa! Y se sentían los cuatro como si acabaran de ser depositados en otro mundo por fuerzas desconocidas y perversas.

Tendrían que saber dónde estaban, pero se habían detenido exhaustos y se miraban unos a otros incapaces de decirse nada, encontrándose, en las caras que rodeaban a cada uno, con un fiel reflejo del espanto y desorientación propios, que no hacía más que sumirlos en un estado de ánimo nuevo y desconocido para ellos, una presencia oscura que les crecía en las entrañas y se extendía a lo largo de su cuerpo, produciendo primero náuseas al estómago, luego contracción de los pulmones, sequedad y estrechamiento de las vías respiratorias, y, finalmente, entumecimiento de sus capacidades conscientes: se trataba de la desesperación.

Habían corrido durante no sabían cuánto, pero la luz del día ya empezaba a desaparecer, algo que resultaba bastante desamparador, ya envueltos en la grisácea penumbra de la tormenta. Recuperando poco a poco el aliento, empezaron a creerse a salvo, alejados de los espantosos alaridos que les habían estado lanzando los miembros de aquella otra tribu, antaño aliados suyos, durante su persecución.

¿Qué les había pasado? Habían llegado hasta ellos como tantas otras veces, dispuestos a intercambiar bienes amistosamente, sólo para descubrirles afanados en quehaceres nada propios de los hombres. ¡Casi parecían bestias! Y lo peor había sido el modo en que les habían mirado al encontrarles a ellos mismos observándoles incrédulos...

¿A qué venía todo ése odio repentino? ¿Acaso había habido algún malentendido que había originado una nueva rivalidad entre ambas tribus? Era casi imposible que algo volviera a separar los lazos casi fraternales entre unos y otros, no sin antes haber quedado claro que un diálogo extenso no solucionaba nada.

Demasiada locura, demasiado miedo, cuando los vieron lanzarse en pos de ellos al unísono, toda la aldea arrastrada como si de una marabunta se tratase, y verles ya muy cerca, con las bocas exudando sangre desde las encías, los ojos totalmente oscurecidos por unas pupilas extremadamente dilatadas, toda la piel de cada uno agrietada y escamosa como si de barro seco se hubieran estado adornando... Pero no era barro, era parte de su cuerpo, hasta parecían sobresalir escamas de sus antebrazos y hombros, como en los cuerpos de los cocodrilos.

Sus otros dos compañeros, que habían llegado los primeros cargados con objetos y presas de animales como clásicas muestras de amistad, esperando ser de manera cálida recibidos, como era costumbre, habían sido vapuleados, mordidos y despedazados con herramientas que no estaban ni construidas a tal fin. No habían tenido tiempo siquiera de pensar en ayudarlos, la masa arrolladora ya se había dirigido insaciable hacia ellos como conducida por el espíritu de demonios antiguos.

Ahora, al menos, estaban a salvo. No sabían dónde estaban, pero sí de dónde habían venido. Empezaron a discutir en voz muy baja sobre qué camino emprender para rodear lo más lejos posible aquel lugar y regresar a su casa... ¡Tenían que advertir a los suyos!

La discusión estaba tomando un cariz acalorado como nunca habían experimentado antes. Tenían miedo. Algo en todo aquello les tenía crispados a un nivel inconsciente, y toda su templanza forjada

por décadas de disciplina como silenciosos cazadores de la selva estaba siendo echada por tierra en una pelea donde estaban obviando todo el respeto que se tenían unos a otros...

Hasta que, el más viejo y fuerte de los cuatro, les mandó callar y alzó una mano, instándoles a escuchar. Los otros tres miraron en derredor. Sólo se oía el tamborilear furioso de la lluvia, por todas partes. Cruzaron miradas, y luego, al mismo tiempo, posaron sus ojos sobre el cazador de poblada barba oscura, apoyado en su lanza, la vista fija en el suelo, los párpados entrecerrados...

Pensaron de él que ya estaba senil, una fama que había empezado a labrarse a lo largo de los últimos años. La reciente experiencia le habría acabado de hacer perder todo el juicio...

De pronto, cuando uno de ellos iba a poner la mano en su hombro, intentando devolverle a la realidad, se dio media vuelta antes de llegar a ser tocado. Se irguió y miró al frente, más allá de la espesura, la lanza en su diestra, firmemente afianzada al suelo...

Los demás siguieron su mirada. ¿Había algo? No oían ni veían nada... ¡Un momento! ¡Algo, sí! Algo se entreveía en la maleza sacudida por las pesadas gotas de lluvia... Dos placas redondas y plateadas, brillando como los ojos de un gran felino en la penumbra...

Una masa oscura se lanzó de pronto hacia el viejo cazador arrancando ramas y hojas, desconchando la corteza de los árboles a su alrededor. Ése último saltó y se incorporó tras rodar a un lado a tiempo de ver que la cosa derribaba a uno de sus compañeros de un manotazo que iba dirigido a su persona. La cabeza de aquél estalló en humo de cabello, sangre y hueso espolvoreados por el tremendo impacto que la bestia le había dado con el dorso de su mano. No se detuvo ahí, hizo volver su puño cerrado ante sí, haciéndolo descender en el aire para golpear en el hombro a otro hombre, que cayó derribado, visiblemente deformado, toda la parte izquierda de su cuello grotescamente aplastada.

El viejo cazador se lanzó con la punta de su lanza por delante, convencido de coger a la criatura por sorpresa. La punta de piedra resbaló en la piel brillante, el impulso dado quebró la madera de la lanza. El ser se volvió a mirarle, resoplando un aliento caliente que le asfixiaba, de un olor indeterminado, simplemente una nube exhalada en la que no había cabida para el oxígeno. Se quedó sin respiración, alzando la cabeza para mirar a los ojos de su rival. No tenía. O sí, pero parecía que no, sólo había oscuridad dentro de las cuencas sin párpado. Iba a morir, y la bestia, estaba seguro, se deleitaba observándole en el descubrimiento de esa revelación...

Su otro compañero, el más joven, interrumpió el diálogo silencioso entre hombre y monstruo lanzándose sobre la espalda brillante y resbaladiza. Se encaramó asiendo el cuello del monstruo, y empezó a golpearle la cabeza con una gran piedra en su otra mano. Sonaba como dos enormes rocas deshaciéndose una contra otra durante su precipitar por un acantilado. El cráneo del monstruo cedió, uno de los ojos negros explotó aplastado hacia el viejo cazador, manchándole la barba de una sustancia negra y gelatinosa, maloliente como ninguna otra cosa que conociera.

El monstruo empezó a debatirse dolorido y furioso, el joven cazador colgando de su espalda, las piernas en volandas, incapaces de hallar asidero. Y en uno de sus violentos giros, las piernas lanzadas en amplio y alto círculo por los aires, apareció de la nada otra enorme criatura negra y escamosa, abultada en su espalda por informes aglomeraciones sólidas, y asió las extremidades al vuelo, tirando del joven hasta que no le quedó más remedio que soltarse.

Ante la mirada del viejo cazador, impávido no por ausencia de miedo, sino más bien por una sobredosis de él, que veía aquello como ajeno, como si de un terrible sueño en el que no participaba se tratara, las dos criaturas, mostrando una crueldad y ferocidad imposibles en ser vivo alguno, cogieron a su joven compañero entre las dos, una de las piernas, de los brazos la otra, y tiraron, tiraron sin medida; sus enormes brazos tensados hasta el extremo, al punto de rugir ambas bestias de una manera desatada, imbuidas de una fuerza casi dolorosa, de tan terrible esfuerzo que ejercían, ahogando los horribles gritos del ser humano en el medio, que se descoyuntaba por partes, primero las uniones de huesos y cartílagos dentro de la piel estirajada, luego ésta desgarrada como una bolsa de cuero para el agua.

El viejo cazador no pudo ver más. Hizo lo que nunca podría perdonarse en lo que le quedaba de vida; lo único, sin embargo, que podía hacer; se dio media vuelta y echó a correr, perdiéndose en la espesura, sin dirección ninguna. Sólo quería huir del horror. Pero los gritos de su joven amigo le persiguieron en la oscuridad, durante mucho más de lo que podía soportar, hasta una distancia mucho mayor de la que podría nunca recorrer...



## INFORMES

Samantha Brenniard se desperezó y escupió los pelos de su coleta, la cual le envolvía la cabeza a la altura de la mejilla. El putito tono de llamada de Trebor Clain, el jodido “coronel Clain”, como le gustaba al muy imbécil que le llamaran; ni coronel a secas, ni Clain, tenía que decir “coronel Clain”, en ello insistía el muy mamón. Y “ay” del que se le ocurriera llamarle por su nombre de pila, Trebor. Era un tipo de lo más inquietante, irascible e impertinente. Por algo ella le había puesto como tono de llamada en el móvil la musiquilla de Darth Vader. No había conocido nunca a nadie que se le pareciera tanto, hasta hablaba como él, con una voz profunda y carente de inflexión, como un robot.

— ¡Me cago en la puta madre de Darth Vader, Luke Skywalker y Ben Kenobi! ¡Y me cago en George Lucas, joder! —rugió cogiendo el teléfono de la mesita de noche, y terminó gritándole al aparato, antes de descolgar—. ¡ME CAGO EN TU PUTA MADRE!

Descolgó, echando un vistazo por la amplia ventana de su dormitorio, ya sentada con los riñones contra la almohada. No dijo nada, esperó a que hablara el muy capullo del “coronel Clain”.

— ¿Señorita Brenniard? —oyó preguntar confuso al coronel—. ¿Señorita?

No dijo nada durante unos segundos, y hasta estaba tentada de no hablar con él, sólo dejarle creer que algo iba mal con la comunicación. “Que tome por culo”, pensó, pero acto seguido empezó a hablar, interrumpiendo las constantes e inútiles repeticiones de su apellido.

—Diga, coronel, ¿a qué debo “tan oportuna” llamada? —inquirió eligiendo sus palabras, dotándolas de un acerado tono.

—Déjese de bromas. Esto es serio. Aquí. Ahora —dijo sin más, y colgó.

“No, si tendrá el hijoputa la cara, encima, de enfadarse él. Hay que joderse”, pensó Samantha, y salió de la cama presta a darse una ducha rápida antes de salir.

Cuando salió de la ducha, considerablemente relajada y despierta gracias al agua fría, se contempló en el espejo, aún desnuda. Sí, le gustaba mirarse.

“¿Cuándo cojones conoceré al capullo que se merezca éste cuerpo?”, pensó, cogiéndose los senos y sopesándolos. Bonitos ojos marrones, perfecta proporción entre boca y nariz pequeñas, preciosa melena de cabello oscuro... ¿Qué era lo que fallaba? “Nada, subnormal. Lo que falla es que no hay quien te aguante...”, se respondió mentalmente.

Pensó en “dedicarse unos minutos para sí misma” antes de salir..., pero parecía que había prisa, aunque no supiera para qué, y le gustaba tomarse su tiempo, claro. Además, acababa de ducharse, el momento idóneo para ello acababa de pasar. “Eres imbécil hasta para eso, colega”, se regañó una vez más, y salió del cuarto de baño para vestirse de una vez.

— ¡Como monos, como putos monos! —entró ladrando Luke Seward en la sala de reuniones, vacía, a excepción de la inestimable presencia de su amigo, Ben Ecclesten—. ¡Por algo le han puesto de nombre a esta organización lo de Black Monkeys!

— ¿Qué te pasa, hombre? —inquirió sin interés ninguno Ben, sentado en una incómoda silla de aluminio en mitad de la mesa, una lata de refresco en su mano.

— ¡Que nos tratan como putos monos, eso me pasa! —explicó Luke, pasándose las manos por el pelo afeitado al estilo militar.

Como que era un soldado, de ahí su peinado y el uniforme de color caqui que lucía con su altura y las protuberancias que se apretaban contra la tela a la altura del pecho y en los bíceps. Su amigo Ben, a pesar de ser un oficial del mismo rango, había dejado crecer su cabello hasta ser casi ya una media

melena castaña, e iba ataviado con cómodos pantalones cortos y una camiseta negra que rezaba en letras blancas “Bon Appétit” en plena mitad de la espalda.

—Oye, ¿no te tira de la sisa, ese uniforme que te empeñas en llevar? —cambió de tema Ben, para nada interesado en escuchar quejarse una vez más a su amigo.

—Somos soldados, y debemos llevar uniforme, aunque aquí, a todos, eso les tire del nabo. Incluido tú, claro.

—No digo que no lleves uniforme. Digo sólo que deberías usar uno de tu talla, capullo presumido de mierda... —replicó Ben, dando a continuación un sonoro sorbo de su refresco.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Luke, sin hacer siquiera amago de molestarse por el comentario sobre su muy cierta vanidad.

—¿Esto? Coca-Cola —dijo Ben despreocupadamente.

—¿Qué haces? ¿Publicidad gratuita? ¡Digo eso! —insistió Luke, señalando con dos dedos, el índice y corazón unidos, un gesto que hacía mucho. ¿Deformación profesional?

—¡Ah!, ¿ésto? Bueno —empezó Ben, alzando la lata ante sí—, lo llaman mano, sirve para coger cosas, como esta misma lata de Coca-Cola, ¿ves?

—¡Me cago en tu padre! —exclamó Luke, acercándose a la mesa y cogiendo la carpeta marrón que su amigo estaba usando de posavasos.

—Creo que es el tema por el que nos han llamado —explicó Ben, mientras su amigo ya hojeaba el interior—. No sé quién lo habrá dejado aquí...

—¿Lo has mirado? —preguntó Luke sin apartar la mirada del interior de la carpeta, sentándose en la silla contigua a la de Ben.

—Claro. Pero no me he enterado de nada... —apuntó Ben, y se dio otro lingotazo de refresco, con el que hizo sonoras gárgaras antes de tragar.

—¡Eres un puto cerdo!

—Sí, y por eso me amas, ¿verdad? —bromeó Ben.

—No hay quien te aguante...

—Suerte que te tengo a ti... —siguió Ben, rodeando con un brazo a Luke y fingiendo que le iba a besar en la mejilla—. ¡Déjame que te quiera, perro!

La puerta de la sala se abrió de pronto, en tan oportuno momento. Una chica de cabello oscuro recogido en una coleta que iba desde la coronilla hasta el cuello se quedó ahí parada, con los ojos muy abiertos, la mano aún sobre el pomo. Vestía pantalones vaqueros y una camiseta morada de tirantes. Sus zapatillas negras de deporte chirriaron en el suelo cuando empezó a hacer ademán de retirarse.

—Disculpadme —decía.

—¡No, espera, no te vayas! —dijo muy rápido Luke, levantándose como impulsado por un resorte de la silla—, que no es lo que parece, ¿eh?

—Vale —dijo ella enarcando las cejas, y cerrando ya la puerta. Pero se detuvo y volvió a abrir—. ¿No será aquí la reunión con el coronel Trebor Clain, por un casual?

—Sí, sí, a nosotros nos han llamado para eso, precisamente —se apresuró demasiado a decir Luke, echándole una furiosa mirada a Ben, quien sonreía complacido, aún sentado.

—Algo de no sé qué, en no sé dónde... —añadió Ben, palmeando la carpeta abierta sobre la mesa—. ¿Quieres echar un ojo, antes de que venga el Don?

—¿El Don? —preguntó ella, acercándose a la mesa.

—Sí, Don Clain. El jefecillo de ésta familia mafiosa que se han montado a espaldas del gobierno... —explicó Ben, reclinándose como podía en su silla.

— ¡Seh! —hizo Luke, dándole un puñetazo en el hombro a su amigo, indicándole silencio—. Es nuestro superior, cojones, un poco de respeto.

— ¡Pero si es un gilipollas!

El móvil de Samantha empezó a tocar la consabida sintonía de Darth Vader, interrumpiendo su examen de aquellas hojas.

—El gilipollas... —anunció, mirando a uno y otro hombre con cara de cansancio. Descolgó—. ¿Sí?

— ¿Dónde está, señorita Brenniard? —oyó decir a la voz neutra de Trebor Clain por el aparato.

—En la sala de reuniones —dijo ella.

— ¿Qué hace ahí?

—Su secretaria me dijo que no estaba en su despacho, que se dirigía usted hacia aquí... —explicó ella.

—Muy bien, no se mueva —terminó el coronel Clain, colgando.

—Ya viene —anunció ella para los dos hombres—. Tú eres soldado, ya, y tú... ¿qué eres?

—Soldado, cabo Ecclesten, igual que él —señaló Ben, mirando a su amigo.

— ¿También se llama Ecclesten? —preguntó Samantha a Luke, sonriendo.

—No, soy Luke, y éste imbécil es Ben... Te lo digo porque es capaz de contestarte cualquier cosa si le preguntas directamente su nombre...

— ¿En serio? ¿Luke y Ben? —exclamó ella, meneando una mano de uno a otro.

Ellos cruzaron miradas, como sin entender. Luke estaba serio, con auténtica cara de palo. Ben sonreía abiertamente, despatarrado sobre la silla.

— ¿Star Wars? —les ayudó ella, intentando que vieran la gracia.

— ¿El proyecto de Ronald Reagan? —preguntó Luke, señalándola con dos dedos, como siempre.

En ese momento volvió a abrirse la puerta. Trebor Clain permaneció un momento así, sujeto por su enorme puño pálido al pomo. Daba la impresión de querer tirar de la hoja hasta arrancarla de sus goznes para luego liarse a palos con ella sobre aquellos tres, que le miraban con temor subordinado el uniformado, con cansado desprecio la mujer, y con una cordial sonrisa de oreja a oreja el que estaba sentado. Suspiró arrugando el labio inferior, haciendo levantarse un poco los pelillos recortados de su bigotillo canoso. Cerró la puerta mientras les ofrecía la espalda premeditadamente, ajustándose con la otra mano las gafas graduadas de montura metálica.

Luke aprovechó para tragar saliva, aunque su garganta reseca no hizo más que crujir, observando la nuca de cabello blanco y afeitado a su mismo estilo militar, preguntándose qué iba a pasar, que el coronel parecía de mal humor, incluso cabreado específicamente con ellos tres. “Bueno, él tampoco lleva uniforme”, se dijo Luke, contemplando el traje de chaqueta y pantalón gris que vestía el coronel Clain, “si nos va a regañar, espero que aprecie mi disciplina y decoro marciales”.

El coronel se volvió al fin, y acertó a ver la carpeta abierta junto a la mujer.

— ¿Qué han estado haciendo? ¿De dónde han sacado eso? —dijo con su eterno tono neutro, pero alzando la voz, señal inequívoca de su exasperación.

Samantha y Luke se volvieron al mismo tiempo a mirar a Ben, esperando también una explicación; pero parecía más bien que le estaban echando la culpa.

— ¡Joder, gracias por no delatarme, chicos! —bromeó Ben, levantando las manos.

— ¿De dónde ha sacado eso, soldado?! —gruñó Clain, acercándose e inclinándose sobre Ben, intentando intimidarle con la ventaja de su posición y su gran altura.

—Estaba aquí cuando llegué... —dijo Ben, sin molestarse en mirarle, para nada afectado.

—Dios mío, esta secretaria incompetente me va a matar... —dijo Clain, tirando de la carpeta y cerrándola, para luego volver a abrirla por donde estaba, volver a cerrarla y volver a abrirla, mientras se dirigía y sentaba al extremo de la mesa, como presidiendo una cena—. Siéntense, que les contaré de qué va la cosa...

Esa manera de expresarse no era normal en él. Ahí sentado, encorvado sobre la carpeta abierta, y hablando de tal manera, parecía de pronto muy cansado y cercano. Aún así, Samantha y Luke, reacios, una porque el coronel le era desagradable, el otro porque le tenía miedo, se sentaron a ambos lados de Ben, a lo cual el coronel soltó otro suspiro largo: ¿era lógico que se quedaran tan lejos de él, a mitad de la mesa? ¡Que les iba a explicar su cometido! ¡Incompetentes...!

—Bueno... la idea es —empezó, decidido a ir al grano y deshacerse de ellos cuanto antes— ir a un sitio a investigar unos hechos.

—El Amazonas —interrumpió Samantha.

El coronel levantó los ojos, pero no la frente, de las hojas ante él. Observó a la impertinente mujer por encima de los cristales de sus gafas. Parecía querer arrancarle la cabeza. Ella ni se inmutó, sostuvo su mirada, desafiante.

—La amazonia peruana, en realidad —anunció el coronel, aún mirándola.

—Ahí pone que han sido vistas grandes criaturas primates, los describen como gorilas —continuó Samantha.

—Sí —reconoció el coronel, irguiéndose primero y recostándose después contra el respaldo de aluminio de la silla.

—En el Amazonas no hay gorilas.

—¿No hay gorilas? —se metió Ben—. ¿Cómo que no? ¿Y esa peli de Sigourney Weaver en la que investigaba a los gorilas? ¿O esa otra de unos gorilas asesinos, que defendían unos diamantes o no sé qué...?

—Esas pelis ocurrían en África. Además, la segunda de la que hablas se llamaba “Congo”, ya anunciándote dónde ocurría la trama. El Congo africano, ¿vale? —le explicó Samantha, un poco impaciente.

—Joder, ¡perdone, maestra luminosa! —se rió Ben, mientras Luke le daba codazos sin parar.

—¿Han acabado? —estalló el coronel Clain, para congoja de Luke, que ya lo veía venir.

Samantha centró su atención en él, y cogió aire sonoramente antes de empezar a hablar.

—Mire, coronel Clain —“capullo”, añadió mentalmente durante la pausa que hizo antes de seguir—: llevo ya seis meses, ¡no!, más de seis meses trabajando para ustedes, intentando resolver ese rompecabezas mal traducido del alemán que me han ido pasando con cuentagotas, imponiéndome siempre muy estrechos plazos para dar mis informes, teniendo que pasarme noches enteras aquí metida para sacarlo adelante, rodeada de ayudantes arrogantes y poco colaboradores, además de incompetentes... ¿Y ahora pretende mandarme al Amazonas, a buscar gorilas? ¿Por qué no, mejor, ir a buscar al monstruo del Lago Ness? Porque estoy más convencida de encontrar a ese bicho que gorilas en el Amazonas...

— ¡Señorita Brenniard! A usted se la ha contratado para obedecer órdenes, lo primero, y para que use sus conocimientos, después... —masculló entre dientes el coronel. Nadie se percató, pero Luke tenía la cabeza encogida entre los grandes hombros; parecía una criatura de tres cabezas—. Ya sabemos que no puede haber gorilas, pero nadie ha dicho tampoco que se trate de eso. Se trata de las descripciones dadas por indígenas de distintas etnias de la selva del Perú, ¡ha sido usted quien ha deducido que puedan ser gorilas! Pero suponemos que nada más lejos...

—¿Y qué van a ser entonces? —volvió a inmiscuirse Ben—. ¡Ah, hostias, el Pies Grandes!

— ¡Cállese, soldado! —gruñó el coronel.

—A mí me gustaría ir a buscar al Pies Grandes —explicó Ben, como dándole al coronel su aprobación al plan.

— ¡Me importa una mierda lo que le guste! ¡¿Es que quiere un consejo de guerra?! —el coronel hasta se levantó de su silla, y su tez pálida y surcada de arrugas se encendió de rojo. Luke ya no sabía qué hacerse consigo mismo.

— ¿Un consejo de guerra? Será broma, ¿no? —se rió Ben, para total incredulidad de Luke, a su espalda. Deseaba poner sus manos alrededor del cuello de su amigo, hacer que se callara como fuera —. ¿Cómo iba a explicar ante un tribunal militar lo de esta organización privada financiada con el dinero de los contribuyentes? ¿No es ésa la razón de nuestra generalizada informalidad en protocolos y formas de operación? ¿Que vivimos al margen de la burocracia acostumbrada del Sagrado Ejército del Imperio Americano?

El coronel permaneció en pie, apoyado con las manos sobre la mesa, a ambos lados de la carpeta. No sabía qué decir. A ese soldado no lo intimidaría con las tretas corrientes. ¿Un puñetazo en los morros, tal vez?

— ¿El Imperio Americano? —interrogó Samantha a Ben, divertida.

Ben sólo hizo un chasqueo de lengua acompañado de un guiño de ojo, como respuesta.

Luke, por su parte, estaba encogido tras la espalda (considerablemente más estrecha que la suya propia) de su amigo, aunque hubiera dado lo que fuera en aquel momento por no tener relación ninguna con semejante energúmeno. Eran colegas inseparables, hasta el coronel Clain lo sabía. Aquella situación le iba a perjudicar de seguro a él también.

—Miren ustedes, lo que necesitan saber está aquí mismo —dijo el coronel, sin moverse, sin inflexión en su voz, recuperando en apariencia la compostura, pero aún rojo de ira—. Voy a ir a decirle a mi secretaria que les hagan fotocopias; dentro de una hora se pasan y las recogen, ¡cojones!

Cerró la carpeta de un fuerte manotazo que hizo retumbar toda la mesa. No estaba de humor para seguir hablando con aquellos individuos. Pero, claro, la señorita Brenniard tuvo que abrir su pequeña boca.

— ¿Ya está? —exclamó, mostrando las palmas de sus manos—. ¿Para esto me despierta a las cuatro de la mañana en uno de los pocos días de asueto de que he dispuesto?

—Su vida personal me la trae floja, como comprenderá —gruñó el coronel, ya con la carpeta en la mano y dirigiéndose hacia la puerta—. Dentro de dos días un avión les llevará a Perú, así que prepárense.

Cogió el pomo redondo de la puerta y tiró con furia, sin molestarse en girarlo. La puerta saltó de la cerradura, deshaciéndose el marco allí donde encajaba. Acababa de quedar inservible. Ben soltó un bufido contenido de risa.

— ¡Joder! —exclamó Trebor Clain, incrédulo, y dejó la puerta abierta de par en par, desapareciendo hacia el lado derecho del pasillo.

Los tres quedaron solos y absortos ante lo ocurrido. Samantha asombrada ante la fuerza increíble del coronel Clain, Ben rememorando en su mente la graciosa y recentísima escena, y Luke, con las manos sujetando su frente, los codos apoyados en la mesa, lamentando el mal humor con que había salido corriendo su superior.

— ¡Joder, joder, joder...! —empezó a decir Luke, masajeándose la frente con fuerza—. ¡Tío, estás loco! ¡Has de ser gilipollas, eso fijo!

Se volvió hacia la espalda de Ben, aún sentados ambos, y le sacudió una fuerte palmada en plena nuca, que reverberó a lo largo de la sala.

— ¡Ay, imbécil, que haces daño! —se quejó Ben, riéndose y revolviéndose en la silla—. Ahora ya recuerdo por qué nunca te dejo a ti detrás, cuando tú ya sabes...

— ¡Déjate de bromas, joder! ¡Que es nuestro superior, y tú faltándole al respeto, desafiándole, incluso! ¡Que nos van a joder, imbécil...!

— ¿Cómo? ¿Cómo pueden jodernos más que enviándonos a Perú, a patearnos la selva en busca de gorilas? ¡Joder, que allí debe haber unas arañas del carajo, tío, como centollos!

—La verdad es que sí; gorilas no hay, pero sí tarántulas... —corroboró Samantha.

— ¡Estáis los dos locos, habéis cabreado entre uno y otro al coronel Clain, nos van a joder vivos! —casi gritó Luke, sin acabar de creerse lo ocurrido—. ¡Joder, que se ha ido sin decirnos nada, ha pasado de explicarnos una mierda, ha...!

Luke se levantó de su silla, y empezó a pasear de un lado a otro ante la puerta abierta. No sabía qué más decir. Hablar con aquellos era como hacerlo con dos piedras. Deseó que de verdad lo fueran, dos fuertes piedras contra las que poder golpearse la cabeza hasta abrísela. Quería que se lo tragara la tierra...

—Tranquilo, hombre. Tu amigo tiene razón... —intentó calmarle Samantha—. Se dedica a decir a la gente qué tiene que hacer, pero no es más que un pelele; no tiene poder real aquí, ése, tu coronel...

—Mira... —Luke se quedó de piedra un momento, al darse cuenta de que no sabía el nombre de ella.

—Samantha. Sam, si lo prefieres —le animó Samantha.

—Muy bien, Sam. Mira, ya sabemos que tú no eres soldado, y que te importará una mierda lo que pueda pensar nuestro coronel. Pero, aquí, el imbécil éste y yo mismo —señaló Luke con dos dedos a Ben, para luego llevárselos al pecho— nos jugamos nuestras carreras. ¡Joder, ¿qué digo?! ¡Nuestros sueldos, que es más importante...!

— ¡Cómo te mola que te paguen por tocarte aquí los huevos, ¿eh?! —añadió Ben, sonriéndole ferozmente a su amigo.

— ¡Tú eres gilipollas, ni más ni menos, y te voy a acabar partiendo la cara! —rugió Luke, adelantándose hacia Ben.

— ¡Eh, eh, eh, que no es para tanto, chicos! —dijo Samantha para ambos, pero más bien con la intención de calmar a Luke. Ben no se había movido de su silla, seguía sonriendo.

— ¡Nah, déjalo, siempre tiene que jugar al macho alfa cuando hay alguna mujer cerca! ¿Verdad que sí, chiquitín? —terminó de reírse Ben, poniendo morritos para decir “chiquitín”.

— ¡EH! —gritó Samantha cuando vio a Luke alzar su mano abierta para darle una bofetada a Ben, pero demasiado tarde.

La mano ya había sido lanzada, llevándose sólo aire en todo su amplio recorrido. Ben había echado hacia atrás la cabeza, estirando mucho el cuello. Ridículo, pero había calculado bien, se había librado del tortazo, y acto seguido levantó el pie derecho alcanzando la entrepierna de Luke. De pleno. No fue un golpe muy fuerte, pero tampoco nada contenido. Luke retrocedió dos pasos, echándose ambas manos al “asunto”.

— ¡Joder! —masculló Samantha en un suspiro, aún alterada por la expectación que se había hecho de una furiosa pelea.

— ¡Venga, vamos a tomarnos unos cafetillos, que yo invito! —dijo Ben dejando su asiento de un salto—. Ya que vamos a ser compañeros, tendremos que conocernos mejor, ¿eh?

Ben tendió una mano abierta hacia Samantha, animándola.

— ¿Y él? —dijo ella, señalando a Luke con la mirada, aún encogido de dolor.

— ¡Oh, creo que hoy ha aprendido la lección! ¡La Fuerza está con él, se pondrá bien! —Samantha le dedicó a Ben una sonrisa con el ceño fruncido, antes de salir por delante de él de la sala—. Sí, conozco Star Wars, ¿tan raro es? Vendrá ahora, nos seguirá a su ritmo, tranquila.

Y se alejaron por el pasillo con un enorme tipo de uniforme militar intentando darles alcance, caminando como un pato.

—Soy bióloga genética, claro. De ahí que me inmiscuyan en esta absurda expedición... —explicó Samantha sentada a la mesa, con Ben y Luke enfrente. Éste último aún tenía el rostro compungido, bien por el dolor abdominal derivado del reciente enfrentamiento entre ellos, bien por su extraordinaria afectación ante la falta de disciplina de sus compañeros—. Total, parece que no hago nada, supongo que pretenden sacarme más partido, pero menuda mierda, irse ahora al Amazonas...

En la sala comedor en la que se hallaban, en la que había a un lado una barra de autoservicio para las comidas, a esas horas inoperativa, estaba la única máquina de cafés del edificio. Siendo como eran las cinco y pico de la mañana, y teniendo que volver a por los informes fotocopiados del coronel Clain, no era buena idea salir a buscar un lugar más confortable. El problema era que los cafés de aquella máquina, incluso con leche, olían a colillas de cigarrillos. El único que parecía disfrutar del suyo era Ben: se bebía el café solo de su vasito de plástico a pequeños sorbos, como si temiera terminárselo demasiado rápido, mientras se fumaba un pitillo recién encendido de su marca favorita, “Die So Much Harder”. Luke y Samantha ni tocaban ni pensaban tocar los suyos...

— ¡Vaya! Pues debes ser buena, ¿no? —dijo Ben, exhalando la larga primera bocanada que le había dado a su cigarrillo—. Para que te quieran en los Black Monkeys...

—Pues no soy ni de las mejores ni de las peores. Creo que si estoy aquí es porque no tengo a nadie; ni familiares, ni amigos, nada de nada —contestó ella, quitándose importancia.

—“Nada de nada”, ¿eh? —repitió muy lentamente Ben, inclinándose hacia ella, sonriendo. Luke alzó su mirada del pequeño pozo de líquido marrón y maloliente para mirar turbado a Ben, al oírle tañer con tal lascivia su voz. Ben le miró un momento—. ¿Qué te pasa? ¿Celoso? Joder, alegre esa cara, ¡imbécil!

—Que te den —respondió Luke, sin ánimo.

—Vosotros... —dudó Samantha, sin inmutarse ante las palabras de Ben—, no parecéis soldados, la verdad...

—Pues lo somos. Matamos gente. Matábamos, ¿verdad, Luke?

—Sí... —confirmó Luke, volviendo a centrarse en su café, aún sin tocar.

—Antes de acabar aquí, hace como un año. Nos cogieron por nuestra especial efectividad en nuestra unidad de las fuerzas especiales, ¿verdad, Luke? Juntos somos invencibles, llevamos toda la vida juntos... Vida en el ejército, se entiende...

Samantha pensó en ambos. El tal Luke sí que parecía un soldado ejemplar y peligroso: era grande y fuerte, muy rotundo pero seco, casi una masa compacta de puro músculo, y taciturno, como si no supiera muy bien cómo comportarse fuera del campo de batalla. Ben, por contra, era apenas más alto que Samantha, y delgado hasta parecer casi frágil, comparado con su amigo. Para colmo, sus pintas y extroversión no indicaban para nada que fuera a ser capaz de hacer daño a nadie, la verdad.

—Bueno, es que sois tan distintos, que parece mentira... —se sinceró Samantha, sin saber qué decir, pensando en lo de “matábamos gente”, pero sin querer profundizar en el tema.

— ¡Tranquila, mujer! —dijo Ben, tras dar otra calada de su cigarro—. No sé de qué irá esta misión, pero no puedes tener mejor escolta, ¿verdad, Luke? Él es de los mejores tiradores que pueda haber en nuestras filas, y yo soy un maestro en las distancias cortas. ¡¿Qué le voy a hacer?! ¡Me encantan los cuchillos! ¿Verdad, Luke?

Cada vez que oía su nombre de labios de Ben, Luke dirigía una mirada de soslayo hacia él, fastidiado. Optó por soltar un gruñido seco, como añadido final a la conversación.

En algún lugar supuestamente inexplorado de la Amazonia peruana, un paraje oscuro a nivel de tierra aún a plena luz de mediodía gracias al espeso manto de ramas frondosas de los árboles, pero que en ese momento, largamente pasada la medianoche, era de una oscuridad insondable hasta para las más agudas bestias, un hombre alto y flaco, enjuto, apoyaba su mano sobre una masa terrible de músculos bajo una coraza de escamas iridiscentes. Empezó a hablarle a la cosa en perfecto alemán.

—Armlek, pronto llegará nuestro momento, mi diosa. Postraremos a la estancada y dispersa humanidad en favor de un nuevo mundo —el hombre suspiró, momento en que la bestia se removió bajo su palma, soltando un fuerte bufido, como imitándole—. ¡Sssshhh! Tranquila... los antiguos ideales del viejo Reich no me interesan, pero hemos de seguir el juego... Lo sabes, ¿lo sabes, verdad? Sí, lo sabes. Sus ideales de una raza humana limpia están obsoletos. ¡En la mezcolanza se halla la verdad! Nadie mejor que tú sabe eso, mi diosa. Mi diosa, Armlek...

Minutos después, el mismo hombre llegaba al campamento de amplias tiendas de lona no lejos de donde se había reunido con la cosa. Entró en la más apartada, distinguida con pequeñas esvásticas negras dentro del símbolo internacional de amenaza biológica, serigrafiado en rojo sangre, aunque indistinguible a la vista a esas horas.

Al entrar, le recibió la luz cálida de dos lámparas de queroseno, puestas en los extremos laterales de la tienda. Vio la maquinaria alimentada por el motor diésel al fondo, y se detuvo al sentir a un lado una presencia. Volvió la vista a su derecha.

Un joven hombre, vestido ridículamente por entero con una réplica fiel del uniforme oficial del ejército nazi del Tercer Reich, le miró y tragó saliva ruidosamente. No es que el uniforme fuera ridículo por arcaico y anacrónico, era el hecho de vestirse así con aquel horrible calor lo que sacaba de sus casillas al hombre que acababa de entrar, y que le miraba con disimulado desprecio.

El joven soldado tenía enfrente a su oficial al mando, quien sólo vestía sus pantalones grises militares, el torso pálido y seco totalmente desnudo, sembrado de marcas rojizas simétricas a lo largo del abdomen. Tenía las manos abiertas, con los dedos tensos como garras aleteando incesantemente a la altura de sus muslos. Parecía absurdo, pero cada vez semejaban ser más largos sus escuálidos brazos. Y también parecían cada vez más oscuros sus profundos y pequeños, no hacía mucho incluso azules, ojos, a los que, al parecer, ya nunca necesitaba hacer parpadear.

—¿Qué hay, soldado? —le preguntó en su idioma natural, alemán.

El soldado se vio confortado por su acostumbrada cordialidad. El general era un tipo formidable, muy amable y eficiente, un ejemplo e inspiración para todos sus hombres, allí destinados. Pero su aspecto cada vez más demacrado, y las circunstancias cada vez más extrañas de la operación, les tenían a todos de los nervios. La verdad era que ya nadie confiaba en él: le tenían miedo.

—Nos ha llegado un cable de nuestro agente infiltrado, lo de Black Monkeys, ya sabe —dijo el soldado, alargándole un fino informe en carpeta de cartón negra.

—¡Ah, bien! —respondió el general, pasándose una mano por la calva cabeza y estirando los huesudos dedos de la otra hacia el informe—. Por cierto, soldado: estoy harto de repetir que no es necesario que se vistan con el uniforme. Estamos muy lejos de la mirada inquisitiva de nuestros supervisores, y sólo lograrán usted y sus compañeros agotarse inútilmente, con este calor. ¡Sigán mi ejemplo!

—Lo sé, mi general, discúlpeme. Creí que la formalidad lo requería, sólo quería ser eficiente y respetuoso.

—Pues no es necesario. Retírese, y descanse, por el amor de Dios —el general intentó darle a su voz un deje bienhechor y cálido, pero al final había soltado una especie de rugido susurrante al



nombrar a Dios. Había sonado impaciente y hastiado, lo cual no quería, aunque realmente era como se sentía.

—Sí, señor —dijo intimidado el soldado, se cuadró y salió sin hacer ruido a la oscuridad del exterior.

El general, ya solo, se sentó en el borde del incómodo lecho de la máquina, hojeando el informe. “Bien, la van a mandar aquí”, pensó, sonriendo. “Todo va a salir bien”.

Acto seguido, lanzó la carpeta acertando a dejarla caer sobre el escritorio, junto a una de las lámparas de queroseno. Se tumbó a lo largo de la camilla de su máquina; su preciada máquina, la hacedora de sí mismo, la que le permitiría moldearse como quería ser...

“Es la hora de la fuerza”, pensó. “Es la hora del poder. Es la hora del caos que traerá el orden. Es la hora de saborear la sangre de todos mis enemigos.”

“Esta es mi hora.”

Y alargó la mano izquierda a los mandos junto a sus caderas, y pulsó un botón.

## LANZAMIENTO

Las desorganizadas oficinas de los Black Monkeys se encontraban en el interior de un gran edificio gris de seis plantas, grande y simple, alquilado o adquirido muy cerca del aeropuerto Willow Run de Detroit. Era más cierto decir que el edificio había sido parte de las instalaciones del aeropuerto, en realidad, y el aeropuerto mismo, pese a continuar en apariencia teniendo la misma funcionalidad a ojos del mundo, prácticamente estaba al completo servicio de las necesidades de Black Monkeys.

Un enorme avión de carga de cuatro motores se preparaba para despegar. En los laterales del fuselaje rezaba, con alegres motivos: “Control Internacional de Especies Peligrosas de los Estados Unidos de América, Black Monkeys”; un simpático mono, un chimpancé, haciendo un saludo sujetándose el ala de su sombrero blanco de vaquero, que era toda su vestimenta, al final de las letras. “Menuda chorrada”, había pensado Samantha, que nunca había visto ningún logotipo o distintivo de los Black Monkeys antes.

Sus reparos artísticos no le impidieron, sin embargo, entrar en la bodega de carga junto a sus nuevos compañeros, Ben y Luke, tras conducir éste último un rotundo todoterreno bastante modificado al interior.

—Es como un niño con un juguete nuevo —había comentado Ben, mientras él y ella subían por la rampa a pie, mirando la parte delantera del coche alejándose de ellos.

Los operarios de la bodega habían asegurado el vehículo al suelo y le habían explicado a Samantha cómo ponerse el arnés que la sujetara a su asiento, cosa que Ben y Luke habían hecho sin problemas. Los asientos estaban dispuestos en uno y otro lado de la bodega, enfrentados en filas. Samantha, Luke y Ben quedaron frente al lateral izquierdo del todoterreno, en cuya puerta delantera lateral se leía el mismo logotipo que en el fuselaje del avión.

— ¡Vamos, vamos, vamos! —había dicho Ben alegremente, cuando el avión había empezado a acelerar y sacudirse, cogiendo velocidad para el despegue— ¡Vamos allá, tarántulas! ¡Tarántulas y bichos por doquier!

— ¡Joder, deja de hablar de arañas! —había gritado Luke, para hacerse oír por encima de las vibraciones.

— ¡A ti también te dan miedo! ¡Qué callado te lo tenías! —contestó Ben.

— ¡No me dan miedo... pero una araña gorda es una araña gorda, y creo que son venenosas de cojones! —se explicó Luke.

Samantha no entendía lo que hablaban, sólo les oía gruñir uno con otro, así que no pudo añadir nada. Sólo se empezó a calentar la cabeza pensando en lo que había leído en el informe fotocopiado.

Ella llevaba bastante tiempo agregada al servicio de los Black Monkeys, trabajo que había aceptado de buen grado por el sueldo. Los horarios eran extenuantes, pero, claro, ella no tenía vida privada de la que preocuparse... Aún así, las malas relaciones con el coronel Clain y sus compañeros/ayudantes de laboratorio facilitados por la organización, le habían hecho plantearse seriamente el dejarlo todo, abandonar y huir. Sí, huir, porque ya le habían dejado claro antes de empezar que no podría dejarlo así como así; que una vez dentro ya no se sale, que iba a ver cosas que eran clasificadas de alto secreto, un riesgo para la seguridad nacional...

Ella no había visto nada de tanta importancia... Le pasaban fotocopias de un manuscrito en alemán sobre las que estaban traducidas a bolígrafo azul todas las frases al inglés, dejando intactas las fórmulas de química orgánica y los mapas de genes incluidos, a los cuales tenía que dar un sentido que, en principio, no tenían... Parecía un manual de instrucciones eugenésico, sólo que, en vez de tener que ver con la tan preciada pureza de la raza humana que tanto perseguían los nazis, a quienes ella había podido deducir que pertenecía el manuscrito original, todo aquello se aplicaba de manera indistinta a gran cantidad de especies animales.

Nada tenía sentido, y lo empeoraba el hecho de que a ella no le facilitaban datos correlativos, sino que simplemente le ponían delante datos técnicos como al azar, a los que le ordenaban dar un sentido profano, inteligible para quien no tuviera ni idea de genética, puede que para el mismo coronel Clain.

Lo que decía en el informe de misión que les habían entregado no tenía nada que ver con sus obligaciones. De hecho, en su contrato, no recordaba que pusiera nada de tener que trabajar como agente de campo. Pero al parecer era ella la única bióloga en la organización, y nadie le había dado la opción siquiera de negarse a participar en la expedición.

Habían sido vistas grandes criaturas primates, descritas como gigantescas aberraciones de tamaños bastante mayores de los de un gorila oriental africano, que eran los más grandes que se conocían. Ya era absurdo el hecho de que hubiera algo parecido a un gorila en el Amazonas, pero decir que más grande... El caso era que los avistamientos de tales seres se habían producido, al parecer, en el territorio de tribus aún aisladas de la amazonia peruana. Los habitantes de aquellas zonas habían empezado a emigrar hasta encontrarse con las tribus ya contactadas por el supuesto “hombre civilizado”, alertando además de extraños comportamientos de sus propias gentes y de salvajes ataques por parte de los grandes primates.

Los gorilas sí que eran territoriales, pero nada agresivos, en contra de la opinión popular formada sobre ellos, y era difícil que, de existir realmente gorilas en el Amazonas, los indígenas no hubieran aprendido a respetarlos. Todo era absurdo como nunca habría Samantha imaginado. El informe terminaba, antes de los parámetros de la misión, que no eran más que meras y vagas directrices, con una amalgama de narraciones, sin duda sacadas de contexto, sobre matanzas realmente salvajes por parte de los animales. Estaban puestas en plan comentarios sobre una peli, unas pocas líneas entre comillas cada vez, supuestamente salidas de boca de indígenas supervivientes.

“Bueno”, pensó Samantha cuando el traqueteo del avión cesó al elevarse en el aire, “si de verdad encuentro gorilas en el Amazonas, será todo un acontecimiento, desde luego; me voy a convertir en una celebridad”.

—A nosotros no nos harán nada —dijo el sargento, pasándose una mano por la punta de la nariz, donde gruesas gotas de sudor se amontonaban y le hacían cosquillas—. Están programados así, mientras vistamos con nuestros uniformes con distintivo nazi... estaremos a salvo.

—Aun así, no me gusta nada, sargento —le contestó en el mismo idioma alemán Henrich Alamsterd—. Cada vez es peor. Al principio nos ignoraban, cuando veníamos a comprobar su evolución, pero mire ahora...

Alamsterd señaló con la mandíbula a los hombres pequeños y feos que les rodeaban, su antaño oscura piel ahora tiznada en blanco ceniza, reseca, escamosa, desprendiéndose de ellos en gruesas costras agrietadas, bajo las que brillaban con reflejos de intensos colores las primeras escamas, aún con una cualidad líquida, gelatinosa. Los indígenas procesados les estaban observando. Habían dejado sus absurdas e innecesarias actividades para erguirse en su corta estatura y contemplar a los soldados alemanes en silencio, inmóviles. Alamsterd podía sentir en sus miradas negras el deseo irrefrenable de lanzarse sobre él y sus compañeros, y la seguridad de que los distintivos nazis eran cuanto les reprimían no hacía sino producirle aún mayor inquietud. Para ellos, sólo eran carne que machacar. Se aferró con mayor fuerza a su subfusil, las manos sudorosas haciendo continuamente que se le escurriera entre los dedos.

—Supongo que es parte del proceso, Henrich —intentó tranquilizar el sargento a su hombre de confianza, prácticamente amigo desde que les destinaran a aquel insostenible lugar—. La idea es que se conviertan en máquinas asesinas, es normal que cada vez se muestren menos tranquilizadores. Cojamos unas muestras y larguémonos... De ahí, ella, esa mujer.

El sargento señaló a la hembra indígena, parada de pie junto a una descuidada cabaña de cáñamo. En respuesta, los dos últimos hombres de su equipo se adelantaron y se acercaron a la nativa por

ambos lados. Ella fijó su mirada en la cara, pálida y sudorosa, de gesto contrito, del que iba primero. El soldado evitaba mirarla a los ojos, mientras rebuscaba en su bandolera de cuero, sintiendo sobre la frente la fuerza de naturaleza casi física de las pupilas oscuras de ella, que le manoseaban la piel sobre las cejas buscando la puerta a ese miedo que sabía que el hombre sentía, deseando paladearlo directamente de su mirada esquiva. La nativa empezó a dejar escurrirse entre sus dientes saliva manchada de sangre.

—Vamos, vamos, cuanto antes lo hagamos antes nos iremos —animó el sargento a los soldados.

El otro hombre cogió el brazo derecho de la mujer por la muñeca, se lo estiró sujetándola también del hombro. El soldado alemán dio un respingo al sentir la piel endurecida pero de tacto viscoso, un poco pegajoso, entre sus dedos. Su compañero al fin sacó una enorme pistola metálica provista de una aguja, un aparato dotado de una sofisticada bomba para extraer sangre.

La mujer logró entonces cruzar la vista con él. No pudo por menos que alzar la mirada, el pobre tipo, al darse cuenta de la manera en que parecía pasar por alto a propósito a su compañero, el que la estaba sujetando. Las pupilas le ocupaban todo aquello donde debía seguir el iris. Realmente no parecían dilatadas, más bien parecía que el iris hubiera perdido pigmento o éste se hubiera tornado totalmente negro, no sabría decirlo... El resto del globo ocular, como en todos los sujetos, se había vuelto de un repugnante color amarillo, y las venillas rojizas eran ahora también negras. Ella, como todos, tenía costras reseca de malolientes secreciones bajo los párpados inferiores, como si hubiera pasado horas llorando durante una mala fase de conjuntivitis.

Le sonrió. Era una locura pensar que realmente estuviera haciéndolo, ya no eran humanos como tales, y se suponía que carecían de sentimientos. No eran más que meras máquinas, eso les habían dicho; “joder, joder, y si se dan cuenta de todo, ¿qué? ¿Qué estamos haciendo, por Dios? ¡¿Qué es todo esto?!”, pensó el soldado, la pesada pistola de aguja hipodérmica retráctil sujeta con ambas manos por la empuñadura, un puño encerrando al otro, los nudillos tensos y pálidos. Tenía que parecer que sonreía, pero no podía estar haciéndolo, ¡era imposible!

— ¡Mierda, ¿de qué se ríe esta puta?! —dijo el soldado que la sujetaba.

Él se estremeció al oír a su compañero corroborarlo, a pesar de su tono jocoso y despectivo. Pero no pudo dejar de mirarla a los ojos, ni aun cuando un diente inferior se le desprendió y cayó al suelo durante su constante salivación involuntaria.

— ¡Eh! ¡Soldado! ¡Vamos! —le azuzó su sargento, acercándose hasta él y dándole un leve empujón en el hombro—. Vamos, hombre, hazlo de una vez, por el amor de Dios...

La voz implorante de su superior le sacó del trance hipnótico y se puso manos a la obra. Mientras, el sargento posaba nervioso su mirada en uno, y luego otro, y después otro de los habitantes del poblado, que les miraban fijamente, sin moverse lo más mínimo. Sólo quietos, observando...

—No me joda que esto no es raro, mi sargento... —susurró Alamsterd a su lado—. Joder, parece que se nos vayan a echar encima en cualquier momento, ¡algo está pasando!

—Puede que tengas razón... —concedió el sargento con aire distraído, preocupado más bien.

Él mismo sentía eso... no sabía qué era, no era sólo que no siguieran a lo suyo, como solían hacer: cuando llegaban las tropas nazis, levantaban si acaso la mirada un momento, para luego seguir deambulando sin rumbo o fingir que hacían algo útil... Pero esta nueva atención le ponía los pelos de punta. No era sólo que les miraran o vigilaran... Algo emanaba con fuerza de todos ellos, sus ojos oscuros y sin vida fulgían con una fuerza etérea pero innegable, a pesar de dejar muertas sus caras, sin hacer expresión en sentido alguno. Era odio; eso era lo que el sargento sentía oprimiéndole el pecho y tornando frío el sudor en su espalda, poco antes ardiente bajo el uniforme.

“Puede que tenga razón”, se repitió mentalmente para sí, secándose nuevas gotas de la punta de la nariz.

El soldado, apremiado aún más si cabe por la conversación entre Alamsterd y su sargento, pulsó el botón de extracción de la aguja y la hundió con cuidado en la piel cuarteada de la nativa. Incluso la afiladísima aguja de titanio tenía problemas para penetrar esas incipientes escamas, sobre las que resbalaban jirones remanentes de la piel original humana. ¡Cómo apestaba todo!

—Bien, sácale sangre a esta cosa y larguémonos de una vez, ¡que huele fatal, joder! —le dijo su compañero, sujetando con fuerza el brazo de la mujer al sentir cómo presionaba con la aguja.

Los dos soldados estaban muy centrados en su cometido, y los otros seis hombres se encontraban haciendo frente a la presión silenciosa y amenazante del resto de indígenas, así que nadie vio la forma en que la mujer fruncía el ceño y estiraba sus labios secos y blancos en una sonrisa aún mayor, de una ferocidad puramente animal. Y entonces pasó.

La mujer lanzó su mano izquierda, de dedos cortos y rechonchos, las uñas largas y rotas, sobre el pómulo derecho del joven soldado que operaba con la aguja retráctil. Acertó a introducir el dedo corazón dentro de la boca abierta en fatigosa respiración del hombre, clavándole el resto de dedos en la piel de su mejilla, tirando con fuerza hacia sí.

El soldado soltó un gemido ahogado y sorprendido al sentirse llevado repentinamente a un lado, la pistola de extracción se retorció sobre el brazo de la indígena, la aguja se enganchó entre dos escamas y se partió, empezando a salir, de la parte aún clavada, un fino chorro de sangre muy oscura, casi negra, y de fuerte olor a podrido, que fue a parar a la cara del que le sujetaba el brazo. Éste la soltó, asqueado, manoteándose la cadera en busca de su pistola.

Mientras, la mujer ponía su mano liberada en la frente del soldado que aún empuñaba la inútil pistola de aguja retráctil e hizo fuerza así para tirar aún más de la mejilla estirada. De pronto, soltó un rugido bestial, para nada parecido al de una mujer en tono y timbre, ni al de un ser humano, ya puestos a decir. Su fuerza sufrió un incremento repentino, fugaz y considerable; en ese momento, la sangre negra lanzada desde la aguja rota clavada en su brazo sufrió un aumento de presión, haciendo al fragmento brillante vibrar enganchado a su carne, como un extraño insecto parasitario que la estuviera devorando con satisfecho frenesí.

Si alguien hubiera estado de humor para aproximarse lo suficiente y acercar la oreja al pecho de la nativa, se hubiera dado cuenta de que en ese mismo instante podía oír el corazón de la mujer latiendo con ritmo acelerado sin necesidad de pegar el oído a su piel. Bombeaba, sobredimensionado y deformado, arrendando espacio a los pulmones viciados, rozándose contra el esternón en el punto de mayor expansión, nutriendo de ingentes cantidades de oxígeno y sangre cada músculo de su cuerpecito a una velocidad y presión irresistibles para una persona normal, hasta el punto de que los capilares, en tal caso, reventarían desbordados y literalmente llegaría uno a sudar sangre.

Pero ella no. Su reconvertida naturaleza sólo podía sacar partido de la sobredosis enfermiza. Antes de que nadie pudiera hacer nada, o de que siquiera su víctima supiera lo que ocurría, arrancó de cuajo toda la carne que cubría desde los premolares hasta poco antes de la oreja, quedando un momento unida la piel de la cara con el fragmento en su manita por arterias y venas estiradas e hilos de saliva y sangre viscosos.

El soldado ahora sí que soltó la pistola de aguja quebrada para llevarse esa misma mano a la parte desnuda de su mandíbula, saboreando involuntariamente el calor óxido de su sangre, aspirada entre sus encías y con la que se atragantaba, preso de terror y confusión como estaba, sin ser capaz ni de gritar, sólo buscando lo arrebatado, sintiéndose desnudo e incrédulo.

“¿Dónde está lo que falta, dónde está?!”, era lo único que se oía pensar, pero como si lo dijera otra persona, alguien que le gritaba desde muy lejos pidiéndole socorro, pero que era él mismo, sin embargo.

— ¿Pero qué cojones hacéis? —gritó el sargento, volviendo la vista hacia el trío que se debatía silencioso, al oír el chasquido seco y jugoso de la carne arrancada.

En ese momento, el hombre que había estado sujetando el brazo de la mujer había sacado ya su pistola y apuntaba con ella a la nuca que la mujer le ofrecía, tan entretenida que estaba observando inmóvil a su mutilada víctima. Ya iba a disparar cuando una gruesa piedra puntiaguda se estampó contra su sien, sonando a hueco y roto antes de caer de costado, ya fuera inconsciente o muerto en el acto, a primera vista no había forma de saberlo.

— ¡Las putas de sus madres! —rugió Alamsterd junto al turbado sargento, lo que le hizo volverse a mirar de nuevo a los nativos a tiempo de verlos empezar a caer en mitad de sus incipientes carreras en su dirección, mientras el arma de aquél y los demás atronaban en sus oídos y pecho con fuego automático—. ¡Hay que irse, joder, larguémonos!

Volvió el sargento la mirada de nuevo a su derecha al sentir movimiento. Un hombre de la aldea se cernía sobre su soldado apedreado y le machacaba la cabeza con la misma piedra, o al menos otra muy parecida. Golpeaba y golpeaba, silencioso, con las fauces abiertas en mueca rígida de furia demencial. Su otro hombre se había arrodillado junto a la pistola de aguja retráctil y se manoteaba la cara en evidente estado de shock.

— ¡Hay que replegarse, sargento, repleguémonos! —oyó a Alamsterd gritar desde mayor distancia a la que le tenía poco antes, a sus espaldas, entre ráfagas de los subfusiles—. ¡Sargento, muévase, me cago en la puta!

El sargento se dio media vuelta tras abatir de una ráfaga en la cabeza al indígena que remataba a su soldado caído.

— ¡Sí, iros! —fue cuanto dijo, y corrió después los escasos cuatro metros que le separaban de su hombre herido, que ahora ya empezaba a gemir sin dejar de palparse la cara mutilada, más de terror que de dolor.

Alamsterd y sus compañeros intentaban volver por donde llegaron a la aldea, pero el pueblo entero se les echaba encima, caían bajo el impacto de las balas, les pasaban otros por encima, y los primeros se volvían a levantar mientras eran abatidos los segundos. Les estaban cercando, y no eran quiénes a contenerlos.

— ¡A la cabeza, cabrones, apuntad a la cabeza! —gritó Alamsterd como si de repente estuviera al mando.

Él ya lo llevaba haciendo desde el principio, pero no había manera; molestarse en apuntar con precisión era realmente la manera de acabar muerto más rápido en aquella situación. Casi al instante de decir lo de disparar a las cabezas, él mismo empezó a abrir fuego a discreción, la necesidad de mantener su carne alejada de esas garras ardiendo en su alma al punto de tenerle al límite de una combustión espontánea, un calor de un frío intenso, como de quemazón por nitrógeno líquido, que daba paso repentinamente a la insensibilidad característica del desgarrar de las frágiles briznas de su alma con el cascarón exterior donde se aglutinaban sus sentidos... Empezaba a sentirse repentinamente vacío, muerto, a pesar de luchar con furia por su vida.

El sargento ya tiraba del hombre en estado de shock con la mano por debajo de su sobaco, sin poder sacarle de su absorto examen del agujero en su mandíbula, a pesar de hacerle arrastrarse de rodillas. Con su otro brazo apuntaba como podía a los indígenas que se le acercaban, disparando a las piernas... No morirían, pero les impediría corretear tras ellos. El subfusil escupía ráfagas controladas, racionando la munición en su cargador, las balas debidamente dirigidas a las rodillas, que se astillaban y cedían bajo el peso de sus dueños, quienes se arrastraban a continuación, implacables, clavando los dedos de las manos en la tierra revuelta. El sargento sentía el hombro cargado y dolorido tras cada salva, pero no podía dejar de disparar.

Y de pronto, sintió una mano en ese mismo hombro, alguien le tocaba con delicadeza, como llamándole, y tuvo la certeza de que sería uno de los suyos, Alamsterd, lo más seguro... Su buen amigo, incapaz de abandonarle, venía a cubrirle las espaldas. Se volvió a mirar, una mirada fugaz, con la idea de reconocer a quien le tocaba para luego seguir disparando durante la farragosa huida, el peso

muerto de su hombre, aturdido, contra sus dedos entumecidos, la mitad de su índice apretándose contra el bulto caliente de los ganglios dentro de la concavidad sudorosa.

Sin querer, le hundió los dedos en la carne flácida, le retorció la piel bajo el tejido de su uniforme militar, al encontrarse de pronto cara a cara con la pequeña mujer, mirándole con aquella sonrisa, sorbiendo de manera lasciva un largo hilillo sanguinolento desde el centro de su labio inferior.

La mujer había puesto su mano derecha sobre él; el sargento no pudo evitar quedarse con la vista clavada en la aguja rota hundida aún en su brazo, en el instante mismo en que ella hacía girar su otro brazo en el aire y le alcanzaba con un trozo de madera seca en plena cara, justo sobre el pómulo derecho.

Cayó de espaldas, incapaz de mantener el equilibrio girado sobre sus caderas como estaba para mirarla a ella. Su soldado quedó de costado, abandonado a su peso, al lado. La piel se le había abierto bajo el ojo, y sentía el calor de su propia sangre, o quizá era la energía del impacto, metiéndose bajo su párpado y haciéndole llorar. El arma había caído a los pies de la mujer, y ella pasó por encima y se plantó en frente de él, mientras más congéneres suyos ya los rodeaban.

—No sois los que lo harán —dijo la mujer de pronto, aún sonriendo, hablando en alemán con la voz arrastrada en susurro áspero, quizá aspirado, pues los jirones de saliva seguían volviendo al interior de su boca lentamente, viscosos—. No tenéis cabida en esto, no tenéis...

La oyó perfectamente. Por encima de los fogonazos notablemente más lejanos de las armas modificadas de sus hombres. Por encima de las respiraciones y ronquidos horrendos de los indígenas que se arremolinaban en torno a ellos dos. La oyó hablarle en perfecto alemán; algo se resquebrajó en su mente aturdida, obviando el dolor de su cara, el ardor que recorría su cabeza al aumentar súbitamente el riego de sangre bajo el cuero cabelludo, que ya era un martillazo pausado y potente a cada latido. Se vio arrastrado al verdadero terror. Se vio súbitamente sumergido en un vacío absorbente en el que no había lugar siquiera para las preguntas obvias respecto a lo que estaba ocurriendo. Simplemente le empezó a temblar la boca, como si quisiera decir algo, razonar con la mujer, pero sin encontrar las palabras, la nariz cosquilleándole de nuevo con gotitas de sudor en la punta.

La mujer alzó repentinamente el tronco de madera y lo dejó caer con toda su fuerza sobre el pecho del hombre, para volver a alzarlo y hacerlo descender de nuevo, todo esto mientras el resto de indígenas ya dirigían sus propios golpes sobre cada centímetro de carne del hombre alemán.

El sargento pasó por un sin fin de sentimientos contradictorios antes de morir, pero baste señalar el goce inicial de poder abandonarse al mero sufrimiento, y olvidar así todo su miedo, para dejar constancia de hasta qué punto se había visto poco antes abstraído a la más horrible de las incertidumbres, un pozo negro de terror nauseabundo...

Alamsterd disparaba enloquecido, vacío de todo sentimiento, como dirigido por un espíritu que le controlara como a un títere, un muñeco sin nada dentro. Sabía que no saldrían de allí. Los indígenas procesados estaban atacándoles mientras el grueso de ellos corría flanqueando la colina por la que estaban volviendo. Los veía correr como animales hambrientos, esquivando los apretados árboles de alrededor con una agilidad que parecía derivada de la precognición sobrenatural. “Nada de eso, imbécil. Estos son sus bosques, su casa, lógico que sepan moverse por aquí”, le regañó una parte aún viva de su mente, para sorpresa propia.

Cambió a la velocidad del rayo el cargador de su arma al tiempo que veía venir por vanguardia toda clase de objetos lanzados con fuerza: piedras, palos, útiles trabajados de uso cotidiano en la aldea, trozos de animales muertos, incluso huesos limpiados a conciencia... Uno de esos fragmentos óseos, afilado con muy mala idea, se clavó en la garganta del que iba primero y disparaba en barrido contra los árboles en la cima de la leve pendiente. Cayó de espaldas en los brazos del que le seguía de cerca, el subfusil en su mano agarrotada escupiendo fuego a un lado y alcanzando en distintas partes a los que se acercaban por ese flanco. Parecían no sentir dolor alguno, avanzaban tan rápido como les

permitían sus heridas, ignorando la gravedad o consecuencias... Realmente, ya no les quedaba nada de humanos, ni de parecido a seres vivos.

Alamsterd levantó su arma, de manera bastante poco práctica y para nada reglamentaria, por encima de su cabeza, a fin de hacer pasar sus balas sobre las coronillas de sus compañeros, y pulsó el gatillo. El que recogiera al soldado en vanguardia ya muerto tuvo la misma idea, ambos descargaron de seguido su munición sobre la cima de la colina. Los atacantes que no recibían alguna bala en la cabeza quedaban reducidos a inofensivos juegos de muñones sanguinolentos que se retorcían ansiosos, muy obstinados y para nada dispuestos a abandonar la caza. Alamsterd siguió subiendo la pendiente sin dejar de hacer esto, adelantando a sus otros tres compañeros, que le cubrían como podían, alguno sacando su pistola de mano para ahorrarse el cambio de cargador del subfusil. “No me jodas, tío, cambia el cargador, con la pistola no harás nada”, le dijo mentalmente al soldado pasando a su espalda, pero sin tiempo ni humor para decírselo en mitad del berenjenal...

El buen número de árboles les estaba beneficiando, quién lo diría. Los indígenas les llegaban de uno en uno aunque desde todas direcciones, pasando como tenían que hacerlo por los estrechos espacios entre troncos, de modo que la afluencia era constante pero más espaciada que cuando les atacaron en mitad de la aldea. El problema era que la mayoría sólo caían derribados para levantarse de nuevo, apenas era un leve contratiempo para ellos el recibir las ráfagas de proyectiles de calibre de 9 milímetros.

Alamsterd empezó a creer, se creció, lo iban a lograr. Se hizo con la cima, cambiando hábilmente a otro nuevo cargador, y abrió fuego al lado derecho, desde donde se arrastraban entre la maleza más indígenas en su intento de cortarles la retirada. Oyó gritos abajo. Miró un momento. Los indígenas que seguían el precario sendero que llevaba hasta la aldea se estaban cebando sobre sus dos últimos compañeros, se aglomeraban sobre ellos como apestosos insectos que llegaran a carne muerta que fertilizar.

— ¡Vamos, muévete! —le gritó a su último compañero aún a salvo, el que le había ayudado a barrer la cima de la colina.

Pero no, claro, no hizo caso. En su lugar, extrajo una granada de mano. “¿Por qué tiene eso?”, pensó incrédulo Alamsterd; no recordaba que nunca antes hubieran ido de expedición científica con granadas... Su compañero le quitó el seguro y la lanzó sobre el montón repugnante de afanados asesinos de sus compañeros, quienes aún gritaban de dolor, pidiendo auxilio. “¡No tío, estamos muy cerca, hijoputa!” le recriminó Alamsterd mentalmente. El lanzador se tumbó y puso encima de sí el cadáver, aún con el hueso clavado en el cuello, del primer soldado caído.

Alamsterd enarcó las cejas en un gesto inapropiado y cómico que nadie pudo apreciar, antes de lanzarse rodando por el lado contrario de la pequeña colina. Sintió el fuerte estallido a la espalda; su mente, sugestionada quizá por la sensación vacía y muy inspiradora del que se sabe próximo a la muerte, dibujó en el aire los trozos de metralla pasando por encima de su espalda, justo por el lugar sobre la colina en que se encontraba poco antes. Aunque eso no había sucedido, en realidad.

Se incorporó todo lo rápido que pudo y empezó a subir de nuevo a la cima, justo cuando aparecía su único compañero vivo, herido de gravedad en el brazo derecho. La cobertura del cadáver no había sido suficiente. Alamsterd se dio media vuelta para abatir a otro par de indígenas infectados mientras ascendía de espaldas en busca del soldado, que avanzaba todo lo rápido que le permitía el aturdimiento por la explosión. Chocaron, el tipo herido se asió a Alamsterd pasando el brazo sano por sus hombros. Éste descargó lo que le quedaba de munición en el subfusil hacia la colina a sus espaldas mientras tiraba de su compañero, cuyos pasos parecían desviarse continuamente a la derecha.

— ¡Camina recto, imbécil! —rugió.

— ¡No puedo, me pitan los oídos! —le contestó gritando demasiado el otro.

— ¡¿Y eso qué tiene que ver?! ¡¿Es que caminas con las orejas?! ¡Que camines recto, te digo, o te dejo aquí, me cago en tu puta madre! —le gritó igual de fuerte Alamsterd, suponiendo acertadamente



que el tipo estaba, al menos en esos momentos, sordo como una tapia. Sacó su pistola y disparó contra otro indígena casi a bocajarro en plena frente. No se molestaban en evitar las balas, un punto a su favor —. ¡Ah! ¿Ves, qué bien, cómo puedes hacerlo?

Y así, moviéndose con bastante mayor soltura, los dos hombres se fueron alejando en dirección a su campamento, uno agarrado al otro como colegas tras una larga noche de copas, un pensamiento que hizo a Alamsterd esbozar una amarga sonrisa...

— ¡Ha funcionado! — se oyó decir en voz alta, esa voz que casi no reconocía por muy propia que ya le fuera, el general alemán, abriendo de súbito los ojos oscuros, como retraído repentinamente de un sueño incómodo—. Ha funcionado, pero...

Se incorporó con gran esfuerzo y quedó sentado en el borde de la camilla de su máquina, pasándose la mano por los ojos con fuerza. Le ardían. Se sentía como si llevara semanas sin dormir, a pesar de llevar tumbado con los ojos cerrados desde apenas entrada la noche anterior, previa orden tajante de que no se le molestara para nada. Le sorprendió ver la estrecha franja de luz solar que la rendija de la entrada a su tienda arrojaba en el suelo. ¿Cuánto llevaba así? Bueno, ya tenía que saber la hora que era, al haberse encontrado en su viaje de naturaleza onírica con los soldados alemanes visitando aquella aldea, pero toda su persona era un manojo de confusión y recuerdos mezclados, algo que no esperaba encontrarse tras extender su control sobre los seres infectados.

Se había visto a sí mismo disperso como el calor de un pequeño radiador al aire libre, absorbido hasta casi perder su identidad al manosear con cientos de manos invisibles el interior caótico y siempre beligerante de los indígenas infectados. Y ahora apenas recordaba cómo había llegado a aquella situación, casi no se reconocía, le costaba poner en el orden correspondiente todos sus propios recuerdos, su propia vida... Sabía quién era, y sabía qué buscaba, pero tenía la impresión de que no era ése su cuerpo, y de que simplemente había aparecido de pronto allí, en su tienda, depositado por algo o por alguien, durante lo que había durado su sueño inconsciente, durante lo que le parecían haber sido años.

“Ha funcionado”, volvió a repetirse mentalmente, aferrándose a esa idea que sí comprendía, esperando que esa parte suya que sabía de qué hablaba le revelase el resto de la información. Sabía que los nazis anacrónicos eran su enemigo, pero no era eso lo que buscaba... “No, los nazis no son enemigos, tú eres uno de ellos, su jefe aquí”, descubrió de pronto. Así, toda una serie de acontecimientos aparecieron desgranados como los eslabones de una pesada cadena que estudiara con unos dedos cansados, casi ciego de tanto que había estado cerrando los ojos durante su vida para no mirar...

Le abrumó el arrepentimiento y la desgracia que siempre llevaba consigo y que había olvidado por unos segundos... Toda la razón de cuanto buscaba, la causa que había generado ese efecto, la chispa que había prendido el barril de pólvora que ahora era, le fue devuelta de manera repentina y cruel, todos sus recuerdos, los realmente importantes, arrojados contra su cara como aceite hirviendo...

No lo soportaba. No quería recordarlo. Pero por eso estaba allí, por esos recuerdos. No, no estaba por eso, estaba porque tenía que estar; pero iba a cambiarlo todo por esos recuerdos. Se dejó caer desde el lado de la camilla de su máquina, hasta quedar de rodillas en el suelo. Se llevó las deformadas manos a la cara, se clavó las yemas de los dedos sobre los pómulos y la frente. Rompió a llorar, silencioso, todo lo que le rodeaba ausente de sonido ninguno mientras él contenía la respiración ahogando el grito que amenazaba reventarle los pulmones, el calor de las lágrimas reconfortándole de manera inesperada.

Porque, al fin y al cabo, eso era cuanto le quedaba. El calor de su horror, la llama inextinguible de su dolor.

## ERRORES

Franja de Gaza, Palestina, mediados de 1990...

—Señor... Esto no es... no sé, no deberíamos...

— ¡Cierra el pico!

Anton Krunguermendfern no estaba de humor para seguir escuchando las objeciones al respecto de esa particular expedición de dos. No quería llamar la atención, pero tampoco pensaba andarse con ningún remilgo... y empezaba a pensar que quizá hubiera sido un error llevarse consigo a ese hombre. Sí, era de sus mejores tiradores. No sólo eso, era de los hombres que mejor se desenvolvían en el pantanoso campo de las operaciones encubiertas y de contraespionaje, algo que aún lo hacía destacar más, dada su extrema juventud para tanta experiencia... pero parecía que su sentido de las normas y la obediencia rayaba más en el miedo que en la disciplina. ¿Podría ser que se fuera de la lengua tras todo aquello? ¿Iba a tener que deshacerse de él, tras sacarle partido?

La idea le disgustaba, pero desde luego que lo haría, haría lo que fuera para encubrir aquello...

Krunguermendfern cambió a una marcha más larga mientras salía de una curva por aquella pista de tierra, las ruedas del todoterreno arañando un poco más el suelo antes de que los engranajes encajaran y les permitieran aferrarse al polvo seco.

Ante ellos, a tres kilómetros, más o menos, ya se distinguían los techos de las precarias chozas asomando sobre la colina que descendía hacia la costa.

— ¡Te he traído porque te necesitaré, y porque daba por hecho que sabrías mantener la boca cerrada, dada tu espléndida carrera en el servicio de contraespionaje alemán! —Krungermendfern esperaba que un poco de coba surtiera efecto en el joven soldado, pero no pudo evitar, además, dirigirle una lenta y dura mirada sin dejar de acelerar, para concluir con: —. Haznos el favor a ambos de que no me arrepienta...

El joven soldado, aferrado con una mano a la puerta, la otra apoyada en el salpicadero, intentando mantenerse en el sitio ante los fuertes embates del vehículo sobre los profundos baches, sintió que todo dejaba de moverse violentamente al mirar aquellos ojos azules enquistados en oscuras cuencas, como si aquel hombre y su amenaza tuvieran el poder de restarle importancia a toda distracción, paralizando el tiempo, obviando la inercia del mundo alrededor suyo. Tragó saliva, verdaderamente asustado, pero contestó con sinceridad, decidido a apoyar a su compatriota en lo que necesitara.

— ¡No le fallaré en modo alguno, señor!

—Vale —dijo tan sólo Krunguermendfern, volviendo la vista al frente—, te creo.

Nadie había hecho nada. No era de extrañar. ¿A quién le importaban unos sucios árabes que se mataban por razones que nadie comprendía? Joder, hasta la raza blanca tenía problemas para ponerse de acuerdo: los viejos ideales de la raza aria unida en el trabajo y el progreso subsiguiente nunca habían cuajado más allá de todo lo que había logrado la patria alemana por sí misma antes de caer y convertirse de nuevo en “una nación más” dentro del mal llamado “orden mundial” actual... El mundo siempre había estado amenazando con resquebrajarse, lo hacía día a día, y todo porque los humanos no eran capaces de unirse como raza frente a las insidiosas razones y técnicas de dominio económico y religioso de naciones inferiores... Naciones inferiores como las mismas Palestina e Israel.

Bueno, en realidad, todo esto lo creía Krunguermendfern antes; antes de llegar a Palestina, antes de sentir derrumbarse los pilares que sostenían los principios de su percepción del mundo y de cómo debía ser en el futuro, de en qué debía convertirse y a qué y quiénes había que combatir... Ahora, todo había perdido sentido, y su vida, en cambio, tenía más sentido que nunca...

Era mentira. La ONU no estaba actuando en modo alguno, al menos haciendo nada que sirviera para algo... Pero Krunguermendfern y sus hombres estaban allí como inspectores de la ONU, una tapadera tan sólo, por supuesto, el modo más fácil de que unos perfectos alemanes se pasearan por aquella tierra convulsa y despreciable sin llamar demasiado la atención...

Tenían todo lo necesario, todas las credenciales en regla, un buen manojito de documentos que legitimaba y designaba claramente su presencia y razón de ésta en territorio palestino, pero era todo prácticamente en vano... Las fuerzas israelíes no se molestaban apenas en dirigirles siquiera unas miradas de desprecio, mucho menos se paraban a investigar por qué deambulaban por ahí. El objeto de todo el subterfugio en papeleo sólo sería para el caso de retractarse ante verdaderas personalidades de la ONU, pero éstas brillaban por su ausencia. Lo de aquellos territorios era una especie de tema de controversia mundial, muy discutido, sí, pero nada en lo que nadie quisiera meter mano. Claro, ¿es que faltaban verse inmiscuidos intereses económicos? ¿Algo de lo que aprovecharse, una vez hecha mediación en la disputa mediante la fuerza? Ésa era la causa que motivaba toda “buena acción” en el nuevo orden mundial, sí.

“¡Cuánta hipocresía!”, pensaba no mucho antes Krunguermendfern, “¡cuánta diferencia respecto a lo que nosotros venimos tanto tiempo queriendo construir...!” Pero eso le daba igual, ahora le daba igual todo en lo que había venido creyendo, todo por lo que tanto había trabajado. Todo daba igual. Menos lo que iba a hacer ahora.

Todo era un caos. Las revueltas de los furiosos ciudadanos palestinos parecían haber dado carta blanca a los soldados de Israel, prácticamente hacían lo que querían. Asaltaban poblados que luego utilizaban como cuarteles generales, puntos céntricos desde los que hacer nuevas expediciones violentas sin más objetivo que el de extender miedo y dolor, promover más odio hacia sí por parte de los palestinos usando su propio odio visceral. Era el cuento de nunca acabar. Y los soldados israelíes venían a pegarse la gran vida, dentro de sus posibilidades... abusando de los pueblerinos, privándoles de alimento y agua, y, lo que torturaba a Krunguermendfern, aprovechándose de sus mujeres.

Una anciana con el ojo reventado le había descrito apenas una hora antes cómo les habían asaltado los israelíes sin motivo aparente, como solía ser costumbre, y se habían llevado a algunos de ellos. No había esperado a más detalles, había vuelto corriendo a su todoterreno y regresado a su campamento para reclutar al hombre que tenía ahora sentado a su lado en su lance personal. Sabía bien dónde estaban dispuestas las fuerzas de Israel, seguían con cuidado sus movimientos, y sabía de dónde tenían que haber venido los que habían hecho eso.

El todoterreno llegó a la cima de la colina, el sol poniente proyectando una providencial y, muy en concordancia con sus intenciones, funesta sombra sobre las chozas desde la pared junto a la cual el vehículo descendía en pendiente lenta.

La contrastada oscuridad les venía bien. Su trabajo en el país no requería lo que se dice una potencia de fuego desmesurada, y tampoco era bueno ver a supuestos chupatintas con rifles de asalto por ahí. Encima sólo llevaban normalmente unas pequeñas réplicas, de fabricación propia por su organización, de la clásica Luger P08. Disparaban munición igual de nueve milímetros, pero la empuñadura era un quinto más corta y el cañón la mitad de largo que en las originales. Eso les proveía de tan sólo seis balas a cada uno; no llevaban munición adicional para recargas, eran armas para casos extremos y extraordinarios, tan sólo. Pero sabiendo moverse, serían más que suficientes...

Krunguermendfern había apagado el motor y dejaba bajar el vehículo por la cuesta por su propio peso, apenas pisando el freno para tenerlo controlado poco antes de llegar a suelo llano. Lo dirigió contra la pared lateral de ladrillo desnudo de la primera de esas irrisorias viviendas y tiró del freno de mano, saltando del vehículo mientras aún rodaba con las ruedas clavadas sobre la grava caliza. Su joven compañero aún estaba haciendo frente a la fuerza que le impulsaba hacia delante, contra el parabrisas, cuando él se movía hasta la esquina de la pared y examinaba el lugar. Extrajo su arma, comprobó la recámara, esperó a sentir los sigilosos pasos de aquél detenerse a su espalda.

—Escucha, buscamos mujeres palestinas, se las han llevado los israelíes —explicó Krunguermendfern—. Que no les hagan daño alguno.

El joven soldado se quedó con la vista clavada en la nuca de cabello rubio y escaso de su superior, temiendo no el peligro de lo que fueran a hacer, sino la extraña actitud de ese hombre. Bueno, Krunguermendfern siempre había sido un tipo frío, que no hablaba más de lo necesario, sólo una máquina que disparaba la información e instrucciones necesarias, y así seguía siendo, desde luego. Pero a pesar de su tranquilidad, de la seguridad con la que se dirigía, él podía intuir una especie, no sabía..., de ¿desesperación? entre aquella determinación asesina que emanaba de su manera de actuar. Desde luego, parecía a punto de arrancarse a golpes con todo, por muy controlado que estuviera... ¿Qué demonios pasaría? ¿Mujeres palestinas? ¿Algún sujeto importante? Aquello era demasiado irregular...

— ¡Ven! —susurró Krunguermendfern, saliendo de detrás de la pared, avanzando pegado a la fachada de una, y luego otra, y otra de aquellas casetas moteadas por grumos de yeso seco y agrietado.

Todo estaba oscuro y silencioso dentro: los ventanucos sin cristal ni portillas los únicos testigos cómplices de su avance; las puertas, bien de hojas arrancadas de sus quicios, bien éstas entreabiertas, semejaban lánguidas bocas que balbucearan aciagas advertencias...

Si allí había habido ciudadanos palestinos, habían sido expulsados hacía ya tiempo... No lo sabía; ellos, su unidad, habían llegado apenas tres meses antes, y su control sobre la posición de las fuerzas israelíes se enfocaba a evitar “encontronazos” con ellos, o asegurarse de que no creciera su curiosidad hacia las propias operaciones encubiertas de los alemanes... Todo lo contrario de lo que estaba haciendo ahora... El principal problema de lo que hacían en aquel momento residía en la atención que podrían levantar; no había tenido tiempo ni humor (ni desde luego le interesaba en modo alguno) para inmiscuir a toda la unidad en una preventiva acción de limpieza y desinformación, lo cual incluiría presentar informes a los mandos principales, con las convenientes razones bien expuestas de toda esa movilización... y no, eso no podía hacerlo. Aquello era estrictamente suyo, y nadie debía saberlo. Aún se preguntaba si tendría que deshacerse del que le seguía, una vez terminara aquello...

Poco tardaron en encontrar lo que buscaban. Los israelíes se habían afincado en la parte central del lamentable poblado vacío, donde se erguían las tres construcciones únicas que tenían un primer piso. Dos camiones Abir, ambos con la lona de la parte trasera retirada, aguardaban pacientemente cruzados de cualquier manera en mitad de la callejuela. Por lo que él sabía, eran once los tipos que los utilizaban, lo que no entendía es qué hacían allí, como escondidos del resto del ejército de Israel. Escindidos como estaban, ¿era posible que simplemente estuvieran aprovechando la locura reinante para evitar sus obligaciones como soldados? Porque por lo que sabían, poca cosa hacían aparte de salir de largas patrullas, cada uno o dos días, salvo permanecer allí, como si hubiera algo que guardar... Pero Krunguermendfern no veía nada. A uno y otro lado, enfrentados, los dos únicos edificios ocupados. Uno con luz en la planta baja, el otro con movimiento también en la superior. No les veía más utilidad que servirles como simples dependencias...

Pidió a su joven compañero, por señas, que comprobara la cabina del camión más alejado de ambos, mientras él hacía lo propio con el primero. Luego, se acercó en cuclillas hasta una de las ventanas por las que surgía música rap norteamericana, del edificio con luz en la planta superior... Si tenían a detenidos palestinos, era el lugar más probable, allí arriba. Eso, si no se los habían llevado a otro lugar antes. No, Krunguermendfern no quería pensar en eso ahora.

Su compañero se apostó con una rodilla en el suelo junto a la puerta, su arma empuñada con ambas manos, esperando nuevas órdenes. Krunguermendfern le indicó que buscara una entrada por detrás. Entrarían a saco. Que dejara uno vivo, en todo caso. Que él mismo cubriría la parte de delante cuando salieran del edificio de enfrente sus compañeros, alertados por los disparos.

El joven soldado asentía a todas las indicaciones, impertérrito, pero en realidad le estaba inquietando aún más seguir el brillo azul de los ojos de su sargento mientras le describía lo que iban a hacer en medio de la, a cada segundo, más densa oscuridad. Aquello era una locura, una auténtica

locura. Iba a traer consecuencias, lo sabía. No tenía miedo de morir, sólo estaba convencido de que eso les conduciría a un merecido rapapolvo, por mucho que el sargento pretendiera mantenerlo callado... “En fin”, pensó con resignación, “al menos va a ser divertido”. Y se dirigió hacia la parte posterior del edificio, si se le podía llamar así, “edificio”...

Krungenmendfern echó un rápido vistazo por la misma ventana. Allí sólo había tres tipos, uno sentado en una silla de madera, fumando, y otros dos en el sofá enfrente de él, todos ellos al lado derecho de la puerta de entrada. Un pequeño radiocasete y una lámpara de queroseno sobre la mesa entre el sofá y el soldado que fumaba. Los tres tenían sus armas, fusiles de asalto Galil de IMI, sobre sus regazos. Vale, su compañero había tenido tiempo de sobra.

Krungenmendfern se puso frente a la puerta y la derribó de una fuerte patada. De inmediato dirigió su arma hacia la derecha, apuntando firmemente con su sola diestra, y abrió fuego tres veces. El israelí de la silla cayó de lado, alcanzado en el pómulo, bajo su ojo izquierdo. Los otros dos recibieron los disparos en plena frente, uno de ellos volviendo a caer sentado en su sitio tras incorporarse en el mismo momento de morir. Avanzó hacia ellos, hasta estar casi encima del hombre caído junto a la silla. Sangraba mucho, parecía en estado de shock.

Se inclinó a recoger el Galil abandonado junto a sus rodillas, escuchando el sonido de pasos inquietos y voces contenidas sobre el techo, los gritos de alarma de los hombres desde el otro edificio. De entre la oscuridad a su izquierda vio por el rabillo del ojo aparecerse silencioso a su compañero, al que indicó con el cañón del rifle que siguiera por las escaleras mientras se incorporaba y dirigía la P08, aún en su diestra, hacia el pecho del israelí moribundo y abría fuego.

“Tres”, contó Krungenmendfern, “tres menos de once”, mientras se acercaba e hincaba una rodilla ante la ventana abierta más allá del extremo de la mesa, guardando su Luger en la pistolera camuflada junto a sus riñones. Comprobó el seguro, sacó una bala de la recámara y apuntó con el rifle hacia una oscura ventana superior del edificio de enfrente; disparó una vez, abatiendo al tirador que acababa de apostarse allí apresuradamente, haciendo tanto ruido, todo ello antes de que de la puerta empezaran a salir el resto de soldados israelíes. Afianzó la culata plegable contra su hombro derecho y arrasó con una ráfaga continua a los dos hombres que pretendían avanzar hacia la cobertura que les brindarían los morros de ambos camiones, y haciendo guarecerse a un número indeterminado que pretendían seguirles. “Cinco de once”.

Voces más claras, vociferando en hebreo, desde la parte de arriba. Una voz femenina balbuceando en árabe. Disparos de Luger. “Por Dios, ten cuidado con ella, o te mataré, te juro que te mataré...”, rugía Krungenmendfern mentalmente, devolviéndoles los disparos a los israelíes, ahora afincados en las ventanas del piso inferior.

No, así se alargaba el enfrentamiento. Se estaba convirtiendo en un intercambio de fuego infructuoso. Descargó las últimas balas en el cargador del rifle mientras retrocedía hasta el sofá, empuñando con la zurda el más a mano de los Galil de los muertos al tiempo que su mano derecha mantenía con fuerza el primero contra su hombro, hasta que sonó el chasquido del percutor contra la recámara vacía. Lo soltó y salió por la puerta derribada antes de que el arma tocara el suelo en caída libre.

Los soldados israelíes, ensordecidos por sus disparos atronando en el pequeño espacio de la casa, no imaginaron que el cese de fuego enemigo pudiera deberse a que estuviera sin munición o movilizándose en modo alguno, porque no tuvieron tiempo de pensar en nada de nada. Cuando se asomaban de nuevo intentando dilucidar algo de esto, alguno de ellos, más impetuoso, ya disparando de nuevo hacia el lugar de donde habían estado viniendo los disparos, una alta sombra entró por la puerta con toda parsimonia, sin que ninguno reparara en ella.

Krungenmendfern pasó el umbral con los brazos cruzados, apuntando en direcciones opuestas, el Galil en su zurda apretado contra su estómago, la Luger, en la mano contraria, a la altura de su hombro izquierdo, disparando dos veces con la pistola cuidadosamente mientras con el rifle disparaba a ciegas

y a discreción una larga ráfaga. Volvió la vista a ese mismo lado, donde contaba con haber liquidado lo que hubiera con el fuego automático. “Bien, dos a cada lado, nueve de once”

Uno de los soldados israelíes a la derecha de Krunguermendfern había encajado seis balas en el abdomen, de lado a lado, y se retorció de dolor y miedo, intentando retroceder a rastras sobre sus codos, contemplando la silueta recortada en la penumbra de ese altísimo fantasma. “Nadie puede moverse tan rápido, nadie puede ser tan silencioso...”, pensó, antes de que la sombra le apuntara con lo que debía ser uno de sus propios rifles Galil y le volara el cerebro que usaba para ello...

Krunguermendfern volvió hacia el primer edificio tan rápido como lo había abandonado, con los pulmones abrasados de desesperación y rabia, de miedo e ira, que no del propio esfuerzo físico del enfrentamiento.

Cuando ascendió a toda velocidad los escalones que llevaban a un estrecho y corto pasillo, dos ramales con puertas a una habitación abierta hacia el lado de la escalera cada uno, vio salir de la que le quedaba a mano izquierda a su voluntarioso subordinado, cariacontecido, entre indignado y rabioso. Le apuntaba con su Luger, pero la bajó de inmediato al reconocerle con la escasa luz rojiza que se esparcía desde los estrechos ventanucos del pasillo.

—He dejado a uno vivo, tal como quería, señor —dijo con voz ahogada. No era por fatiga, ¿qué le pasaba? Continuó hablando, con cierta dificultad: —. No he encontrado a nadie más, sólo a esta mujer, palestina...

Krunguermendfern se lanzó hacia la entrada de la habitación, su soldado apartándose oportunamente dando un paso atrás, pegando la espalda a la pared, bajo uno de los pequeños ventanucos. Lo que vio allí muy claramente, gracias a los rayos solares moribundos, proyectados directamente desde el pasillo hasta la pared blanca y agrietada del fondo, reflejándose sobre todo lo contenido, fue un estrecho camastro de sábanas revueltas al lado derecho; una mujer, completamente desnuda y acurrucada con un hombro contra la pared, sobre el colchón, agarrándose las rodillas, como intentando ocupar lo menos posible en el espacio.

“¿Mujer? No, apenas pasará los catorce o quince años”, se dijo Krunguermendfern.

La cobertura apolillada del colchón estaba moteada de no poca sangre. A lo largo de la pared contraria, en el suelo, el cuerpo de un soldado israelí que no había tenido tiempo de meter las dos piernas dentro de sus calzoncillos. Un agujero sanguinolento en la coronilla, por donde había salido la bala que lo había matado.

A ese mismo lado, en el rincón del fondo, otro hombre desnudo, ambas rodillas destrozadas de un disparo cada una. Estiraba las manos hacia Krunguermendfern para luego unir las como si le estuviera suplicando, y extenderlas de nuevo abiertas hacia la chica, todo mientras farfullaba tan pronto palabras en su natural hebreo como en pésimo inglés al segundo siguiente.

La habitación se sumió de pronto en una casi completa oscuridad cuando el compañero de Krunguermendfern se interpuso a la luz bajo el marco de la puerta.

—Estaban violando entre los dos a la mujer, cuando llegamos. Los dos al mismo tiempo... —dijo sombrío, a espaldas de su superior—. Los muy cerdos no tuvieron tiempo ni de coger sus rifles...

Le echó una significativa mirada a las armas sobre la mesita, junto al cabecero de la cama, que su superior ignoró, aún con la mirada clavada en el ruidoso soldado israelí.

Krunguermendfern se sentía aliviado. Allí no estaba lo que buscaba. Pero compartía toda la repugnancia que desprendía su hombre en la voz. Y seguía muy cabreado. No, ahora bastante más, en realidad.

—No es una mujer, cojones, es tan sólo una niña —rugió, contestando a su compatriota en su natural alemán.

Avanzó hasta el hombre en el rincón y se afanó en pisotearle los genitales, a sacudirle potentes puntapiés, sin que el tipo, con las piernas inutilizadas y los dedos de las manos machacados cada vez

que intentaba protegerse, pudiera hacer nada. No iba a poder ser considerado un hombre en lo que le quedaba de vida, que tampoco iba ser mucho más tiempo, por otra parte.

Krunguermendfern le dio unos segundos de cuartel para que acabara de gritar de dolor, todo lo que había entre sus piernas ahora una maraña inútil de carne y sangre. Acto seguido, sin darle tiempo de recuperar el aliento, se inclinó sobre él y le atenazó el cuello en una presa que amenazaba arrancarle de cuajo la tráquea.

— ¡Ahora —le gritó, mirándole a los desorbitados ojos, en perfecto hebreo—, vas a contarme algunas cosas!

Amazonia peruana, en la actualidad...

El pesado avión de los Black Monkeys empezó a sacudirse de cabo a rabo con las vibraciones de las ruedas del tren de aterrizaje sobre la tierra mal batida, el sonido de piedras minúsculas lanzadas contra el vientre del avión ensordeciendo el interior de la bodega de carga. Luke Seward no era capaz de oír nada de lo que le decía el muy animado Ben, pero igualmente asentía con una fingida sonrisa de conformidad, mientras el aparato deceleraba progresivamente.

—... y cuando le empujé fuera, me di cuenta de que no llevaba paracaídas —pudo acabar escuchando Luke poco a poco, momento en que Ben rompía a reír a carcajadas. Huelga decir que Luke le siguió la corriente y rió a su vez, sin tener ni idea de qué hablaba—. ¡Así que tuve que tirarme enseguida a por él, que si no, nos quedaba jugo de novato que despegar con una espátula del suelo!

Y de nuevo rompieron ambos a reír, el avión deteniéndose por completo en ese mismo momento. De pronto, Ben se quedó muy serio y miró con fijeza a Luke.

—No has oído nada de lo que te he contado, ¿eh? —le preguntó sin expresión ninguna.

—No —dijo Luke, igual de serio.

—Venga, vamos —le animó Ben, soltándose los amarres del arnés de su asiento.

Entre los dos, empezaron a quitar los seguros que fijaban el vehículo todoterreno al suelo del fuselaje, mientras Sam, sin la ayuda de los operarios que la habían atendido en Detroit, forcejeaba con los cintos de seguridad cerrados sobre su esternón. Justo cuando ellos habían terminado con el vehículo y Luke se ponía tras el volante, Ben acudía en ayuda de Samantha, pero ya había abierto el seguro y sacado primero un brazo, luego el otro, de los cintos.

— ¿Ya? —preguntó Ben con una sonrisa torcida, abriendo una mano hacia ella, invitándola a caminar con él hacia la compuerta trasera.

Sam suspiró, asintiendo leve y rápidamente con la cabeza por toda respuesta. Ben pulsó el botón que abría la rampa y siguió avanzando sin detenerse, con aire despreocupado. Vestía unos pantalones piratas, con perneras hasta la altura de los gemelos, de color negro, y una camiseta blanca de algodón con otro alegre motivo de los Black Monkeys en la espalda, el mismo mono con sombrero de vaquero apoyado sobre la distorsionada “ese” final de “Monkeys”.

Tan pronto como empezó a caminar sobre la rampa batiente, aún en movimiento, sacó un paquete de cigarrillos de uno de los grandes bolsillos de sus pantalones y se llevó uno a la boca, que encendió con uno de esos mecheros eléctricos que parecen pequeños sopletes. Se detuvo al final, esperando que la compuerta tocara tierra. Sam le contemplaba, sin pasar siquiera por encima de la junta de unión entre la rampa y el suelo inmóvil del avión. No pensaba moverse hasta que aquella cosa no dejara de hacerlo.

Ben se volvió a mirarla ladeando la cabeza, dejando que un mechón de su melena castaña le ocultara un ojo, el pitillo a un lado de su sonrisa torcida.

—¿Qué? —dijo con voz demasiado alta Sam, sonriendo a su vez.

—Nada, nada —contestó él, encogiéndose de hombros y enarcando las cejas.

Puso un pie en el exterior al mismo tiempo que el extremo de la rampa llegaba al suelo, y rodeó el avión por el lado derecho, echando un vistazo a su alrededor. Se detuvo a esperar a Samantha.

Ella enseguida constató que hacía un tremendo calor en el exterior, donde el sol del apenas pasado mediodía brillaba solitario en mitad de un cielo del que no dejaba apreciar el azul, de tan deslumbrante que resultaba. Se quitó su gruesa chaqueta vaquera y gastada, y respiró con alivio al sentir desnudos sus brazos, llevando como llevaba debajo una camiseta negra de tirantes, que sin embargo ya empezaba a absorber toda esa ardiente luz, amenazando con calcinarla viva. Sus pantalones vaqueros ajustados también le estaban resultando engorrosos, y, para colmo, aunque cómodo, su calzado de zapatillas de deporte negras tampoco era el más adecuado para el terreno. Pensando en eso, se quedó mirando un momento las enormes botas marrones de Ben, ridículas miradas en conjunto con su aspecto, pero que le iban a ir muy bien, claro. “Joder, que vamos a la selva, ¿pero yo en qué pensaba?”, se dijo.

Ben la animó de nuevo a seguirle con una mano, señalando hacia una veintena de metros delante del morro del avión, donde ya comenzaba una densa porción de bosque tropical.

—Para mí que aquellos de allí han de ser nuestros guías —dijo él, con un tono que parecía de descreimiento.

Había un viejo Jeep contra cuya parte de atrás se apoyaban un par de hombres morenos, ataviados con ropa de camuflaje militar. Enseguida llegó el todoterreno modificado, conducido por Luke, que se detuvo junto a Sam y Ben.

—Mira, aparca allí, junto a esos tipos —le sugirió Ben enseguida, a lo que Luke torció el gesto, enarcando una ceja. Volvió a meter directa en el cambio automático y aceleró con fuerza, dirigiéndose hacia ellos, levantando una buena cantidad de polvo.

Ben empezó a caminar, y Samantha junto a él.

—Qué calor, ¿eh? —comentó él, sonriente.

Samantha miraba la parte trasera del todoterreno alejarse. Era muy grande, de ancho casi como los Humvees del ejército, largo como para contener una segunda línea de asientos tras el conductor y, detrás, una larga bandeja alta con bancos para pasajeros, bajo la cual, por una compuerta batiente, se accedía a un amplio compartimento en el que habían metido todo su equipaje y otros equipos. De esos “otros equipos” Sam no sabía nada, claro.

El vehículo se movía sobre enormes ruedas que casi le llegaban a ella a la altura de las caderas, y eran del tipo sin cámara de aire, compuestas de celdas que permitirían seguir rodando a pesar de un fuerte deterioro por golpes o explosiones: un prototipo militar.

El motor hacía un fuerte sonido agudo de aspiración, lo que la llevaba a suponer que tenía incluido algún tipo de sistema de turbo. Ella esto no lo sabía, pero su estilizada línea, de acabado redondeado en las aristas del capó blindado del motor, estaba pensada para desviar proyectiles y efectos explosivos, algo que sólo servía para mantener en funcionamiento lo más posible el vehículo en este caso, ya que la cabina descapotable, de lona ignífuga plegada tras los asientos traseros, no constituía para nada un elemento de protección personal del mismo nivel.

Estaba adaptado a un mero uso civil, pero su carácter era indiscutiblemente militar... Eso sí que podía apreciarlo por sí misma.

—¡Menudo trasto! ¿Quién es el fabricante? —quiso saber Samantha, señalando con un gesto de mentón el vehículo, que ya se estaba deteniendo al lado derecho del Jeep de aquellos hombres.



—Esos vehículos los manufactura directamente la organización a la que está subordinada la de los Black Monkeys —empezó a comentar Ben, casi mencionándolo como si él no perteneciera a ninguna de las que hablaba.—. La Caja, la llamamos, pero no tiene nombre oficial... No se te ocurra andar contándolo por ahí o tendré que matarte, ¿vale?

Ben le echó una mirada cómplice y le guiñó un ojo, sonriente como nunca.

— ¿La Caja?

— ¿Qué te acabo de decir? ¡Ni lo menciones, tía! —continuó bromeando él.

— ¿Esa organización fabrica sus propios vehículos? —se preguntó Sam, mientras otros interrogantes la asaltaban al tiempo.

—Si eso te parece guay, deberías ver los “Mechs” —añadió Ben, ya con la vista al frente y sonriéndoles a los hombres del viejo Jeep—. A mí no me van nada los ordenadores, pero ya me gustaría probar uno de esos...

Samantha se le quedó mirando un momento, mientras él la ignoraba, dando la conversación por concluida. “¿Mechs? ¿Como los robots pilotados de los dibujos japoneses?”, se le pasó por la cabeza preguntarle, dando por hecho que hablaba aún en broma. Pero llegaron ante aquellos hombres, y se olvidó del tema.

Ambos tipos, sin cambiar su relajada postura lo más mínimo, esbozaron una amplia sonrisa al recorrer, al unísono y de arriba a abajo, toda la menuda persona de Samantha con sus miradas.

No era por eso, por ese lascivo examen que le estaban haciendo, pero a Sam la asaltó la certeza de que esos hombres morenos y fuertes no eran precisamente gente de fiar. Es más, estaba segura de que, uniformados como estaban de militares, no eran otra cosa que asesinos. No en vano, aunque ni Sam, ni Luke ni Ben lo sabían, aquel perdido aeródromo del Perú pertenecía a uno de los mayores cárteles de la droga, que muy gustosamente lo había alquilado a los Black Monkeys por una más que satisfactoria suma. De hecho, tan satisfactoria, que les habían ofrecido a aquellos dos sicarios como guías para el operativo que conformaban Sam y sus compañeros.

—Esto... ¿sabes tú hablar español? —preguntó Sam en un leve susurro a Ben, sin dejar de vigilar los ojos de uno y otro.

—Un poco, sí —contestó él echándole una rápida mirada, divertido con la inquietud de la chica.

Acto seguido, Ben se dedicó a saludarles en perfecto español para asombro de Sam, a lo que los peruanos respondieron muy alegremente; por lo poco que ella podía entender, incluso preguntándole a Ben si había disfrutado del viaje, y otras cosas en las que ya se perdió...

Luke, tras el volante del todoterreno, a un lado, estudiaba la complexión de ambos tipos, con una leve sonrisa torcida más propia de Ben. Estaba calculando, y había llegado a la conclusión de que no tendría problemas en acabar con ambos tipos a la vez, en una pelea cuerpo a cuerpo.

Tras un tonto momento en que los tres, Ben y los supuestos paramilitares peruanos, se deshicieron al mismo tiempo de sus cigarrillos, desencadenando una alegre carcajada de todos ellos por el hecho de parecer ensayado, los tipos abrieron la portezuela de la parte de atrás de su Jeep descapotable, animándoles a subir.

Ben denegó la oferta, indicando que viajarían en su propio todoterreno. Los tipos insistieron en que Sam podía ir con ellos, señalándola. Ella miró a Ben implorante, al deducir que eso mismo querían. Él le dirigió la más hilarante de las miradas, ambas cejas arqueadas, sonriendo ampliamente, y finalmente les dijo que no, que la señorita era protegida suya y debía recibir las mayores comodidades posibles, que sus tiernas posaderas no soportarían el viaje en un vehículo tan mal mantenido como aquél que conducían.

Los peruanos se rieron, muy agradecidos con las bromas y actitud relajada de Ben. Les caía bien. No dejaron de reírse mientras subían al Jeep y lo ponían en marcha.

Ben cogió a Sam de un brazo, y tiró suavemente para que le siguiera al todoterreno.

— ¿Qué les has dicho? —inquirió ella, sospechando de alguna broma entre ellos referida a su persona.

— ¿Qué más da? —respondió Ben—. ¿Quieres ir delante, con Luke?

—No, da igual —atajó ella, un poco molesta.

Ben rodeó el vehículo y se puso al lado de Luke. En cuanto Samantha se acomodó tras el conductor, en la fila trasera de asientos, Ben miró a Luke, y luego a los hombres del Jeep más allá. Les hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Iniciaron la marcha.

— ¡Vámonos! —le gritó alegremente a Luke, dándole un leve puñetazo en el hombro.

Las razones de que la organización Black Monkeys hubiera negociado la adquisición temporal de aquel apartado y clandestino aeródromo dedicado al narcotráfico eran principalmente dos: la primera y más importante, que su localización era totalmente secreta salvo para la CIA, la cual se había comprometido hacía ya tiempo atrás a no husmear y hacer la vista gorda en todo lo que estuviera relacionado con La Caja y sus secciones subordinadas; la segunda, que era el lugar donde aterrizar más aproximado a todo el territorio de selva virgen y prácticamente inexplorado desde el que habían comenzado a emigrar las tribus, muchas desconocidas, de indígenas del Perú. El mismo territorio donde los narcotraficantes levantaban muchos de sus secretos y provisionales laboratorios de elaboración de cocaína.

Los dos sicarios conducían el Jeep por una pista de tierra que tenía aspecto de bastante transitada. Ya sabían a qué venían los americanos, y sabían bien a dónde tenían que ir. Que su trabajo fuera el de simples matones no significaba que fueran estúpidos, o que sus jefes no se cuidaran de tenerles bien informados. El desembolso que había hecho Black Monkeys en todo aquello casi había convertido el cártel al que pertenecían en una sencilla, y muy solícita a cualquier petición, agencia de viajes por aquella selva que consideraban suya.

— ¿Adónde vamos? —gritó Sam, agarrándose a ambos respaldos, asomando la cabeza entre Luke y Ben.

— ¿Eh? —hizo Ben, afectando asustarse. Sam se preguntó si de verdad creía que tenía gracia, el muy imbécil—. Pues vamos a reunirnos con el grupo de etnólogos que descubrió a los indígenas emigrados desde las profundidades de la selva...

Eso último lo dijo Ben con cierta teatralidad, como dotando a las palabras de un carácter misterioso.

— ¡Ah! ¡Sí, los mencionados en el informe! —recordó Sam—. Estaban estudiando la sociedad de una tribu recién descubierta, cuando se encontraron con las migraciones masivas y las historias de gorilas...

— ¡Eso es! Pretendían convertir esto en una especie de circo mediático de la zoología, con esas mismas historias, pero no hay de qué preocuparse...—añadió Ben—. El servicio de desinformación y censura de La Caja es de lo mejor que hay. Nadie más sabe ahora del trabajo de estos tipos, ni de su existencia siquiera, ¡todo controlado, son nuestros!

Y Ben levantó una mano y cerró el puño, en histriónico gesto propio de un villano de película, sonriendo maliciosamente. Sam decidió que, o era realmente idiota, o simplemente estaba loco. Porque una cosa era verle desafiar con aquel humor al “jodido coronel Clain”, u observar de qué manera sacaba de quicio a su amigo Luke, tan formalito él. Pero parecía que esa actitud de comediante malo era realmente su forma de ser.

El resto del viaje lo hizo Sam en absoluto silencio. No así Ben y Luke. Bueno, mejor dicho, no así Ben. Se pasó hablando solo buena parte del tiempo, con alguna ocasional aportación de Luke, además de leves gruñidos de asentimiento de cuando en cuando. Sam se limitaba a contemplar la espesura de la selva que volaba a su alrededor. Iban muy rápido, pero de todas formas poco había que ver. Todo era

un denso manto de verde follaje que parecía simplemente un muro sólido a aquella velocidad, todo sumido en la terrible penumbra de aquel techo de altas y frondosas copas de árboles tropicales.

Daba miedo. Era otro mundo, como estar en otro planeta. Viajar a buena velocidad sobre un vehículo militar modificado no atenuaba esa sensación, la sensación de sentirse extraña, ajena, de estar entrando en un territorio vedado, antinatural. Pensó en lo curioso de que, siendo como era el ser humano una criatura que parecía siempre dispuesta a modificar el entorno en su beneficio, en adaptar siempre las condiciones en lugar de adaptarse él mismo a ellas, persistieran, desde siglos y quizá milenios, aún, sociedades arropadas en el corazón de la naturaleza más salvaje y desatada del planeta. Y además, era consciente de lo bien que les iba, si no fuera por el intrusismo del supuesto “hombre civilizado”.

Tras algo más de una hora de viaje en coche, los hombres uniformados del Jeep detuvieron su vehículo al lado izquierdo de la pista de tierra, prácticamente hundiendo el morro entre la suerte de matorrales. Luke se detuvo atravesando el todoterreno justo detrás, de una forma que no bloqueaba la carretera, pero que impediría a esos tipos largarse en su coche y abandonarles, si pasara “algo raro”... Realmente, Luke deseaba que “algo raro” ocurriera. Llevaba con Ben cerca de un año transferido a aquella mierda de los Black Monkeys, y necesitaba acción. Apenas una vez les habían asignado una misión de eliminación de un objetivo en Europa, un embajador alemán afincado en París, pero finalmente se había cancelado la operación, cuando él mismo le tenía ante la mira de su rifle de precisión... ¿El motivo? A ellos no les correspondía saberlo, al parecer.

Los sicarios uniformados se dirigieron a Ben, quien ya se había bajado del coche y extendía una mano hacia Samantha, como un caballero que asiste a una dama al bajar de un carruaje. A grito pelado le indicaron que tenían que seguirles al interior de la selva.

—¿Nos llevamos algo? —le preguntó Luke, acercándose para que sólo lo oyera él.

—No, hombre, no. Que “somos” naturalistas, ¿no? Simples, no sé... ¿Científicos? ¿Exploradores? Además, sólo vamos a hablar con los etnólogos, a ver qué se cuentan —Ben se encogió de hombros—. A ver, dudo mucho que los tipos éstos intenten algo raro, y si es así, ¿me vas a decir que no podríamos arreglarlo, aunque vayan armados?

—Más valdría prevenir que curar... —concluyó Luke, no muy satisfecho.

Samantha había escuchado toda esta conversación mientras obviaba el gesto de ayuda de Ben. La verdad era que aquellos paramilitares peruanos iban armados con rifles AK-47, machetes y pistolas en una funda al cinto. Pero tenía razón Ben, no parecía su intención la de jugársela a ellos de ninguna manera. Además, envuelto todo en aquel repentino silencio una vez apagados los motores de los vehículos, ella agradecía que alguien, quien fuera, portara alguna clase de arma.

Les siguieron a través de un sendero que fue abriendo el primero de ellos con su machete. El segundo estuvo hablando un poco con Ben, algo que él se tomó la molestia de ir traduciendo.

—Dice que estos científicos europeos llevan por esta zona como cosa de tres semanas —dijo por encima de su hombro, a fin de que ambos, Sam y Luke, pudieran oírle—. También dice que él no ha tenido el placer de ver a esos habitantes de la alta selva perdida, pero que sí que sabe que algo ocurre. Dice que los animales ya no se dejan ver, ni se dejan oír...

—¿Insinúa que también están emigrando los animales? —preguntó Samantha, observando a su alrededor, volviendo a centrar por un segundo su atención en aquel extraño silencio.

—No, no ha dicho eso —dijo Ben, volviendo a hacer uso de un afectado misterio—, sólo dice que ya no se dejan ver ni oír. Que la selva parece abandonada. Ha dicho, literalmente, que ésta es ya una “selva fantasma”. Creo que ese término se le ha ocurrido a él mismo... —terminó sonriendo, realmente divertido, al peruano que le había contado todo aquello.

Estuvieron otro buen rato avanzando como podían entre la vegetación. Por mucho que golpeará el que iba delante, los demás tenían que cuidar de mirar dónde pisaban para no tropezar, o apartar con los

brazos otros arbustos y ramas que ya intentaban ocupar el sitio de aquellos primeros que habían sido cortados.

Era muy engorroso el viaje a través del bosque, desde luego. Primero la propia dificultad del camino, luego el húmedo calor. Samantha estaba exhausta, y la espalda la sentía húmeda y fría, de su propio sudor. Su ropa interior se le pegaba y le rozaba en las ingles; las axilas, cuidadosamente depiladas, las sentía chorrear. En la nariz acababa goteando, concentrado, mucho del sudor que, poco antes de resbalar por su suave piel, se le perlaba en la frente. Sentía en las plantas de los pies incipientes ampollas por efecto del calor y el movimiento, empapados los calcetines bajo sus livianas zapatillas deportivas, cuyas costuras ya empezaban a deshilacharse por efecto de los golpes contra ramas secas, piedras y los afilados cantos de las hojas de algunas plantas.

Sus compañeros tampoco lo pasaban mejor, pero no se les notaba. Los dos peruanos estaban acostumbrados a ese ambiente, a esa clase de “expediciones”; y Ben y Luke, por su parte, se movían con gran facilidad y estoicismo, ambos brindados por su muy especializado entrenamiento militar.

Luke quizá lo estuviera pasando casi tan mal como ella misma, pensó, vistiendo aquellos gruesos pantalones vaqueros y esa camiseta de manga corta de color caqui... que ya era marrón del todo, un marrón muy oscuro, allí donde se formaban manchas de sudor, en mitad de su espalda, en el pecho y bajo las axilas.

Él, muy serio y atento, caminando ante ella, que iba última, le mantenía apartadas las matas y le preguntaba cada poco que “qué tal lo llevaba”. Siempre respondía que “bien”, cada vez jadeando más fuerte y convertida en un oloroso paño de sudor.

Cuando ya estaba empezando a plantearse el pedirles a todos que la dejaran descansar un momento antes de continuar, alcanzaron el límite de un claro que parecía resultado de la tala y roza típica de los pueblos indígenas. Se abrió ante ellos como un oasis cuya repentina visión fuera fruto de un delirio causado por el calor, de pronto todo volvía a ser luz, igual de caluroso pero reconfortantemente más seco.

Cabañas. De techo pajizo a dos aguas, sostenido por muros que eran una amalgama de cortezas de árbol y juncos atados a modo de forro contra el viento y el agua. Bastante amplias, la verdad, la mayoría más largas que anchas. Algún habitante, ya mujeres con niños pequeños, quizá algún anciano tomando el sol, sentados a la puerta de muchas de ellas, todos muy relajados y silenciosos. Todo seguía envuelto en el mismo silencio terrible de la selva que les rodeaba, pero era diferente. Se respiraba paz, allí. O más bien... sí, más bien la calma antes de una tormenta. Casi parecía que estuvieran esperando algo, como a la expectativa de acontecimientos en los cuales no tenían modo alguno de tomar parte. ¿Dónde estaban los hombres? ¿Los hombres jóvenes, los cazadores? Sam no los veía por ninguna parte, mientras avanzaban hacia el núcleo de la pequeña aldea.

Y allí encontraron hombres, al fin. Pero no los del poblado, claro, sino a cinco altos hombres rubios con aspecto de turistas accidentales, todos igualmente vestidos con pantalones cortos de un color azul oscuro e idénticas camisetas grises, sin distintivo ninguno. Uno de ellos, el único que se había dejado crecer una buena barba rubia desde hacía al menos una semana, parecía enzarzado en una fuerte discusión, en un dialecto que no acababa de dominar, con un indígena que tenía aspecto de cazador, mientras sus compañeros se hacían los ocupados meneando cosas en mochilas y maletines de un lado a otro.

La llegada de Sam y sus compañeros no parecía importunar para nada a unos ni a otros. El nativo y el hombre de barba rubia seguían discutiendo sin reparar en ellos, y los demás apenas les echaron unas fugaces miradas, levantando, alguno, una mano a modo de rápido saludo.

El indígena cazador pertenecía sin duda a una etnia bien diferente de la que predominaba en aquel poblado. Era mayor, Sam calculaba que pasaría bastante de los cincuenta años; frondosos y arremolinados cabellos oscuros, espesa barba negra, piel mucho más oscura, no muy alto pero tremendamente musculoso. Empuñaba en su diestra una larga lanza de punta de piedra que parecía recién labrada, con la que golpeaba en el suelo al escupir bastante alterado las palabras en aquella

lengua. Se había adornado los brazos con brazaletes de cuerda a los que alguien, quizá él mismo, había unido pequeñas plumas de muy diferentes y vistosos colores. Tenía la cara y el pecho surcados de alguna clase de pintura roja de la que parecía haberse embadurnado con sus propias manos. A diferencia de los hombres y mujeres que hasta ahora había visto Sam en el poblado, no se molestaba en ocultar en modo alguno sus genitales.

En definitiva, todo, tanto su estado de ánimo como su aspecto, le confería un aire mucho más bestial, más salvaje y desatado del que parecía el propio de aquellas otras gentes...

Finalmente, el hombre alto y rubio alzó ambas manos repitiendo dos veces seguidas la misma frase. Parecía estar cediendo respecto a alguna cuestión al tiempo que imploraba paciencia del viejo cazador. Al fin se acercó hasta ellos. Saludó a los paramilitares peruanos en español, estrechándoles la mano enérgicamente. Luego saludó en perfecto inglés a Ben y a Luke, de la misma forma.

Cuando le tocó el turno a Samantha, ella esperaba un trato de algún modo deferente en el saludo. No fue así, como constató con alivio. Le fastidiaba que nadie pudiera tratarla de manera diferente por ser mujer, lo primero, y por su baja estatura y apariencia frágil, después.

—Bueno, a ver —empezó el hombre, poniendo los brazos en jarras y paseando su mirada entre los tres rostros americanos—, ya deduzco que pertenecen a eso llamado Black Monkeys, ¿no? El equipo de americanos...

—Sí, sí —dijo enseguida Ben con su más cordial sonrisa. Sam estaba segura de que echaría a perder la predisposición a colaborar de aquellos hombres con sus tonterías, pero continuó diciendo: —. Hemos sido designados, en primer término, para hacer un detallado análisis de las probabilidades de que realmente puedan existir aquí alguna clase de grandes primates, y, de ser así, para hacer constar, con toda la clase de detalles posible, su fisiología, hábitat y pautas de conducta. Somos meros “ojeadores”, vamos.

Ben concluyó su elocuente presentación con aquel chiste de connotaciones deportivas, soltando una burda carcajada seca. El hombre de barba rubia se quedó quieto un segundo, mirándole a los ojos. Pero dejó al fin asomar una ligera sonrisa, mientras asentía lentamente.

—O.K. —dijo el tipo mientras se rascaba la barba y miraba de reojo a sus propios compañeros—, nosotros estábamos algo más al sudeste de la misma ceja de selva donde nos encontramos ahora. Esto es como una amplia meseta a gran altura que rodea varias cumbres boscosas. Nosotros estábamos por allí —el hombre extendió un brazo hacia el sudeste, hacia una hipotética zona que nadie podía ver, estando como estaban rodeados de selva—, más o menos, con un equipo mucho mayor, haciendo un censo de un nuevo grupo étnico, a principios de la semana pasada, cuando llegó un gran grupo de gente de la parte más oriental y alta de la selva amazónica. Ellos fueron los primeros. Nuestra primera intención, entre el asombro y la curiosidad científica, fue la de intentar catalogarlos, discernir primero qué dialecto era el suyo y si tenían algún tipo de parentesco generacional con los que estábamos observando nosotros...

El hombre les dio la espalda a todos un momento para observar a los paramilitares peruanos, que se habían alejado e inspeccionaban distraídamente el poblado, husmeando al interior de algunas de las cabañas sin el menor reparo o respeto. Suspiró.

—No pudimos. Se entendieron como pudieron con aquellos otros nativos que estábamos intentando clasificar, ignorándonos a nosotros. Se abastecieron mediante intercambios y continuaron su viaje hacia la zona de selva baja; según nos explicaron nuestros acogedores anfitriones, al parecer huían de una plaga..., eso... no parecían haberlo entendido ni ellos mismos... Sólo me dijeron que algo malo se extendía desde la parte más alta del bosque y que por eso abandonaban la ceja de selva...

—¿Entonces..., lo de los gorilas, de dónde...? —empezó Ben, acariciándose la barbilla con los dedos índice y corazón de la mano derecha.

—No, eso fue después. Nuestro grupo se movilizó siguiendo a este nuevo grupo. Nos aceptaron sin objeciones, la verdad, aunque no había manera de comunicarse con ellos. Una parte del equipo

permaneció en nuestro puesto original, continuando los estudios, pero ellos cuatro y yo seguimos a los miembros de esta nueva etnia. El caso es que no tardamos en cruzarnos con otro grupo en rápida movilización, otros miembros de una tribu igual de desconocida pero diferente a aquella. Algunos de sus miembros conocían a los que acompañábamos. Supongo que huían todos de la misma zona endémica pero desde direcciones diferentes, quizá rodeando la zona de peligro... Bueno..., todo eso lo deduzco de lo que cuenta él...

El hombre de barba rubia señaló con un leve meneo de cabeza al impaciente viejo cazador a su espalda, que se mantenía rígido y con la frente alta, como orgulloso.

—Y... —empezó Ben, alargando intencionadamente la pronunciación de “y”—... ¿ahora, qué es lo que pasa? Porque ese hombre tiene pinta de querer ensartarnos a todos con esa pica...

—Lo que pasa es lo siguiente —empezó el hombre de barba rubia—: él mismo ha estado guiando, por lo que se ve, a esos pueblos de los que hablo lejos de los territorios en supuesto peligro. Al mismo tiempo, según entendí, los hombres de todos ellos se han estado organizando para una escaramuza contra los supuestos animales y otros pueblos indígenas rivales... No sé, es todo muy raro, no comprendo bien, la verdad. Pero ahora, sus protegidos han seguido su camino hacia la selva baja, y él cree que ha de volver para tomar partido en esa especie de guerra.

El hombre dio por concluido su impreciso relato; suspiró de nuevo.

—Por eso me he empeñado en los últimos días en enviar mensajes a la ONU; no sabemos qué pasa, pero parece estar desarrollándose allí arriba un conflicto de proporciones bárbaras. El caso es que no sabía si los narcotraficantes, tras aceptar nuestro dinero, de verdad estaban haciéndonos el favor de hacer llegar nuestros correos o simplemente los tiraban a la basura, hasta que, diligentemente, y para mi sorpresa, volvieron a comunicarme que iban a mandarles a ustedes... Es que estamos realmente aislados, aquí...

—Sí, bueno, el gobierno estadounidense ha decidido tomar parte en esto —empezó a explicar Ben—, es una buena oportunidad de mejorar sus relaciones en política exterior. Coincide con nuestra organización en la necesidad de preservar lo que nos queda del Amazonas, ya llevamos tiempo negociando alternativas a la tala descontrolada en el mismo Perú y Brasil... Y esto, dado el carácter de crispación de sus comunicados, se ha convertido en una prioridad. Somos una comisión, como ya he dicho, designada para observar cuánto de verdad hay en todos esos acontecimientos relacionados con nuevas especies animales, y qué riesgo supone, tanto para las propias especies como para los habitantes indígenas del Amazonas...

Samantha estaba impresionada por la seriedad con que Ben desarrollaba la medio mascarada, de una manera tan repentinamente... profesional. Sí, venían a investigar lo de los supuestos gorilas, o eso había entendido ella, pero al parecer ni la ONU ni el gobierno americano estaban al tanto de todo aquello. Por Dios, en los informes que les habían entregado a ellos ni siquiera se mencionaba nada de un conflicto declarado contra los animales ni otras tribus, como les acababa de decir el etnólogo... Tampoco sabía de dónde se sacaba Ben esa... templanza, ese saber estar imperturbable ante toda aquella nueva información.

—Lo que realmente creemos —añadió Ben para finalizar— es que los animales son la causa de todo conflicto... Quizá se trate de seres considerados sagrados por esas otras tribus contra las que pretenden combatir, es decir, que puede ser todo un malentendido. Nosotros lo averiguaremos.

¡Lo estaba improvisando todo! No es que estuviera siendo muy concreto, pero realmente era creíble, como atestiguaba la actitud del hombre de barba rubia, que parecía hasta ligeramente aliviado, aunque no del todo conforme, con la llegada de ellos tres. Y no era de extrañar, Ben estaba dando a entender que sólo estaban allí por los animales, lo cual sí que era verdad, al menos.

—Bueeeenoooo... —empezó a decir el hombre de barba rubia—, sea como sea, agradecemos que hayan venido. Mi nombre es Johannes Koreander, y ellos, Mikael, Strut, Karl y Mathis.

—Menudos nombrecitos —se permitió comentar Ben, volviendo a su habitual ligereza.

—Somos suecos —dijo el señor Koreander como explicación, haciendo constar que sabía bien que los nombres suecos parecían extraños a los foráneos.

—Ellos son Samantha y Luke —dijo Ben agitando una mano hacia ellos, muy quietos a ambos lados de su persona—, y yo Ben Ecclesten.

—O.K. —dijo Koreander. De repente parecía no saber qué decir.

—Esos dos no se presentaron, ni idea de sus nombres —dijo Ben echando una mirada a los distraídos paramilitares peruanos.

—Bueno, se llaman Miguel y Carlos, y pertenecen a la milicia de los narcotraficantes que trabajan por esta zona. Se dedican a... ¿supervisar? que todo vaya según lo previsto, y que nadie se les desmadre.

—Ajá —hizo Ben, haciéndose el turbado.

—Ellos nos cobraron un alto precio por servirnos de mensajeros... pero al menos lo hicieron —añadió Koreander.

El viejo cazador volvió a golpear con la lanza en el suelo, y soltó una corta arenga furiosa, llamando la atención de Koreander.

— ¿Qué? ¿Tiene prisa? —preguntó Ben.

—Es que le he dicho que esperaríamos por ustedes. Queremos acompañarle, va a volver a su casa, convencido de que echará de allí a los invasores. Es una oportunidad única de que nos guíe por una de las últimas zonas inexploradas de la selva, y apenas he conseguido convencerle de que les esperaríamos. Sé que estarán cansados del viaje...

— ¡Buah! —hizo Ben, desdeñando la consideración que pretendía Koreander— ¡No necesitamos descansar! ¿A que no?

Ben miró a Luke y a Samantha. Ella sí lo necesitaba, estaba molida. Pero negó con la cabeza, haciéndose la dura.

—Bueno, ¿hacia dónde hay que tirar? —preguntó alegremente Ben.

Samantha estaba de mal humor. Habían decidido que, mejor que atravesar la selva caminando como pretendía el viejo cazador, volvieran a los vehículos y siguieran la carretera que usaban los traficantes hasta la parte más profunda donde moría. El cazador había parecido reticente al principio, pero finalmente había accedido a hacerlo así, y les acompañó en el regreso. Samantha se daba cuenta de que era mejor seguir en coche, sí... pero eso no la consolaba de toda la dura caminata que tenía que desandar. Oía mucho a sudor. Normalmente eso le daría cierta... vergüenza, el hecho de que los hombres percibieran su mal olor. Pero los demás estaban igual o peor que ella, y además, luchar contra el cansancio ocupaba toda su concentración.

Estaba tan desesperada, la vuelta se le estaba haciendo tan larga, que estaba convencida de que los milicianos peruanos se habían perdido, que no sabían regresar, y que daban vueltas a lo loco por aquel laberinto de vegetación que parecía tragarse todo rastro de paso. Pero de repente apareció la estrecha carretera de barro encharcado, ambos vehículos a unos metros a la izquierda de por donde salía el grupo. Suspiró sonoramente, agradecida.

— ¿Estás bien? —le preguntó Luke, observándola con preocupación.

—Sí, ¡bufffff! —hizo ella—. Pero creo que necesito cambiarme de calzado, esto no está siendo como esperaba, ¿eh?

—Tenemos botas y ropa adicional para ti. La organización se permitió el lujo de hacernos el equipaje personal necesario. Por eso no entendía lo de tu maleta, y tal —la informó Luke, sonriéndole—. ¿Qué llevas ahí, cepillos de dientes y toallas para la ducha?

— ¡Muy gracioso! —dijo ella haciéndose la ofendida. Pero sí, llevaba cepillo de dientes y alguna toalla...

—Anda, quítate eso de los pies, que te saco tus botas... Esperemos que acertaran con la talla —dijo Luke, y se puso a buscar dentro del compartimento del todoterreno, metiendo medio cuerpo.

Ahí dentro, sin el equipaje, lo menos había sitio para cuatro personas tumbadas unas al lado de otras, y otras cuatro encima, si fuera necesario. Tenía dos potentes puntos de luz interiores a lo largo de cada una de las esquinas superiores. Tal y como ocupaba Luke la entrada, era imposible discernir de qué estaba lleno aquello.

—Nuestra organización se ha ocupado de que Carlos y Miguel se hayan puesto a nuestro total servicio, por lo que me dijeron ellos al aterrizar... —empezó a explicarle Ben a Koreander.

—Señor Ecclesten —le interrumpió aquél—, son criminales, no confíe demasiado en su lealtad...

—No lo hago, pero digo que al menos sí nos acompañarán hasta donde termina esta carretera. Si quiere, yo viajaré con ellos, usted y su equipo acomódense en nuestro todoterreno, hay sitio de sobra... Hablo español, y me gustaría tenerles... bueno, mantenerme cerca de ellos.

Koreander parecía sorprendido de la audacia despreocupada del hombre bajo y flaco que le hablaba. Él mismo, por contra, era un tipo alto y fornido, no tan musculado como Luke, pero indudablemente de una fuerza equiparable. Sonrió, complacido.

—No, yo iré con usted, señor Ecclesten. También hablo perfectamente español. No soy tan desconsiderado de dejarle a solas con esos tipos.

—Muy bien, ¡así me gusta! —rió Ben, dándole a Koreander una palmada en el hombro—. ¡Como compañeros en una peli de acción! ¡Como en Calor Rojo!

Koreander seguía sonriendo, pero agitó levemente la cabeza, sin comprender.

— ¡Sí, hombre! Esa peli de Schwarzenegger y James Belushi, ¿no la ha visto? —continuó Ben, mientras ambos, seguidos del muy confuso cazador indígena, se subían al Jeep de Carlos y Miguel, quienes esperaban pacientemente a que “alguien” moviera de una vez el todoterreno antes de arrancar — ¡Joder, era buenísima! Va de un agente ruso que llega a América persiguiendo a un criminal y...

Pero Luke aún estaba atendiendo a Sam, muy galante, él. Había extraído las prometidas botas, cerrado el compartimento y, sin previo aviso, alzado a Sam cogiéndola por la cintura hasta sentarla sobre la bandeja de carga del todoterreno. Ella se sobresaltó, viéndose tan rápida y, sin embargo, delicadamente manipulada, como una liviana muñequita hueca.

—Oye, que puedo hacerlo yo —se quejó mientras Luke le quitaba esas ya maltrechas zapatillas de deporte, cuyos cordones ella misma había desatado—. ¡Oye, cuidado!

Luke le estaba quitando los calcetines húmedos de sudor, rotos ambos en el lado del dedo gordo por el uso en aquella larga jornada de caminata. Al verlos así, ella se ruborizó. Cuando se los puso eran casi nuevos. Pero nadie se paraba a mirarla, aunque ella, avergonzada, estaba segura de que sí. Los cuatro hombres suecos, compañeros de Koreander, se habían dedicado a posar sus bártulos allí detrás, a su espalda, para luego sentarse silenciosos a lo largo de los bancos, pasando por su lado, ignorándolos a ella y a Luke completamente.

—No vas a ponerte las botas con los pies húmedos —dijo Luke, poniéndole ya unos gruesos y largos calcetines grises, sorprendentemente ligeros y frescos—. Que no te dé vergüenza, estas manos han tocado cosas peores, Sam...

Eso lo había dicho sin mirarla a los ojos, casi pareciendo tímido, al tiempo que enfundaba sus pequeños pies en las botas marrones, idénticas a las que Ben y él mismo usaban.

—Bueno... Gracias —respondió ella, saltando de la bandeja impulsándose con los brazos.

— ¿Te aprietan los cordones? —preguntó él, dándole una palmadita en el hombro.

—No, están bien.



—O. K., vamos. ¿Vas delante, conmigo?

—Sí, venga.

Luke rodeó el vehículo por el lado del conductor. Se detuvo un momento antes de subir, mirando a la fila de asientos trasera, totalmente vacía.

— ¿Nadie quiere sentarse aquí? Cabéis todos, es más cómodo... —les indicó a los suecos.

Ellos, muy serios, se miraron unos a otros. El llamado Strut negó por todos con la cabeza.

—Hum —hizo Luke, conforme con su conformidad, y se puso tras el volante.

Arrancó haciendo soltar al motor un fuerte bramido casi animal. Dio marcha atrás. Carlos, al volante del viejo Jeep, arrancó por fin, sacó el morro de entre los matojos y enfiló la carretera de tierra hacia delante, en dirección a las profundidades de la alta selva.

Henrich Alamsterd chasqueó la lengua, desesperado.

—Joder, esto no pinta bien, ¿eh?

Sostenía entre sus manos el brazo derecho de su colega, Thor Schokendorff. El pedazo de metralla lo había extraído el día anterior con el cuchillo, pero la herida era grande, un agujero del tamaño de su pulgar junto al bíceps, casi en la corvadura del codo. Estaba negro alrededor, y Thor muy pálido. Tenía fiebre. Se lo había vendado, pero necesitaba antibióticos. Se le estaba gangrenando.

— ¡Joder! —repitió para sí.

—Oye, ¡cálmate! Es mi brazo, ¿no? Ya tengo bastante, para encima aguantarte a ti así —Thor rompió a reír.

—Oye, no es cosa de risa, ¿es que deliras?

Alamsterd estaba de los nervios. No habían podido regresar a su campamento. Los nativos alterados les habían buscado sin encontrarles, les habían adelantado y habían hallado el emplazamiento. Habían pasado la tarde anterior escuchando el lejano tiroteo, mientras se defendían de algún ocasional infectado perdido que les daba alcance por pura causalidad. Estaba cansado, hambriento y furioso. “¿Qué cojones está pasando aquí?”

Se habían refugiado en un amplio socavón en la tierra, bajo las raíces salvajes de un viejo árbol. Parecía que llevara siglos intentando desprenderse de la tierra para echar a correr por la selva, los nudos bulbosos de la planta asomando por todas partes como las patas de una gigantesca y repugnante araña deforme. Sólo algunos insectos les habían hecho compañía, las alimañas y aves de la selva hacía semanas que habían desaparecido, como espantados por la ignominiosa aberración de la naturaleza que ellos habían liberado para sus pruebas. O quizá eran los nativos infectados los que se los habían comido. ¿Quién sabía?

— ¡Joder! —volvió a gruñir Alamsterd—. ¡Y encima estos putos uniformes ya no sirven para nada, con este puto calor! ¡¿Algo de esto tiene sentido?!

—Haz el favor de dejar de quejarte. ¡Dios! No tendría que haber soltado esa granada, tenía que haberla apretado contra mi pecho... ¡No hay quien te aguante!

Dicho eso, Schokendorff volvió a reírse. A Alamsterd no le hacía ninguna gracia. Estaba preocupado por él.

—Mira, voy a volver al campamento.

—Claro, es hora de morir —continuó bromeando Thor.

— ¡No! Necesitas antibióticos. Esto está pudriendo, hay mucho calor y humedad.

—Oye, ya es tarde. Pégame un tiro. Luego busca al general, reza porque ellos sigan a salvo en el otro campamento.

— ¡No! No me seas imbécil. Está muy lejos, no podré hacerlo solo.

—Sí puedes...

—Bueno, ¡sí! Pero no quiero. No te voy a abandonar. Estamos vivos gracias a ti, aunque fuera una puta locura lo de la granada.

—Estuvo bien, ¿eh?

—Capullo arrogante... Mira, espera aquí —Alamsterd le entregó su pistola totalmente cargada—. Muy quieto, muy callado. Volveré a lo sumo en una hora.

—Te van a matar...

—No, o han aguantado los nuestros, o se han replegado a la posición del general, o los han matado a todos. Sea como sea, los sujetos no se quedarán ahí, no donde no hay qué matar, ni qué comer...

—Lo mismo me da ahora una cosa que otra... Tú mismo, compañero —le concedió Thor con una sonrisa cansada.

—Así se habla —bromeó por fin Alamsterd.

Y ahí le dejó. Rodeó las raíces torcidas del viejo árbol y empezó a moverse todo lo rápida y sigilosamente que le permitía su urgencia. Realmente, tenía además ganas de ver en qué había acabado el conflicto del campamento. Alguien debía haber sobrevivido...

Llevaba pegado al cuerpo el subfusil con ambas manos, mientras saltaba y corría entre montículos de tierra y enormes helechos, deteniéndose cada poco junto a un árbol para examinar todo alrededor, escuchar. Los infectados no se cuidaban de ser sigilosos. Si anduvieran por allí cerca, en seguida los notaría. Pero no era cuestión de ir a lo loco y encontrarse de golpe con uno... o con varios. Sólo le quedaba ese último cargador que Thor, sin arma, le había cedido, y ni siquiera estaba completo. ¿Poco más de veinte disparos? No servía para un combate abierto contra más de tres de esas criaturas escamosas, apenas humanas a esas alturas.

“¡Vamos, vamos, vamos...! ¡No te vas a encontrar a nadie, no va a pasar nada!”

Siguió avanzando. De nuevo, no tardaba su maldito y ridículo uniforme anacrónico en pesar húmedo de su sudor. Corrían él mismo y su compañero el riesgo de deshidratarse. Apenas habían bebido aquella noche el agua de lluvia depositada en las enormes hojas de las plantas en torno a su escondite. Claro, su expedición a aquel pueblo de sujetos de experimento sólo era un rápido viaje de formal observación de su evolución, cojones. Las armas eran una precaución lógica, dado el carácter de esa vía de investigación, pero no habían salido preparados para una larga escaramuza como aquella. Aún se preguntaba qué estaba pasando. La programación se sabía infalible. Todas las criaturas y anteriores experimentos humanos habían tenido resultados muy satisfactorios, sin fallas. Aquello no tenía sentido, dentro de la propia locura que representaba la violación de las mismas leyes naturales.

“Hay que ver”, pensó Henrich, “el Nuevo Reich enfrentándose a la misma naturaleza”. La audacia de tanta planificación, llevada a cabo desde los oscuros años de declive del imperio de Hitler, siempre le había fascinado y llenado de orgullo patriótico. Pero empezaba a tambalearse su fe. ¿Y si la naturaleza les estaba demostrando cuán equivocados estaban? ¿Y si había decidido, como un ente inteligente y omnisciente, alzarse en armas contra la ideología nazi, como tantas hipócritas naciones lo habían hecho antaño? “No, ahora soy yo el que delira”, se dijo, quitándose esas ideas terribles de la mente.

Al fin alcanzó a ver su campamento, el que apenas había dejado a media mañana del día anterior. Se encontraba sobre la parte alta de bosque que rodeaba el sitio por el lado Norte. No pintaba bien, la cosa. Distinguía cadáveres tanto de infectados como de soldados alemanes, éstos últimos ataviados informalmente con sus pantalones de camuflaje verde y camisetas de tirantes marrones. Las tiendas estaban algunas prácticamente echadas abajo, los pilares de sujeción seguramente derribados por efecto de la descontrolada embestida de los sujetos experimentales hacia su interior, en busca de víctimas, o siguiendo a los compañeros que bien se intentarían refugiar de su ira asesina. Otras estaban

desgarradas en las partes laterales, los cuerpos de algún patriota alemán asomando entre la lona, sucia de sangre y barro.

Si había supervivientes, desde luego no estarían allí. Aquello estaba desolado. Decidió descender. Rodeó el campamento desde ese alto terraplén hasta la parte Este, por donde llegaba el sendero que ellos mismos habían labrado para sus desplazamientos y el transporte de materiales. Siguió moviéndose igualmente precavido, atento al más leve movimiento. Le temblaban las piernas. No había dormido nada, la tensión constante y la deshidratación le estaban pasando factura. Se sentía enfermo, el sudor en el traje se le antojaba helado; todo le llegaba a su ser increíblemente vívido, como todo lo contrario a un estado de shock. Los labios hinchados y reseco pese a la sudoración, las manos frías y agarrotadas. El cuello rígido y dolorido, una tensión muscular que se le extendía ya hacia la parte superior del cráneo y terminaba en la frente.

Su antigua labor como operativo del servicio de contraespionaje alemán no le había curtido para largas operaciones en esa clase de terrenos. Sabía qué debía hacer... pero no era su fuerte. Y no se podía decir que su temporada reasignado al plan “Amanecer” hubiera sido algo más que la de un mero chupatintas. Llevaba años llevando a cabo la designación de sujetos en muy distintas partes del mundo, ocupándose, más que nada, con todo lo relacionado con los detalles de sus repentinas “desapariciones” de sobre la faz de la Tierra. Tenía un amplio entrenamiento militar a sus espaldas, pero nunca había tenido ocasión de desarrollar una experiencia. Y no tenía miedo. O sea, sí, pero no un miedo tipo estrés de guerra, tenía el lógico miedo a morir, sin mayores consecuencias.

Simplemente era que la noche en la selva le había pasado factura.

Sin embargo, sus sensaciones pasaron a un segundo plano al poner pie en el campamento, al verse en medio de lo que era vestigio de una furiosa batalla por la supervivencia. Era terrible. Mientras que los numerosos cadáveres de infectados yacían tiroteados a discreción, sus antiguos compañeros estaban reventados a golpes en la cabeza o el torso, mordisqueados de pies a cabeza, abiertos en canal a base de pedradas, las entrañas a veces estirajadas, desparramadas a los lados de los cuerpos sin razón ninguna... La furia de esas... “cosas” no conocía la lógica. Se suponía que se alimentaban de lo que tuvieran a mano... Pero no parecía que aquel desastre fuera por hambre. Esa desaforada violencia sólo podía reconocerse como maldad. ¿Era posible que sus supuestos soldados biológicos tuvieran propensión a la más extrema psicopatía? Bien lo parecía, observando en ese momento lo que quedaba de sus desmenuzados compatriotas.

No sabía por qué, pero de repente algo le decía que tenía que salir corriendo de allí, ¡en ese mismo momento!

“¡No! ¡Los putos medicamentos! ¡Agua! ¡Lárgate si quieres, pero coge eso, por tu padre!”

De pronto, como si eso fuera una orden de su general (curiosamente, las palabras en su mente se las imaginó con esa voz), levantó la vista de los muertos y echó a correr hacia la tienda de recursos sanitarios. Pero no llegó, se detuvo en seco cuando algo salió arrojado de la parte de bosque al Sur, desde lo alto, cayendo sobre una de las amplias tiendas de lona aún en pie con gran estruendo. Para cuando Alamsterd dirigió su mirada a ese lado, se batía la lona con el aire contenido como un enorme fantasma de sábana verde oscura, ramas y hojas siguiendo la estela del objeto desplomado. No tuvo tiempo ni de conjeturar con la naturaleza de lo que había caído tan violentamente, cuando salió eso mismo de entre las ondas hinchadas de la tienda, arrastrando consigo pedazos desgarrados.

“¡No!” le aulló su mente con una voz que sonaba a copa de cristal haciéndose añicos.

Se trataba de uno de los seres experimentales de la línea pseudo-primate. No se lo creía, no entendía qué hacía tan lejos de las zonas de pruebas. Su arma se le cayó al suelo cuando la criatura, de un par de saltos, se plantó en mitad del campamento, entre él mismo y la tienda de recursos sanitarios, y le clavó su mirada oscura sin pupilas, sin párpados, sin alma. Una mirada carente de personalidad, pero que aun así emanaba una malevolencia más propia del mismo odio visceral humano. Su desproporcionada nariz de gorila se hinchó cuando cogió aire sonoramente, en un ronquido gutural y prolongado, para luego abrir las mandíbulas como en un incontenible bostezo, haciendo que toda la

carne en torno a sus dos filas de dientes antinaturalmente largos y torcidos se replegara hacia su morro, soltando un potente bramido entre iracundo y angustioso, colmado de una tonalidad rotunda y vibrante como el llanto desesperado de un bebé hambriento de siete toneladas, escupiendo su saliva pardusca y destellos de la sangre que se derramaba de allí donde se le clavaban sus propios colmillos cuando mantenía cerradas las quijadas.

Alamsterd retrocedió unos pasos por acto reflejo, alejándose de su arma en el suelo. Cuando el ser cerró su terrible boca, su mirada negra volvió a fijarse en él. “No, no, no, estamos igual, estamos igual, es lo mismo, ¡joder!”, se decía Alamsterd, cuya parte consciente de ser escarbaba por entre los recovecos de su mente buscando un refugio de la realidad. Aquel ser, como los mismos indígenas infectados, ya no respondía a los distintivos nazis. Se le notaba en aquella extraña ausencia de mirada.

El monstruo golpeó el suelo ante sus pies con uno de sus puños, sacando a Alamsterd de su estupefacción. Toda la musculosa forma de la criatura se tensó, toda su piel verde y escamosa se erizó como el pelaje de un gato furioso, el movimiento de las infinitas y diminutas placas de ese blindaje imbricado arrancando destellos iridiscentes a la luz del día, haciendo parecer que su aura de ira se tornaba física, palpable. Pateó el suelo en poderoso trote con sus pies prensiles, pasando a cabalgar enseguida usando también los largos y poderosos brazos. Se arrojaba hacia él.

Alamsterd aún retrocedió tres pasos más antes de darse cuenta de que no podía huir del monstruo. Finalmente mantuvo su posición, y cuando la criatura lanzó hacia él su brazo izquierdo en potente puñetazo, se lanzó hacia delante con la cabeza gacha, rodando por el suelo a un lado del monstruo y hacia su espalda. Se incorporó de una manera más o menos fluida aprovechando la fuerza centrífuga, dando un traspie al iniciar su carrera hacia el subfusil abandonado. “¡Imbécil! ¡¿Cuándo cojones soltaste el arma, imbécil?!”, le pareció que le decía su general desde algún sitio.

Alcanzó el arma, cayendo de rodillas ante ella, sin respiración más por el propio miedo que por esfuerzo. La empuñó, se giró sobre una rodilla mientras apoyaba la culata contra su hombro derecho, intentando lograr el más preciso de los disparos. Tarde. El monstruo, al volverse en derredor en su busca, había agarrado uno de los cadáveres que había desparramados por todas partes, quizá de frustración, quizá por dar algún objetivo útil a su rabia, y, no sin antes aplastarlo entre sus dedos, se lo había arrojado a Alamsterd con gran fuerza y precisión.

Henrich apenas pudo dejarse caer sobre su costado derecho a tiempo, pero la cabeza del cadáver le golpeó de pleno en el lado izquierdo de su pecho, haciéndole perder su objetivo.

“¡No, colega, no! ¡Mira, MIRA!”

Miró. El ser experimental se lanzaba en nueva carrera hacia él. No se iba a poder apartar a tiempo. Estiró su brazo derecho ante sí, lo tensó tanto como pudo, y apretó el gatillo apuntando bajo, muy bajo.

La ráfaga continua se estrelló en todas partes alrededor de los puños y patas del ser, pero buena cantidad se estrelló contra los pies prensiles y desprovistos de escamas. Saltaron pedazos enteros de carne, dedos y parte de empeine arrancados de cuajo por los impactos. La criatura aulló de dolor y se dejó caer en plena carrera, usando sus antebrazos como escudo contra el venir del suelo.

Alamsterd intentó retroceder sobre sus codos al ver el ser caer tan cerca. “No, no lo has detenido, ¡no parará! ¡Haz algo, capullo!!” El monstruo alzó la cabeza e intentó alcanzarle levantando bien alto un puño que dejó caer después con todas sus fuerzas, esto mientras se impulsaba sobre el suelo con su otro brazo. Henrich apenas tuvo tiempo de rodar de costado alejándose más del ataque; sintió el fuerte golpe hundiéndose en el suelo muy cerca. Rodó una vez más, y sus piernas chocaron con algo. Algo metálico.

Dirigió la mirada a sus pies, quedándose sentado. Una escopeta, la escopeta de uno de sus compañeros asesinados. La cogió con su mano izquierda, ignorando el dolor punzante bajo la axila. Se incorporó, retrocediendo unos pasos más, moviéndose rápido.

El ser experimental seguía avanzando, golpeando el suelo cada vez a puño cerrado, convencido de alcanzar al hombre de un momento al otro. Parecía muy dolorido. Todavía podría usar las piernas para arrastrarse más rápido, pero no lo hacía. De sus pies rotos se derramaba mucha sangre, algo que Alamsterd no podía ver desde su posición. Se estaba desangrando a gran velocidad. Su potente corazón de diecisiete kilos estaba drenando todo el fluido de su cuerpo por allí hacia el exterior. Era como un camión con un gran boquete en el depósito de la gasolina.

Pero Henrich esto no lo sabía. Sólo veía a un gran monstruo cansado que no cejaba en su empeño de matarle. Amartilló la escopeta con un fuerte tirón seco de su brazo, la lanzó al aire y la empuñó en un grácil y elegante gesto propio de las películas yanquis, y la dirigió, junto con el subfusil, hacia la cara del ser experimental.

Descargó el resto de la munición del subfusil al tiempo que abría fuego con la escopeta. Enseguida, toda la parte sobre la boca del monstruo se abrió en carne viva y hueso. El subfusil quedó descargado. Empuñó con su diestra la bomba corredera de la escopeta y abrió fuego una vez más. Y otra. Y otra vez.

La criatura seguía intentando avanzar aun cuando ni siquiera veía lo que hacía, toda su mirada convertida en maquillaje de grumos rojos que se repartía por todo su rostro. Ni siquiera se planteó detenerse cuando su mandíbula inferior se desprendió bajo los repetidos embates de los perdigones. Siguió luchando hasta que su cráneo se fragmentó, resentido, y los disparos empezaron a hacer mella en su cerebro. Todo el tiempo obligando al hombre a retroceder, hasta que no tuvo éste que hacerlo más.

El ser estaba muerto, al fin. Alamsterd aún disparó dos veces más a bocajarro contra su cabeza, para asegurarse, y finalmente dejó caer la escopeta a un lado, exhausto, antes de tirarse de rodillas, dolorido en la parte izquierda del pecho, incapaz de inspirar todo lo que quisiera.

Constató que tenía rotas algunas costillas.

Instalaciones “Sol”, Troisdorf, Alemania, 24 de Octubre de 1995...

Kranguermendfern avanzaba con decisión por los oscuros pasillos mal iluminados por unos fluorescentes dispuestos a pares enfrentados en las esquinas cada seis metros. Se hallaba siete pisos por debajo de donde se encontraba la empresa, total y legalmente en activo, de fabricación y venta al por mayor de discos de corte y muelas de desgaste, afincada en aquel polígono industrial algo al Sur del aeropuerto de Köln, en las inmediaciones de Bonn. Apenas acababa de llegar a Alemania.

No había tenido más remedio que seguir las órdenes y continuar con su asignación al comando en Palestina tres años más, antes de ser temporalmente transferido a la unidad del Polo Norte para solucionar el incidente de unidades experimentales fuera de control. Sin duda todo su trabajo se había llevado a cabo con éxito, pero durante todo ese tiempo, Kranguermendfern, a pesar de poner todo su extraordinario intelecto resolutivo al servicio de la causa nazi, no había dejado de pensar ni un sólo segundo, furioso, en lo que le había contado aquel sucio israelí tullido en esa abandonada aldea junto a la costa de Gaza.

El israelí les había explicado, entre sollozos incontenibles, que ellos habían estado cogiendo gente de nacionalidad palestina para entregársela a otros hombres que hablaban alemán también. No sabía nada más, lo hacían por unas cuantiosas sumas que les retribuían en cada entrega, para ellos eran appestoso ganado palestino... Sin embargo, bien que se guardaban una “cabeza” para su uso personal, los muy cerdos. Kranguermendfern lo había ejecutado tras asegurarse de que realmente no sabía más, y acto seguido empezó a cavilar.

No era complicado deducir que esos hombres alemanes tenían que tratarse de otro equipo como el suyo, actuando de manera independiente por alguna razón. El equipo de Krunguermendfern se dedicaba a seleccionar sujetos para su uso como máquinas de síntesis del producto base del proyecto “Amanecer”. Básicamente, habían descubierto que la genética de las etnias musulmanas producía las mismas alteraciones en el virus que sus complicados y muy caros procesos de especialización adaptativa. En esas gentes, la sangre infectada se transformaba en los riñones durante el proceso de diálisis. Ellos sufrían una degeneración necrótica mortal en esos órganos y el hígado, pero la solución resultante, para nada parecida a la sangre original, era el tipo de caldo auto-reproductivo que tanto tiempo habían venido buscando. Una base de suero que mantenía vivo el virus, el cual funcionaba adhiriéndose a las células vivas para reproducirse y generar más suero. Ese suero era la clave. El virus era el mismo antes que después, pero el suero así fabricado funcionaba como superconductor electrolítico entre las moléculas de virus, de modo que toda su actividad se coordinaba con una comunicación más propia de las nanomáquinas, pero de mayor rapidez y eficiencia. No sólo eso: el suero, incluso la más mínima cantidad, funcionaba como una especie de microclima que forzaba a las mitocondrias de las células a desempeñar funciones de adaptación antes por completo desconocidas en ellas. Empezaban a comportarse como el cerebro de la célula, y desarrollaban la mutación de ésta para adaptarse al suero, de modo que empezaban a crear el virus prácticamente de la nada.

A Krunguermendfern incluso le habían empezado a entrar dudas sobre la supuesta superioridad de la raza aria, viendo aquella maravilla depurarse en los sujetos palestinos... Él no entendía del todo la naturaleza del virus, ni la del suero resultante, pero desde luego que había estado aprendiendo, allí, mientras seguía fabricando más y más, utilizando a esa gente.

Pero eso fue entonces, cuando aún le importaba lo que hacía dentro de “Amanecer”. Y bastante antes de que se obsesionara con su búsqueda incansable.

El grupo de negligentes soldados de Israel al que pertenecía el israelí ejecutado resultó ser una célula clandestina de selección aleatoria de sujetos para el sistema “Híbrido” dentro del proyecto “Amanecer”. Esto no es algo que le hubiera contado el israelí tal cual, sino una información a la que le llevó su buen tiempo acceder (demasiado ocupado como estaba con sus obligaciones) mediante la investigación que le había encomendado llevar a cabo a ese brillante y joven operativo al que había arrastrado consigo aquel fatídico día de furia y miedo. No entendía por qué, pero confiaba en él, y ese hombre, de algún modo, obedecía sus órdenes con una diligencia y eficiencia sobrecogedoras, sin importarle para nada que tuviera todo eso que ver con desatender sus obligaciones para con la causa nazi. Sin duda, habían llegado a hacerse amigos de una manera fortuita pero espontánea y sincera.

Mediante toda esa información, había sido capaz de inmiscuirse muy poco a poco en el muy secreto sistema “Híbrido”, y utilizando sus esfuerzos conjuntos a la habilidad para saltarse la estricta burocracia dentro de la organización de su amigo, había conseguido verse ascendido a general y, a propia petición, ser reasignado como líder de una de las subdivisiones de pruebas de híbridos, en especial, aquella que más le interesaba.

Allí, a casi una profundidad de sesenta metros bajo tierra, estaba por fin a punto de encontrar al complemento directo de su búsqueda, aquello que en los últimos años le había sacudido de dudas, miedo y furia en más o menos ese mismo orden. Y avanzando a solas a buen paso por aquel largo silo de penumbra, casi sentía aflorar en él una intensa y hasta entonces desconocida felicidad, una esperanza. Esperanza personal, propia e íntima, un sentimiento que a veces había apenas intuido, manoseado a ciegas con las yemas de los dedos de su mente torturada cada vez que descubría nuevas pistas sobre todo aquel proyecto, y que ahora le hinchaba los pulmones con aire de un sabor húmedo y denso que se le antojaba un auténtico céfiro, y que hacía pulsarse a su corazón con una energía que alcanzaba hasta su alma, todo él hecho una bolsa de músculo continente de calor humano y sincera alegría apenas contenidos.

Pero al llegar a su destino, al detenerse y echar un fugaz vistazo a través de una mampara de cristal insonorizado, todo aquello le fue súbitamente extirpado como si una mano invisible se lo arrancara desgarrándole para ello el pecho...

Él ya sabía que estaban trabajando específicamente en ella antes de llegar, le habían estado pasando detalles de las operaciones por el camino, con la idea de que se pusiera al día con su nueva asignación, pero no esperaba que consistiera en eso, que lo que estaba viendo de verdad estuviera pasando, que en serio nadie pudiera creer que fuera posible... Pero lo estaba viendo con sus propios ojos, aquel despropósito se estaba llevando a cabo ante él con toda meticulosidad, como si de verdad fuera a servir para algo... A Krunguermendfern le asaltó la más certera decepción, convencido de que los nazis realmente estaban locos, y así mismo, ante tal revelación, fue sustituido todo lo extraído por la mano invisible con un infinito odio visceral en su lugar.

## INMERSIÓN

Se pasaron cerca de 45 minutos más de viaje en los todoterrenos. Al principio, Koreander y Ben estuvieron un buen rato forcejeando con el viejo cazador, sentado entre ellos, para que se mantuviera sentado y tranquilo. Koreander, farfullando cosas en algún arcaico idioma extraño sin que el indígena pareciera escucharle; Ben, simplemente llamándole de todo y mentando a sus progenitores ante su indomable inquietud. Y es que el viejo cazador había empezado a gimotear algo asustado primero con el traqueteo y velocidad del vehículo, para pasar luego a mantenerse en estado de constante maravilla al ver y oír la selva agitarse a su alrededor como en mitad de furiosa tormenta, empeñándose en ponerse en pie y asomarse a los laterales del todoterreno, pensando en que el mundo discurría a su alrededor como el agua de un rápido río, pero ignorando del todo lo peligroso de los vaivenes del viaje, que amenazaban con lanzarle contra los matorrales en cada curva y resalto.

Por su parte, Samantha y Luke apenas habían intercambiado unas pocas palabras, algo referido al nuevo calzado de ella y si se sentía cómoda con ello. No tenían ganas de conversar más, con los muy silenciosos suecos sentados más atrás y algo por encima de ellos en la bandeja de carga. A pesar de esa distancia y del mismo ruido de motores y neumáticos rodando, eran una presencia francamente incómoda.

La carretera, como era de esperar, terminaba abruptamente frente un macizo de árboles que se cerraban en cuña desde ambos lados de la carretera. El tal Carlos había quitado el contacto del viejo Jeep unos metros antes del final, abandonándolo al impulso que llevaba, para luego hacerlo detenerse tirando bruscamente del freno de mano, sabiendo que eso sobresaltaría al indígena y quizá a sus “estiradillos” acompañantes. Efectivamente, el viejo cazador soltó un gemido ahogado al verse repentinamente lanzado hacia delante, pero Ben le ayudó a mantenerse en su sitio, sin poder evitar sonreír maliciosamente. Koreander sí que puso su buena cara de disgusto, a pesar de tomar asidero en previsión del frenazo...

El todoterreno modificado lo detuvo Luke de muy considerada manera, no sólo por la propia Samantha, sino en atención a los suecos incómodamente asentados en los bancos de la parte de atrás. Un frenazo como el de los peruanos habría hecho que aquellos hombres vieran sus traseros resbalar sobre el asiento de metal, chocando unos contra otros, y acabar al menos dos de ellos arrojados sobre la fila de asientos tras el conductor. A Luke le hacía gracia pensar en esa imagen... pero no, no podía hacerles eso.

—Por aquí, en esa dirección, a unos trescientos metros —señaló Koreander, alzando el brazo por delante de la cara del viejo cazador— se encuentra el laboratorio de cocaína... Aconsejo que lo evitemos y vayamos ahora en dirección nordeste, hacia el poblado en que está acampado el resto de nuestro equipo...

—Me parece bien... —dijo Ben, abriendo la portezuela para bajarse del coche, estirándose a continuación como si acabara de despertarse.

Carlos y Miguel dejaron el vehículo con una muy parecida actitud, como hartos de mantener la misma postura largo tiempo. Acto seguido, Carlos se dirigió a Ben en español para decirle que iban a echar un vistazo en la dirección en que había señalado poco antes Koreander que estaba el laboratorio clandestino.

“Claro, a hacer la ronda de costumbre”, pensó Ben, dándole su conformidad.

Los cuatro suecos, mientras tanto, descendieron del todoterreno de Black Monkeys tan silenciosa y diligentemente como se habían subido, y se movieron en estricta fila india hasta una distancia prudente de Koreander, casi como si esperaran órdenes. Luke, nada discreto, les observaba fijamente aún sentado, el ancho y nervudo antebrazo derecho apoyado sobre el volante. Ben tampoco pasó por alto aquella peculiar templanza del equipo de Koreander, pero sin dejar por ello de atender al desnudo y confuso viejo cazador en su descenso del Jeep. La verdad era que parecía mareado, como si sintiera el



suelo moverse bajo sus pies. Nunca había visto ni utilizado un coche, pero aun así esa descoordinación parecía fuera de lugar... y Ben no podía dejar de sonreír, como siempre.

Samantha sí se había bajado del todoterreno, y observaba por su parte a Ben riéndose del indígena. Eso la indignaba, pero no dijo nada.

—Bueno, venga... —empezó Ben, gritando para que todos le oyeran—. ¿Hacia dónde tiramos? Hagan los honores, señores anfitriones...

E hizo una histriónica reverencia hacia Koreander, señalando en dirección nordeste, tal como había mencionado.

—Joder... ¡Ben, digo yo que llevaremos algo...! ¿No? —le gritó Luke, frotándose la frente con la mano derecha, aún sin moverse.

—Esperadnos un momento... Mi amigo quiere que cojamos nuestras mudas... Es que suda como un cerdo...

Y dicho esto, que sacó algunas risas contenidas a los suecos, acompañó a Luke hasta la parte de atrás del todoterreno.

— ¡Qué gracioso eres! ¡Tú siempre tan gracioso! —le susurraba Luke entre dientes, caminado junto a él—. ¡No sé por qué no te doy las hostias que mereces!

— ¡Oye, no me escupas! —respondió Ben, alzando una mano—. No haces eso que dices porque sabes que puedo contigo... ¡Golosón!

Luke abrió la mampara trasera y empezó a rebuscar en el interior, volviendo a hundirse hasta medio cuerpo. Cogió una bolsa negra y se la tiró a Ben con fuerza contra el pecho. El peso considerable del bulto, que tan fácilmente manejaba Luke, hizo trastabillar a Ben mientras acertaba a abrazarlo con manotazos nerviosos. Aquello le había dolido.

— ¡Cabrón!

— ¿Algún problema, pek? —inquirió Luke, saliendo del compartimento con su propia bolsa izada por las asas de cinta en su mano izquierda.

—Joder, ¿conoces Willow y no has visto Star Wars? —le respondió Ben sonriendo y echándose también al hombro su bolsa.

—Willow me gustó mucho, ¿qué pasa con esa peli? —añadió Luke, avanzando hacia Ben como si pretendiera atizarle.

En ese momento se acercó hasta ellos Samantha desde el lado derecho del vehículo.

— ¿Otra vez peleándoos? —exclamó con voz cansada.

—Sólo estamos de broma, Sam, relájate... ¡Siempre es broma! —explicó Ben, simulando que le hacía cosquillas a Luke en el estómago.

—No siempre... ahora sí, pero no siempre —matizó Luke, torciendo la boca y alzando una ceja.

— ¿Ein? —hizo Ben, poniendo la más esmerada cara de confusión estúpida.

— ¿Dónde está mi equipaje? —preguntó de nuevo Samantha, viendo que ellos tenían sus bolsas y ya habían cerrado el compartimento.

—Sam... aquí llevamos todo lo necesario —dijo Luke, palmeando su bolsa ligeramente.

—Eso espero... Porque, la verdad... No sé qué espera nadie que yo haga en mitad de la selva sin material con que trabajar... suponiendo que demos con los “supergorilas”...

— ¡Ja! ¡¿“Supergorilas”?! —se rió Ben.

—Bueno, de algún modo habrá que llamarlos, hasta que se demuestre que existen. No pretende ser una nomenclatura científica, amigo...

Ben amplió su ya bastante ancha sonrisa con el matiz hastiado que le había dado la chica a la palabra “amigo”. Al parecer no le caía bien... Sin embargo, a Ben sí que le caía bien Samantha.

—¿Están ya listos? —gritó Koreander junto al Jeep de los paramilitares, impaciente, oyendo a aquellos tres murmurar, ocultos tras el gran todoterreno.

—Sí, sí, ya vamos... —le respondió Luke, haciendo un gesto con ambas manos para que iniciaran la marcha.

Sam y Ben mantuvieron un par de segundos más sus miradas fijas el uno en el otro. Samantha muy seria, Ben sin dejar de sonreír. Finalmente Samantha empezó a caminar tras Luke, segura de que Ben estaría en ese momento mirándole el trasero. Nada de eso, Ben se deshizo de su sonrisa y se puso a vigilar a la línea silenciosa de suecos tras Koreander, delante de sus compañeros.

A lo largo de otra absurda caminata (Samantha así lo veía, al menos), Ben, quizá aburrido, se había adelantado a los suecos que tan diligentemente cargaban con todos sus bártulos, maletines en las manos y enormes mochilas a la espalda, para hablar con Koreander, quien curiosamente no llevaba absolutamente nada. Koreander había empezado a explicarle a Ben que los indígenas del poblado al que en ese momento se dirigían toleraban la presencia de los narcotraficantes en la zona, ya que al parecer las influencias del cártel de la droga eran tales que habían detenido los planes de explotación maderera de esos territorios, o al menos así se lo habían hecho saber mediante intérpretes, hacía unos pocos años. Los indígenas estaban al tanto de la tala indiscriminada que ya había afectado a otras tribus, y como no sabían nada de las absurdas leyes respecto a la obtención y exportación de cocaína, pues veían aquel extraño lugar ocupado por afanados hombres con mascarillas de papel en los morros, a apenas poco más de un kilómetro, como algo que en realidad no les afectaba para nada, a pesar de recelar de los hombres armados que de vez en cuando se aparecían por allí.

Koreander también le comentó a Ben que el interés de los narcotraficantes por implantar sus laboratorios en los lugares más próximos a la plantas de coca y lo más alejados y ocultos de lo que ningún avión desde el cielo pudiera localizar, resultaba en que eran sus matones y operarios los primeros en contactar, normalmente de causalidad y manera fortuita, con etnias de indígenas desconocidas para el resto del mundo. Añadió que muchas veces esos encuentros acababan mal, produciéndose derramamiento de sangre por ambas partes: los narcotraficantes armados solían disparar contra cualquier curioso que surgiera de la selva, a veces por mera diversión; los nativos, en ocasiones agresivos ante la intrusión de sus bosques, otras sólo respondiendo a los ataques, organizaban verdaderas campañas de sangre... En definitiva, concluyó que había sido una suerte que las gentes que su equipo había estado estudiando las semanas anteriores no acabaran de esa manera con sus nuevos vecinos mafiosos; e incluso reconoció la ventaja de que, a base de fajos de dinero, los maleantes les hicieran de contacto con el mundo “civilizado”.

Ben reparó en lo curioso de que una expedición científica civil pudiera permitirse gastos de esa clase, pero por supuesto que no dijo nada. “Aficionados”, fue lo que se dijo mentalmente, sin perder su cordial sonrisa.

Koreander desvió lo que parecía un viaje en continua línea recta hacia el nordeste, indicando a Ben, quien no tardó en preguntar respecto a la razón de ello, que irían primero hacia el campamento de sus hombres, el cual habían decidido, lógicamente, montar en las inmediaciones pero no a la vista de los habitantes del poblado, a fin de que sus presencias influyeran lo menos posible en la vida diaria de los indígenas.

—Bueno, la idea está bien, pero creo que unos hombres de su aspecto y actitud ya resultarían bastante “chocantes” para esas gentes... —objetó Ben—. A mí me parecería inquietante que unos extraños fueran y vinieran de la selva, ¿no sería mejor intentar quedarse con ellos, esperar a que se acostumbraran a ustedes?

—No queremos que su curiosidad por nuestras propias labores interrumpa las suyas cotidianas... — explicó Koreander. Parecía que iba a continuar con sus argumentos, pero se calló definitivamente.

Bien. La verdad es que Ben no tenía muchas ganas de seguir inventándose interrogantes propios de alguien que tuviera algún interés por todo aquello. Optó por no decir nada más, por su parte.

El campamento de los suecos resultó ser más impresionante de lo que Samantha se esperaba. Se había limpiado un claro dentro del bosque de unos quince metros de diámetro, casi todo lo cual lo ocupaba una enorme tienda de lona impermeable asegurada al suelo con gruesos cables de nailon. Delante y ambos lados de la entrada, como haciendo un pasillo, habían clavado las patas de amplias mesas blancas de trabajo mediante lo que parecían pernos de accionamiento neumático, bien sujetos a tierra. ¿Con qué clase de equipamiento de montaje contaban?, se interrogaba Samantha. Además, las mesas tenían variadas y muy numerosas marcas limpias de polvo, vestigios de recipientes y otros aparatos sobre sus superficies, que parecía alguien haberse apresurado a recoger.

Nada más poner pie en el claro, Ben sacó uno de sus cigarrillos y lo encendió con su mechero eléctrico; se puso a aspirar profundamente, mientras Koreander y los suyos, visiblemente turbados, exploraban los alrededores y el interior de la amplísima tienda.

—Parece que se hayan ido con muchas prisas... —comentó Ben, totalmente serio por primera vez.

En efecto, la entrada de cierre de velcro permanecía con las dos hojas de lona abandonadas a su peso desde las esquinas superiores de la abertura, dejando resbalarse ladinamente de por detrás de sus arrugados contornos espectrales la densa oscuridad del interior.

Ben empezó a asomar la cabeza dentro, apartando con la misma mano del pitillo los abultados pliegues de la lona. De inmediato el sueco llamado Strut le puso una gran mano pálida en el hombro, tirando de él hacia atrás. Ben cruzó una mirada inexpresiva con Strut, quien por primera vez sí que mostraba una clara emoción: suspicacia, o quizá severa reprobación.

—Cuidado, señor Ecclesten —terció Koreander, dejando su rápido examen de los alrededores y volviéndose hacia ellos.

—¿Cuidado de qué? —se interpuso Luke, separándose del lado de Samantha con largos pasos.

Koreander y Strut se volvieron ambos hacia el impetuoso y fornido compañero de Ben, nada amedrentados, pero haciendo visible reconocimiento de la hostilidad con que tomaba parte en aquel extraño lance incómodo.

Samantha tragó saliva sonoramente al ver a los cuatro hombres quietos como estatuas durante aquel eterno medio segundo, más o menos, temiéndose una mala salida de cualquiera que desembocara en fuerte discusión. Realmente no parecía haber pasado nada para acabar así, pero la sensación que daba la escena era de muchísima tensión.

—Cuidado de que no haya alguna criatura salvaje explorando el interior de nuestra tienda, visto que nuestros hombres parecen haberla abandonado y la entrada ha quedado abierta... —se explicó Koreander, poniendo a su vez una mano en el hombro de Strut, para luego darle una palmada con la que parecía animarle a entrar el primero en la tienda.

Strut dejó de tocar a Ben y entró, sin dejar de echarle silenciosa y significativa mirada de soslayo. Ben le sonreía.

—¿Y no somos nosotros del control de especies peligrosas, señor Koreander? —le increpó Luke, premeditadamente ladino—. ¿Cree que no sabríamos actuar, en tal caso?

—Bueno, de todas formas no está bien entrar sin permiso en el entorno de trabajo de otro... —concedió Ben, mirando a Luke y a Koreander, alejándose de la tienda.

Pero ambos hombres se enfrentaban con sendos semblantes de desproporcionada gravedad. Samantha no se podía creer toda aquella repentina mierda de supermachos Alfa de la que estaba siendo testigo.

Enseguida salió Strut de la tienda, como una exhalación, para susurrarle algo en ininteligible sueco a Koreander, quien asintió secamente sin apartar la mirada de Luke. Y de pronto disparos, sin darle tiempo a nadie a preguntar a qué venía esa súbita inquietud tras explorar la tienda. No fueron una o dos detonaciones, sino largas ráfagas, primero de un arma, luego de dos al tiempo, aunque disparando de maneras disonantes. Y no cabía duda de que venía de casi un kilómetro atrás, en la dirección desde la que habían venido.

— ¡Carlos y Miguel! —gritó Ben, con una sombra de sonrisa emocionada. Los que le miraron a la cara realmente decidieron que aquel hombre estaba loco, o tenía graves problemas emocionales—. ¡Necesitan ayuda, vamos!

Todos, tanto los suecos como Samantha y Luke, se quedaron mirándose los uno a los otros, como esperando si de verdad había quien pensara prudente ir a ver qué les pasaba a paramilitares narcotraficantes en “su selva”.

—Oiga, señor Ecclesten, comprendo su preocupación, pero son criminales, a veces hasta disparan a la selva por diversión. No se ofenda, pero no creo que pueda usted ayudarles, suponiendo que de verdad lo necesiten. Yo creo que mejor seguimos ahora hasta el poblado indígena.

Las palabras de Koreander dejaron realmente turbado a Ben, pero se sintió como si acabara de despertar a la cordura, sobre todo al contemplar el gesto de Luke, quien le negaba con la cabeza.

— ¿Y si realmente necesitan ayuda, qué? —se empeñó en decir, reuniéndose con el grupo a pasos cansados, sin dar su brazo a torcer.

— ¿Pero qué cree que les puede estar pasando, señor Ecclesten? —preguntó Koreander, algo inquieto, al fin, al descubrir que los disparos no dejaban de sucederse—. En serio, sigamos cuanto antes hasta el poblado, allí estarán mis compañeros, sin duda.

Indicó entonces a Strut con un gesto de la mano que todos recogieran sus cosas, mientras Luke y Ben intercambiaban miradas extrañas que Samantha seguía bastante inquieta e incómoda por el calor y el sudor. Aquello, añadido a su estado desaseado y de cansancio, la estaba haciendo sentir terriblemente mal. Como si estuviera pasando algo que sólo entendían todos los hombres, algo realmente malo de lo que nadie quería tratar en ese mismo momento. Bueno, tampoco es que tuviera ganas de que pasara nada raro, pero menos de que realmente pasara algo raro y fuera la última en enterarse.

Tras una larga última ráfaga, los disparos al fin habían cesado. Todos volvieron a quedarse inmóviles como estatuas, con la atención, y alguno incluso la vista, vueltas hacia la distancia invadida por la densa vegetación.

—Bueno, ustedes delante —animó Ben.

—Sí —dijo Koreander, todos sus compañeros ya cargados otra vez por sus buenos bultos.

— ¿Alguien ha visto al viejo cazador? —preguntó Samantha repentinamente alarmada, mirando a todas partes.

— ¿Qué? —exclamó Koreander, llenándosele la cara de responsabilidad fracasada.

—Llegó aquí con nosotros, delante de Sam y yo mismo —explicó Luke, igual de perdido.

De pronto, un terrible alarido sesgó el aire en rápido movimiento, manteniendo una furiosa intensidad durante su desplazamiento. Una forma grisácea y veloz salía arrancando consigo pedazos de la selva en dirección directa a la espalda de Ben. Alguien gritó “¡cuidado!”, pero él ya había reaccionado por sí mismo inclinándose para evitar las garras estiradas que pretendían atenazarle en carrera, y usando la cadera para empujar y desviar la embestida del intruso, quien se vio desequilibrado hasta caer de costado en medio de todo el grupo, los cinco suecos a un lado, Samantha, Luke y Ben al otro.

— ¡¡¿Pero qué es eso?!! —gritó Samantha, con la voz temblándole.

Y es que a pesar de sus furiosas peripecias, su franco derrumbarse tras fallar en su ataque, su revolcarse en el suelo buscando el modo de incorporarse, su incipiente ganeo que ya evolucionaba al acostumbrado andar bípedo, ella podía ver perfectamente que aquello era una persona; o que lo había sido, en todo caso, pues difícil era tomar por humano a la masa de escamas brillantes y endurecidas, de uñas largas, amarillentas y agrietadas en pies y manos, de boca de labios resecos y retraídos en la que faltaban algunas de las piezas visibles de la dentadura, y de ojos oscurecidos en infecto azabache incrustado en mitad de esas bolsas amarillentas y supurantes de lágrimas pardas reseca. En definitiva, reconocía la forma de lo que veía, pero no sabía realmente de qué se trataba.

Y la criatura ya dirigía sus apresurados y aún erráticos pasos hacia ella. Una terrible esfinge férrea de nariz ganchuda, ojos sin mirada, saliva grumosa sobre la barbilla, que se le acercaba rauda, soltando una suerte de fuerte soplo entre los huecos de las encías sin dientes, un bufido. Samantha lo veía como a cámara lenta, apreciando cada repugnante cualidad de todas sus cualidades, explotando en su interior cada fibra de alarma de su cuerpecito, pero sin ser capaz de hacer el más mínimo movimiento, sólo observando sin parpadear cómo aquella cosa venía hacia ella.

Prácticamente la tenía a la distancia de un deseado amante cuando una enorme roca se estrelló contra el cráneo del ser desde el lado derecho de Samantha, llevándose bajo su peso e ímpetu la fragilidad cedida del cuello, y con ello, el resto del cuerpo a ese lado. Samantha aún ni reaccionó al sentir gotitas de sangre estrellarse sobre su frente por el cercano impacto, se quedó mirando atónita al mismo frente de ella.

— ¡¡Sam!! —Luke, quien había lanzado la tremenda piedra, la zarandeaba por los hombros con cuidado— ¡¡¿Estás bien?!! ¡¡Sam!!!

Pero ella seguía mirando como en shock a algo más allá del amplio pecho sudado de la camisa aquí que tenía delante.

—S-sí, estoy bien, pero... —empezaba a decir, llevándose una mano a la cara.

Pero nuevos alaridos infrahumanos ahogaron sus tímidas palabras.

— ¡¡Más!! ¡¡Vienen más, Luke, atento!! —gritó Ben, y Luke tiró de Samantha con bastante menor reparo hasta tenerla entre el pasillo de mesas ancladas ante la entrada de la tienda— ¡¡Luke, deja de jugar!!!

Luke, con Samantha observándole como extasiada, dejó su bolsa negra sobre una de las polvorientas mesas y abrió la cremallera de un seco tirón. Hundió su nudoso brazo derecho y lo sacó acompañado de lo que a ella se le antojaba un rotundo cañón. No la sorprendía lo más mínimo ver a Luke pertrechado con tal arma, pero el sentir los tímpanos doloridos por el tableteo grave de varias armas a su alrededor la sobrecogió. Y más al volver la vista a todo su alrededor y ver que tanto Ben como todos los suecos contenían en aquella misma formación circular, en torno a las mesas, a varias criaturas de esas, tan parecidas a hombres, que salían rugiendo de distintas partes de la selva de alrededor. ¿Por qué todo el mundo, salvo ella misma, tenía de repente su propia arma de fuego? ¿Aquello estaba pasando de verdad, o de golpe vivía en un videojuego?

Pero la turbación inmóvil era reino exclusivo de Samantha. Los suecos se lanzaban arengas breves en su idioma mientras ametrallaban con sus compactos fusiles a los semihombres de ojos negros y piel agrietada.

— ¡No juego a nada! —gritaba Luke para Ben, apoyándose la culata extensible de su escopeta semiautomática, una SPAS12, contra el hombro derecho— ¡¡Hay que proteger a Sam, ¿recuerdas?!!

— ¡Ouh! ¡¡Sí!! —reconoció Ben, como acordándose de pronto, y retrocedió unos pocos pasos hasta tocar con el trasero una de las mesas, dejándose entonces caer de espaldas para rodar sobre ella y caer de pie al otro lado, todo ello disparando bastante calmado contra la cabeza de uno y luego otro de los fieros y deformes atacantes, con un arma idéntica a la de Luke— ¡Creo que me había dejado llevar por la diversión!

— ¡Y te has dejado ahí la puta bolsa, majadero! —le regañó Luke.

Pese al peligro reinante, Ben se tomó una pausa entre tiro y tiro para fijar la vista en la tranquila impermutabilidad de su bolsa, totalmente ignorada entre los arrítmicos pasos de los salvajes deshumanizados que invadían el claro.

—Con lo que llevas en la tuya nos arreglaremos, ¿no?

— ¿Y si no dejan de venir?

—Entonces importará poco la munición, ¡pero ahora atiende!

Con un seco gruñido, Luke se afanó en seguir pulverizando los cráneos de los seres, echando algún que otro vistazo al modo en que los suecos hacían su parte con sus propias armas. ¡Qué mal les había salido a todos lo de las tapaderas...! Pero mejor descubrirse que morir a manos de aquellos desconocidos locos, pensó.

Samantha estaba despertando un poco a la realidad, y empezaba a comprender de veras que estaba en mitad de una fiera batalla por sobrevivir. Asustada por el propio peligro y la confusión del tiroteo, retrocedió inconscientemente hasta quedar bajo el estrecho toldillo de la entrada de la tienda del equipo de etnólogos suecos. Aquellas extrañas personas, tanto hombres como mujeres, apenas vestidos con descuidados taparrabos algunos, la mayoría completamente desnudos, seguían saliendo de todas partes, desde la selva, sus rostros deformados por imposibles muecas de ira que contrastaban con la absoluta inexpresividad de los ojos sin pupila, ojos que recordaban a los de los escualos. Ben y Luke los abatían desde la insustancial barricada que formaban los dos pares de mesas de armazón metálico y bandejas en pvc, y los suecos a un lado se habían emboscado espalda contra espalda formando un círculo desde el que abatían con sus repentinas armas “sorpresa” a cuanto se les acercaba.

Samantha seguía aturdida por el miedo, y reconocer que de verdad todos eran ahora pistoleros avezados que se enfrentaban a esa especie de superzombies no la estaba ayudando a recuperar la calma, que digamos. Siguió retrocediendo hasta que la oscuridad de la tienda comenzó a envolverla sin darse siquiera cuenta de lo que hacía. Y en ese momento le pareció que toda la tienda se sacudía como en respiración agitada, ondulando frenética a su alrededor, haciéndola sentir más confusa si cabe en la tiniebla a la que sus ojos no se acababan de acostumbrar. Y de pronto un estallido de luz resplandeció ante sus ojos mientras volteaba sobre sí misma intentando orientarse. Con el griterío y el estampido de los disparos no alcanzó a darse cuenta hasta que ya era tarde, así que descubrió horrorizada que dos pares de manos estaban arañando y abriendo amplia brecha en la lona de la tienda, a su derecha, sacudiéndose furiosos los brazos de uno de los seres contra los del otro, luchando por ver quién sería el primero en irrumpir en su busca. Samantha soltó un grito ahogado y retrocedió hasta dar con las nalgas en la esquina de otra mesa, mientras uno de los seres parecía ser arrancado violentamente de la absurda pelea, dejando al otro entera libertad para entrar. Samantha volvió a gritar y dio un tonto brinco cuando el ser cayó al interior lanzado hacia delante, uno de sus pies enganchado en la tela que hacía de muro. Lanzó las manos por delante de su barbilla inútilmente, como esperando alcanzar a la mujer a pesar de quedar casi dos metros de distancia entre ellos, y de inmediato hincó las uñas ponzonosas en la tierra apisonada para reptar, zarandeando la pierna atrapada en convulso esfuerzo por liberarse. Lo acababa de lograr, levantando la pierna exageradamente en sus truculentos contoneos, y con los brazos se izó en potente salto con el que ya se cernía sobre ella. Pero un torso oscuro y robusto se lanzó al interior de la tienda en el mismo instante, asiendo con una mano el tobillo de la criatura durante su salto, tirando de ella hacia sí, obligando al ser a caer de nuevo en su lugar original, y, antes de darle tiempo a reaccionar en modo alguno, la silueta alzó ante sí una suerte de bastón con ambas manos para luego hacer estrellarse su extremo contra la nuca de aquél.

Era el viejo cazador, reconoció Samantha, y ya se acercaba a su amedrentada persona y la empujaba hacia afuera por la misma entrada, a lo que ella se resistió, asustada por el repentino contacto de los recios dedos aprisionando su hombro y por la expectativa de encontrarse de nuevo con el caos exterior. Pero no pudo hacerle entender al hombre su reticencia, ni apenas tenía fuerzas para resistirse.

Al salir, así llevada por el nativo, quien tuvo la precaución de asomarse primero antes de tirar de ella a la luz, Samantha pudo comprobar que el conflicto parecía haber enmudecido de pronto, y que

Luke y Ben ya no estaban ante la tienda, entre las mesas, sobre las cuales sí quedaban rastros de sangre en violentos salpiques, e incluso donde yacía el inerte cuerpo enrarecido de uno de los seres, medio cráneo volatilizado, más bien como arrancado de cuajo, de un seguro disparo frontal de escopeta. Al pasar por su lado por el corto pasillo de las mesas, Samantha se apretó contra la tabla contraria a aquella desde la que la cosa despedía un repugnante olor irreconocible, mezcla de algo extraño, de un tono almizclero, junto a vestigios de orín y sangre.

Se volvió hacia el cazador cuando éste la volvió a tocar en un hombro. Notó que estaba su cuerpo embadurnado de una sustancia del color de la brea, y que olía eso mismo tanto a sangre como a ese otro aroma de cualidad húmeda y pegajosa al paladar: era sangre de los salvajes seres, en la que se había zambullido cuando los había abandonado poco antes a ellos, a los muy perdidos y entretenidos extranjeros, para ir al encuentro de las criaturas que él ya había sentido acercarse por el bosque.

Sam alzó la mirada a su rostro barbudo, y siguió su mirada triste y resignada, encontrándose con lo que le indicaba. Y al verlo, reconoció lo que llevaba oyendo sin escuchar desde antes de salir de la tienda de los etnólogos, el sonido de voces alteradas para las cuales no había tenido espacio en su registro auditivo hasta ese mismo momento, el de recrearse con el cuadro de la situación con sus mismos ojos.

Los suecos apuntaban con sus armas a Ben y Luke vociferando, al tiempo que éstos les ordenaban bajar sus armas y rendirse, o eso le parecía entender entre el griterío imponente de todos. Pero Sam reparó en una voz en concreto, la voz del alto y fornido Koreander, bramando sobre todas las demás, como llamando a la cordura a todos:

— ¡La chica! —decía escupiéndose la rubia barbilla peluda, mirando desde detrás de su pequeño rifle P90— ¡Lo único que queremos es a la chica!

Instalaciones “Sol”, Troisdorf, Alemania, 24 de Octubre de 1995...

Allí yacía, al otro lado de la mampara transparente de observación, rodeada de indolentes profanadores que servían con ávido apetito curioso a la causa del nuevo Reich, embebidos de orgullo, sed e impunidad fascistas, las mismas con que cualquier otro investigador del mundo aplicaba, con la crueldad de un subnormal inconsciente, conocimientos y prácticas sobre inofensivos e indefensos ratoncillos de laboratorio. Allí, rodeada de avanzada maquinaria de soporte vital diseñada al efecto de aquel proyecto, un complejo sistema de retorcida maquinaria informatizada realimentada con juegos de sustancias sintetizadas y con el mismo suero procesado del cuerpo que mantenían con vida. Un cuerpo que ahora era mero cascarón, cuyo contenido sustancial estaba siendo alzado sobre el continente y sumergido en otra extraordinaria máquina de soporte, a la que ya estaban fijando, con el piloto automático de conexiones neuronales, toda la recién extraída espina dorsal de aquel cerebro aún vivo y quién sabía si incluso consciente.

Krunguermendfern había llegado tarde, ya estaba hecho. Se quedó mirando, totalmente inexpresivo, solo en el exterior del laboratorio, sintiendo su alma fundirse lentamente con la predominante oscuridad del pasillo, el cuerpo de la persona a la que tanto tiempo llevaba intentando localizar y rescatar.

Krunguermendfern contemplaba el cuerpo y el ser, en distintos espacios, de la mujer de la que se había enamorado.

## ESCISIÓN

Samantha no se creía lo que veía.

Todos los suecos portaban idénticos fusiles de forma compacta, todos los mismos P90, con capacidad para cincuenta disparos en fuego automático. Disparando a la cabeza en ráfagas controladas, la mayoría apenas había descargado ni la mitad de su munición, así que la realidad era que Ben y Luke estaban en clara desventaja, lo que no incomodaba en apariencia al mismo Ben, que apuraba la colilla del cigarrillo que no había dejado caer de sus labios a pesar de todo el jaleo. Calculaba que, de los ocho disparos que guardaba su arma, le quedaban solamente dos. Sabía que a Luke no le quedaba ninguno, pero eso parecía no importarle, pues apuntaba de la misma amenazadora manera a los suecos.

— ¡Basta ya, bajen sus armas, sabemos quiénes son! —consiguió decir al fin Koreander, arreglándoselas para hacer salir a cada uno de su obcecado discurso con fieras órdenes tanto a los suyos como a los americanos—. ¡Sólo queremos llevarnos a la chica, no tienen por qué morir!

Strut empezó a mascullar palabras en alemán, mostrando una clara disensión con Koreander, quien le mandó callar de inmediato, interrumpiéndole.

—Sí, y nosotros sabemos quiénes sois vosotros, y no os la vais a llevar... —respondió Ben, esbozando una media sonrisa. Escupió lejos la colilla encendida del cigarrillo—. Esto no tenía que haber ocurrido así, pero ya que estamos en estas, olvidaos de llevaros a Sam.

— ¡¿Pero qué pasa aquí!? ¡¿De qué habláis?!! —se quiso meter Samantha, pero nadie le hacía caso, Ben y Koreander empezaron una nueva discusión durante la cual prácticamente hablaban a la vez, sin escucharse— ¡¿Qué está pasando?!! ¡¿Eh!!!

Samantha lanzó su grito de sorpresa cuando vio salir volando la escopeta de Luke contra la cabeza de Koreander. Al tiempo que éste se cubría con su pequeño rifle, desviando el objeto arrojado, Luke se había dado media vuelta para saltar por encima de la mesa junto a Sam, a la vez que el supuesto sueco llamado Mathis disparaba contra él. Ben no se lo pensó y le descargó en el pecho uno de sus dos cartuchos mientras corría hacia la providencialmente cercana selva, desapareciendo entre múltiples estallidos de balas contra madera.

Koreander gritó algo de nuevo en alemán, al darse cuenta que Strut y Karl desviaban sus disparos contra el conjunto de mesas, por debajo del cual se arrastraba Luke. Samantha se apartó de los cercanos impactos de bala, aún confundida por todo eso que no entendía, el miedo apoderándose de ella una vez más.

Luke consiguió salir al otro lado por debajo de las mesas, pero tuvo que olvidarse de echar mano de su bolsa, aún allí arriba, y lo que hizo fue incorporarse lo suficiente en cuanto pudo para darse buen impulso y tirarse en plancha sobre la bolsa de Ben, más adelante.

Strut, junto a Karl, había avanzado hacia Samantha y la cogía de un brazo tirando con gran facilidad de ella, mientras su compañero saltaba ágilmente sobre las mesas con la idea de acabar por fin con Luke. Éste se retorció en el suelo metiendo el brazo en la bolsa abierta de Ben, con el hediondo pie de uno de los cadáveres mutantes chocando con su barbilla. Buscaba un arma, la que fuera, y atinó a cerrar los dedos en torno a la empuñadura de uno de los cuchillos de combate. Tiró con fuerza mientras rodaba sobre su codo izquierdo para quedar boca arriba, su cabeza entre los tobillos del mismo cadáver, lanzando durante el mismo movimiento el puñal hacia el tipo que asomaba desde detrás de la mesa. En ese mismo instante sonó un disparo desde algún lugar entre los árboles, pero el lanzamiento de Luke había hundido el cuchillo en el hombro de Karl, haciéndole inclinarse hacia atrás, sorprendido, y los perdigones del último cartucho de Ben se esparcieron sobre la parte derecha de su espalda, derribándole, pero sin acabar de matarle.

Koreander, Mikael y Strut, quien seguía tirando de Samantha, abrieron fuego de nuevo al unísono, hacia la parte de bosque de donde había salido el disparo, pero Koreander ordenaba retroceder, y los tres se perdieron en la vegetación con la mujer.



Luke empezó a incorporarse, mirando algo incrédulo al viejo cazador que le contemplaba inmóvil desde el mismo lugar junto a las mesas, donde había permanecido con absurda serenidad, sin haber temido en ningún momento verse alcanzado por los disparos.

— ¡¡Ben!! ¡¡Ben, di algo, capullo!! —gritó mientras tiraba de la bolsa en el suelo y extraía un Colt 1911, de nuevo lo primero que acertaba a agarrar.

— ¡Estoy bien, colega! —dijo Ben saliendo a lentos pasos de entre los árboles, reuniéndose con Luke— Se han ido con Sam.

—Ya.

—Esto ha ido mal.

—No tenemos la culpa, creo.

— ¿Qué haces, saqueando mis cosas? —regañó Ben, arrancándole la bolsa a su amigo, colgando de una de las asas desde su puño, todo el contenido amenazando con derramarse.

— ¡Imbécil! —le espetó Luke, viendo cómo se le caían a Ben todas las cosas, al tirar de aquella manera de la bolsa.

El viejo cazador farfulló algo en su idioma, con voz alta y clara, llamándoles la atención, señalando hacia el suelo entre las mesas. Se movieron ambos hasta su lado, rodeándole. Señalaba al tal Karl, quien se retorció en el suelo, sin saber cómo reposar en su agonía, con el hombro izquierdo atravesado por el puñal, buena parte de la espalda bajo el derecho perlada de impactos profundos de perdigones de plomo.

—O le han dado por muerto, o estos cabrones son aún más cabrones de lo muy cabrones que pensábamos que eran, los cabrones —dijo Ben risueño como siempre, llevándose un nuevo cigarrillo a la boca, y ofreciéndole otro al viejo cazador.

Para estupor de Luke, el lacónico nativo aceptó el ofrecimiento cogiéndolo delicadamente con los dedos y esperando pacientemente a que Ben se lo encendiera tras servirse a sí mismo.

— ¿Qué hacemos? —preguntó, abriendo la mano libre hacia el hombre agonizante.

—Tú sácale lo que puedas antes de matarle. Tan bien que saben hablar en sueco, no te quepa duda de que en nuestro idioma se manejará aún mejor. Dame eso —Ben le arrebató el Colt—. Yo iré por Sam.

—Tú sólo —dijo Luke, aunque más bien como preguntando—. Joder, siempre tienes que hacerte el puto héroe.

—Dejaré vivo a Koreander, o como cojones se llame en realidad. Ya se veía que es el único que necesitamos, en realidad.

— ¿Les encontrarás?

— ¡Vamos, hombre, déjate de coñas! —añadió. A continuación se acercó hasta el sueco impostor en el suelo, inclinándose sobre él— Lo siento, pero esto es mío.

El supuesto sueco, tumbado de costado, observó al americano de aspecto enclenque acercándosele. Cuando su rostro se le cernió, entre la media melena de cabello castaño que ensombrecía su facciones vio brillar implacables las blancas perlas burlonas de su sonrisa y los oscuros ojos con destellos malvados. Intentó resistirse agarrando a Ben de la pechera de su camiseta cuando éste empuñó el cuchillo y tiró muy lentamente de él para extraerlo de su hombro y recuperarlo. Soltó unos improperios en su natural lengua, alemán, que transmutaron a agónico gruñido cuando aquél hizo girar la punta del filo del arma en la boca de la herida, premeditadamente, por supuesto.

— ¡Vaya cómo te pasas! —le amonestó Luke, quien no era muy del gusto de ninguna clase de tortura.

—Que les jodan, Luke —sentenció Ben tranquilamente, incorporándose—. Que les jodan pero bien. Mira esas cosas que acabamos de aniquilar. Esas cosas son tuyas.

—Joder, ya lo sé, ¿vale? —se disculpó Luke, sintiéndose repentinamente avergonzado—. ¿Ya está? ¿Eso te llevas? ¿La pistola y un cuchillo?

— ¿Qué más quieres que lleve? —preguntó Ben, ya alejándose hacia la selva, en la dirección que habían tomado Koreander y los suyos, con Sam presa.

— ¿Podrás con ellos? —gritó Luke, mientras le veía hundirse en la tormenta de vegetación.

Pero Ben ya había desaparecido, y apenas se molestó en gruñir una ordinarietà acerca de los ascendientes de Luke cuando empezó a moverse a veloces brincos por entre madera y homogéneo verde.

—Está como una puta cabra —explicó Luke mirando al viejo cazador, que fumaba complacido, mirando cada poco su cigarrillo, bizqueando—. Ya, seguro que a ti te cae bien.

Y se dispuso a interrogar al agente nazi encubierto.

Samantha se veía obligada mantener un alegre y errático trote por Strut, quien no le soltaba aquel brazo que parecía a punto de partirse en dos a la altura del bíceps, donde los gruesos dedos le castigaban carne y hueso en implacable tenaza. Se movían todos tan rápido, a pesar de cargar con aquellas enormes mochilas y maletas, que la jungla parecía alborotarse a su alrededor, y la golpeaban ramas y arbustos con la saña de un interrogatorio de inquisidor. Le dolían los pies. Y los muslos. Aún temblaba por efecto de la subida de adrenalina que le había producido todo el caos vivido en aquel claro, y aunque una incongruente sensación de seguridad se había apoderado de ella, empezaba a pensar en el hecho de que estaba siendo secuestrada por suecos que hablaban alemán, y le entraron nauseas.

Cayó de rodillas sólo para ser arrastrada así sin ningún esfuerzo por el hombre, mientras escupía amarga bilis que le llameaba en oleadas a lo largo de todo el esófago, las rodillas de sus pantalones vaqueros baratos desgarrándose, y tras el tejido, su propia piel abriéndose bajo el efecto de las fuertes rozaduras contra la tierra, las ramitas secas y alguna pequeña piedra.

— ¡Joder! —consiguió gritar, a costa de casi atragantarse con el vómito, zarandeándose violentamente, tirando de su propio brazo desde el hombro, que amenazaba dislocarse con el continuo tirón indiferente de Strut—. ¡Joder, ESPERAD!

Tiró tan fuerte que consiguió soltarse, usando su peso derrumbado como ancla, las cortas uñas de su mano arañando el antebrazo del hombre hasta la muñeca. Él no hizo muestra ninguna de dolor, simplemente se volvió hacia la postrada persona de Sam, retrocediendo con un largo paso.

—Levántese —ordenó en perfecto inglés, echándole la misma mano al hombro y ya tirando de ella.

Sonó un disparo, y Sam vio caer al hombre de espaldas con la frente agujereada al tiempo que se sentía incorporada por su fuerza, que por poco no la hizo trastabillar sobre el cadáver. Koreander se lanzó hacia ella y la apartó contra el tronco de un árbol de un violento manotazo en el pecho, levantando su diestra armada con el pequeño fusil y abriendo fuego hacia la espesura de más atrás, una corta ráfaga. Mikael se le acercó por su costado derecho y señaló hacia ese mismo lado. Koreander afirmó en gesto seco y Mikael avanzó hacia ese lado.

—No se mueva —ordenó muy seco y sombrío Koreander a Samantha, sin mirarla, pero viendo por el rabillo del ojo que se frotaba los senos doloridos, sentada en el suelo con la espalda contra el tronco del árbol.

Acto seguido, Koreander empuñó el arma con ambas manos y giró levemente hacia su derecha, descargando otra ráfaga corta. Samantha seguía la dirección de los disparos, pero no veía nada, sólo la vegetación sacudida por el fuego, sus ojos cerrándose involuntariamente con cada una de las tres nuevas salvas que el hombre hacía, siguiendo el movimiento de algo que parecía imaginario. ¿Y el otro hombre? ¿Dónde estaba el otro sueco?

Mikael avanzaba lo más sigilosamente posible emboscando el objetivo que Koreander estaba dirigiendo hacia él. Podía fiarse de los sentidos de su superior, lo sabía bien, pero más que avanzaba menos claro tenía que allí hubiera algo. Tras los disparos, todo allí era silencio, salvo el muy leve roce de su cuerpo con las plantas que se empeñaban en envolverle como las manos de infinitas amantes ardorosas. Claroscuros formaban los cegadores haces de luz solar que apenas bien sorteaban el techo de copas de la selva, aquí y allá. Seguía sin ver nada, y Koreander ya no disparaba.

Su mente estalló en alarma al sentir el movimiento a su derecha. Se inclinó hacia atrás forzando la espalda y retrocediendo un paso para no caer, esquivando por poco el brillo del metal que intentaba segarle la garganta. Vio el cañón dirigido contra su pecho justo antes de usar el apoyo de la misma pierna con la que había recuperado el equilibrio. Se lanzó contra su oponente con todo su peso desviando la pistola con la parte baja de la empuñadura de su compacto P90. El americano pudo retroceder a un lado y dejarle pasar en su acometida, a costa de perder el arma. Pero le quedaba el cuchillo.

Mikael siguió avanzando en el sentido de su inercia girando media vuelta sobre sí mismo, convencido, acertadamente, de no estar poniendo bastante distancia entre ambos. Consiguió detener la violenta puñalada que le lanzaba aquel brazo delgado pero nervudo, tremendamente tenso, bloqueando el puño con su fusil a modo de escudo, transversalmente. La hoja quedó detenida a escaso centímetro de su pecho. Había subestimado el ímpetu de su pequeño oponente y ni usando ambos brazos en contraataque se sentía superior. Todo esto pasaba muy rápido, apenas le daba tiempo a ver venir sus ataques, y su furia era incompatible con su aspecto. El americano había lanzado su diestra desarmada hacia su hombro con la idea de hacer fuerza para acabar de atravesarle. Mikael respondió al unísono soltándole fuerte patada en la pantorrilla derecha, pero el americano parecía habérselo esperado y la dejó recibir su fuerza como muerta. Mikael no le derrumbó como esperaba, pero había ganado distancia alejándose del cuchillo y ya dirigía su arma hacia él. Para su gran sorpresa, el americano se lanzaba hacia delante siguiendo el impulso de la pierna que había dejado retroceder, dando una voltereta con la que aterrizaba de espaldas en el suelo avanzando hacia él en su retirada, y golpeando el talón de su pie derecho el arma en sus manos con certera potencia, arrebatándosela. Siguió retrocediendo mientras el americano rodaba y se incorporaba en movimiento fluido impulsándose con la pierna izquierda, el cuchillo lanzado en movimiento circular ante él, buscando de nuevo seccionarle la garganta.

Mikael logró inclinar el cuello no muy seguro de haber logrado esquivar el tajo, y se lanzó contra Ben aprovechando que su cuchillo acababa de pasar de uno a otro lado en su entusiasmado ataque. Le asió la muñeca con su propia mano izquierda y le ganó la espalda, pasándole el antebrazo bajo el mentón. ¡Le tenía! Era muy pequeño y flacucho. Lo apretó contra sí, lo alzó estrangulándolo y haciendo palanca con todas sus fuerzas, apoyando el dorso de su mano contra el lado izquierdo de su escuálida mandíbula. Le rompería el cuello.

Dos detonaciones. Mikael sintió calor en el abdomen, en el lado derecho. Al momento se empeñó en seguir luchando, pero de pronto todo en ese lado de su cuerpo parecía desaparecer, de pronto no había nada, su fuerza se desviaba a ese lugar y se disipaba tan rápidamente como se había desvanecido el primer ardor. Lo soltó, soltó al pequeño americano, y se dejó caer de rodillas. Tenía la camiseta gris quemada y empapada.

El americano había recuperado su arma, la había vuelto a empuñar durante su giro sobre el suelo. “Menudo fallo”, pensó Mikael cuando Ben le pateó en un hombro, obligándole a caer de espaldas. Pensó en alertar a Koreander, proferir un buen grito, pero no le quedaba aire. Además, el americano ya se inclinaba sobre él dejando su melena castaña envolver su más angelical rostro de cordialidad sonriente. Mikael sintió un escalofrío.

—Muy buena —le susurró en respiración agitada—. Pero nadie le quita una presa a mi cuchillo.

Y al fin le hundió, como tanto había buscado, la hoja del puñal en la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó Samantha.

No se refería a la impermutabilidad de Koreander, seguida al silencio tras aquellos dos últimos disparos, en realidad preguntaba, sin darse cuenta, por todo. Quizá por nada, quizá ni quería saberlo... Se sentía fuera de lugar, estúpida e impertinente. Koreander no parecía haberla oído. O fingía no hacerlo. Pero ella se calló, con la vergüenza de una niña pequeña que se inmiscuía en asuntos adultos que no entendía.

Koreander contuvo la respiración. Ahora sí que no veía ni oía nada. Sabía que Mikael había caído. Frunció el ceño cuando sintió gotas de sudor frío recorriéndole la barba, gruesas y cosquilleantes. No podía ser tan sigiloso... ¿Habrían muerto los dos?

De pronto se dio cuenta. Se lanzó contra el grueso de matorrales que tenía enfrente en el momento en que Ben salía de detrás de un muy cercano árbol disparando dos veces con su pistola. A la caída rodó lateralmente hasta quedar tumbado bocabajo y soltó una larga ráfaga contra el tronco. Se puso en pie y corrió hacia el parapeto del americano sin dejar de disparar, haciéndole imposible toda huida, como no fuera hacia más allá de donde el árbol le tapaba la vista. Pero Ben no corrió. Sabía que darle la espalda en carrera era suicidio a esa distancia, ni contando con el beneficio de la vegetación restándole visibilidad a Koreander. El ya veterano “nazi-sueco de pega” era mucho más hábil y ágil de lo que su aspecto cascado daba a entender. Y para colmo su fuerza podría equipararse a la del mismísimo Luke. ¿Cómo detener a semejante ejemplar sin matarlo? Aquello se presentaba divertido...

Lo que hizo fue esperarle, ya que eso era lo que sin duda esperaba a su vez Koreander. Sabía que ya sabría que no iba a ponerse a correr, no tras acercarse con tanto éxito. Acababa de gastar otras dos balas sólo intentando que se moviera... ¿pero ahora qué? De repente se daba cuenta de que reducirle no iba a ser cosa fácil. Dispararle no podía. Necesitarían que fuera capaz de caminar. Y alcanzarle en un lugar que no afectara a su paso sólo le cabrearía más. Ese hombre no se rendiría jamás.

“¡En fin!”, concluyó Ben, cansado de repente, mientras la madera del árbol salía despedida por todas partes a su alrededor. “Le mataré y le diré a Luke que fue un accidente, como siempre...”.

Y cuando había decidido que simplemente le descargaría lo que le quedaba en la pistola contra el pecho, Ben sintió alborotarse la maleza ante él. No esperó, levantó su Colt y alcanzó la frente del indígena corrupto que asomaba a paso tranquilo. Koreander, al otro lado del gran árbol tras el que se ocultaba su enemigo, se lanzó contra el tronco, apoyando en ello la espalda, sin entender ese disparo.

Ben, francamente confuso, dirigió su arma hacia la cabeza de otro de esos monstruosos seres que con la misma parsimonia se le acercaba por su lado izquierdo extendiendo una mano y haciendo ademán de dirigirle la palabra, pero lo abatió antes siquiera de comprender que parecía querer hablarle. Y disparó contra otro más, y a punto estaba de gastar su última bala cuando comprendió lo inútil de hacerlo, al verse rodeado por demasiados de esos seres de oscuras e inexpresivas miradas, que se detenían rodeándole, acorralándole contra su querido árbol protector.

De nuevo uno de los seres alzó un brazo, la mano derecha extendida, y gritó una frase en fluido alemán que dejaba arrastrar entre los dientes apretados, grumos de saliva medio seca y amarillenta rebosando de los labios agrietados y grises. Ben no entendió lo que decía, pero Koreander distinguió su nombre, aún a cubierto al otro lado del tronco, y eso atrajo toda su atención.

— ¡No tienes cabida aquí, camarada, ninguno tenéis cabida en esto!

No reconocía esa voz, pero aquella era una advertencia que sólo una persona en aquel lugar estaba en posición de hacerle. Estaba a punto de gritar una respuesta, pero por su derecha, rodeando el árbol, llegaron más sujetos modificados, tan amenazantes como los que ya conocía, pero con un nuevo carácter contenido. Se sobresaltó y les apuntó con su arma. Pero no disparó. Veía reconocimiento en las expresiones de miradas de obsidiana de todos ellos, como si supieran bien quién era él, y a qué venía. No comprendía.

— ¡¿Quién eres?! —gritó por fin en alemán, para llegar a ser escuchado por su interlocutor al otro lado del gran árbol.

— ¡Me llevo a la chica, vosotros morís! —le respondió en la misma lengua una mujer nativa con un pómulo perforado y buena parte del labio superior aplastado.

Y en ese mismo momento se oyó gritar a Samantha de manera algo histérica, lo que fue como el sonido de un degenerado y orgánico cuerno de batalla, pues la comitiva de seres modificados se lanzó al ataque contra Koreander y Ben. Koreander despachó con sus últimas balas a cinco de ellos. Ben usaba su último disparo contra el más cercano de los que le emboscaban, eso mientras rodeaba a la carrera el árbol en busca de lo que le podía quedar ahora mismo en materia de posibles aliados, el jodido impostor alemán al que hacía un minuto tenía pensado matar sin miramientos.

— ¡Vamos, luchemos juntos otra vez! —le gritó Ben para hacerle notar que era él quien se le acercaba por la espalda.

— ¡Sí! —aprobó Koreander, conciso.

Estaba ocupado alejando de su cara los brazos de uno de los seres y agarrándole la cabeza con sus grandes manos para partirle el cuello con enérgico tirón. Ben llegó por su lado a tiempo de abrirles la garganta a dos con rápidos mandobles de su cuchillo, lo cual les dio a ambos algo de cancha. Uno de los seres, con el cuello abierto grotescamente en un borboteo negruzco y maloliente, se le agarró a la pierna agonizante, pero Koreander se lo apartó de una patada.

Ben siguió apuñalando a los seres todo lo rápido y certeramente que podía, a fin de que se desangraran y perdieran fuerza lo más rápido posible. Pero descubrió que por alguna razón, a pesar de su sobrenatural energía, o quizá debida a ella, drenaban la sangre por las heridas abiertas a una velocidad tal que prácticamente morían al instante. Sólo había que herirles una arteria principal.

Por su parte, Koreander luchaba de manera más contundente, apartando con fuertes patadas y sentidos puñetazos a las, en comparación, pequeñas gentes, a quienes, a pesar de su fiereza, manejaba como muñecos antes de retorcerles el pescuezo como a inofensivos pollos.

Samantha ya no gritaba. Samantha sólo veía muy cerca el suelo de la selva pasando ante su mirada, uno de los pequeños indígenas hediondos y escamosos cargando con ella al hombro, agarrándola con un nervudo brazo por la cintura, y sin embargo corriendo y saltando entre los árboles y arbustos con imposible facilidad. La falta de aire por el golpe que se había dado en el estómago al ser cargada le impedía seguir gritando o resistirse. Sólo quería volver a respirar, pero el pánico le estaba atenazando la garganta. Perdió el conocimiento, abrumada por un repentino cansancio al que se abandonó sin posible resistencia. Es más cierto decir que simplemente se durmió, agotada.

Los indígenas alterados restantes amenazaban a Ben y Koreander sin atacarles ya tan impulsivamente, sólo haciendo amagos de saltarles encima, o agitando los brazos como espantajos en absurdos ademanes, mostrándoles los dientes en silenciosos rugidos, las gargantas resacas crujiendo al son de los densos esputos amarillos que salían arrastrados hacia el exterior de sus bocas siguiendo el sentido de sus ansiosas espiraciones.

— ¿Qué coño están haciendo? —preguntó Ben, en mitad de una carcajada psicótica.

—Joder, están haciéndonos perder el tiempo... —le respondió Koreander sin volverse, ambos dándose la espalda, protegiéndose el uno al otro—. ¡Acabemos con ellos!

Koreander se lanzó contra los tres que tenía delante. El que estaba a su derecha reaccionó de la misma forma, yendo a su encuentro, pero se topó a medio camino con el grueso puño del alemán, quien lo había lanzado en amplio movimiento circular por encima de su cabeza, usando la fuerza de la carrera y el giro de todo el cuerpo para alcanzar a la criatura en mitad de la cara. La fuerza descendente del impacto lo tumbó de plano contra el suelo, la parte ósea de su nariz machacada y aplastada, el sonido del puñetazo y el del cuerpo desplomado resultando tan rápidos, fuertes y secos como lo serían el de dos disparos. Otra de las criaturas saltó hacia Koreander tan pronto como éste acababa de aniquilar a la primera, pero se encontró con la enorme garra del hombre atenazándole el cuello en pleno vuelo. Koreander lo zarandeó sin esfuerzo, como un muñequito de trapo descuidado y maloliente, sintiendo el cuello entre sus dedos ceder como una frágil cañita con el peso soportado del

cuerpo en volandas, y lo tiró con todas sus fuerzas sobre el último de sus contrincantes, el cual, por alguna razón, abrió los brazos como si lo que le llegara fuera una vulgar pelota que no le fuera a costar esfuerzo recoger. No fue así, claro. Su congénere se estrelló contra él con ahogado estruendo de músculos retorcidos y algún hueso partido. Tan pronto como cayó, el ser repelente empezó a sacudirse, intentando salir de debajo del peso del cuerpo escamoso e inerte de su igual. Se arrastraba sobre su pecho, manoteando como una asquerosa araña acorralada a la que sólo le quedaran dos de sus patas, y Koreander llegó hasta él, puso el canto exterior de su bota derecha bajo su nuca y pisó, pisó con fuerza en un golpe seco, y las vértebras cedieron en un escueto chasquido.

Ben, al mismo tiempo que sentía cómo su espalda quedaba desahuciada al lanzarse Koreander al ataque, se movió a pasos laterales y tranquilos hacia el más cercano árbol, los cuatro seres que tenía delante moviéndose al unísono manteniendo la misma formación. Desde luego que ya no parecían tan salvajes, a pesar de la ausencia de personalidad en sus miradas.

— ¿No vais a atacar de momento, eh? —les dijo dedicándoles una sincera sonrisa algo torcida, escuchando en mitad del silencio de la selva el furioso combate de Koreander a un lado, y jugueteando con el cuchillo en su diestra, dándole vueltas hábilmente.

Y de pronto, saltando de entre unos arbustos tras las criaturas, llegó una forma oscura, que aterrizó volteando sobre sí una contundente vara que se estrelló contra la cabeza de uno de ellos. Ben pudo ver cómo la cara del ser se truncaba en deformada mueca de triste horror, desencajada la mandíbula por el impacto, antes de derrumbarse hacia delante como inconsciente. Era el pequeño, nervudo y anciano salvaje al que Ben había convidado poco antes a uno de sus cigarrillos, que se movía a velocidad de un torbellino de carne electrificado. Tan pronto como había tocado suelo tras su ataque en salto, volteó su lanza hacia el lado contrario y lanzó una fuerte estocada contra la cara del ser que se había vuelto hacia él rugiendo. Los otros dos reaccionaron a la interrupción, dirigiendo toda su atención hacia el viejo cazador. Uno de ellos corría hacia el anciano, mientras éste luchaba por desencajar la punta de su lanza del cráneo del ser que aún se debatía furioso, alargando los brazos hacia él, arañando la madera que les separaba. Ben lanzó su cuchillo al aire ante sí, acertó a cogerlo de la hoja en pleno giro y lo lanzó hacia la criatura, previendo su dirección. El ser corrió al encuentro de la hoja, que pasó de largo abriéndole de lado a lado la garganta. El monstruo siguió corriendo y se estrelló ya sin fuerzas contra la espalda del viejo cazador, y ambos salieron lanzados hacia delante en cómico estrépito que también arrastró al ser clavado en la lanza, no sin que ésta acabara por pasar de parte a parte todo su cráneo, matándolo definitivamente.

El último de los seres ya se cernía sobre el montoncito de pequeños cuerpos que se debatían locamente unos sobre otros, pero del mismo matorral de densos arbustos surgió Luke con paso torpe y confuso, y justo a tiempo de dirigir el cañón de su escopeta, desde la altura de su cadera, contra la cabeza de la “cosa”. Dejó inacabada su alegre carrera con un único disparo.

— ¡Ey! —hizo Ben a modo de saludo, yendo a reunirse con él.

Pero Luke, muy nervioso, se dirigió al lado en que se retorció el viejo cazador, presto a ayudarlo. Pateó a un lado el cuerpo aún convulsionante de la criatura que supuraba líquido negruzco y maloliente de su cuello abierto, y tendió un brazo al cazador para incorporarlo.

— ¿Qué hacéis aquí? —insistió Ben llamando la atención de ambos.

— ¿Tú qué crees? Oímos disparos y de mutuo acuerdo vinimos a mirar.

— ¿De mutuo acuerdo? ¿Te entiendes con él? —rió Ben, señalando al hombrecillo forzado.

—Más bien salió corriendo hacia aquí al oír los disparos, y yo tras él.

—Ajá... ¿Y el otro tipo “sueco”? —preguntó Ben, haciendo gesto de comillas con una mano.

—Allí tieso quedó... No soltó prenda, el menda...

Luke se volvió de golpe poniéndose la escopeta al hombro, el peso de las bolsas de armas, tanto la propia como la de Ben, colgando de cada hombro, para nada importunando sus movimientos. Koreander, que era quien se acercaba, alzó las manos y detuvo su avance en mitad de un paso.

—Espera, espera Luke, que las cosas se están poniendo jodidas, pero jodidas de raras de cojones, ¿sabes? —le calmó Ben.

—¿Ein? —hizo Luke, bajando el arma.

—Os habéis cargado mi equipo —dijo Koreander—, y él se ha llevado a vuestra científica. Estamos todos bien jodidos.

—¿Él? —corearon Ben y Luke al unísono.

—Escuchad, es evidente que aquí, cada uno de nosotros, tenía una cierta idea de a qué venía —explicó Koreander, poniéndose una mano en el pecho y señalando con la otra a los dos americanos—, pero me temo que está ocurriendo algo que nos va a joder a todos, pero bien.

—Estas putas cosas mutantes son vuestras, ¿verdad, nazi hijo de puta? —rugió Luke, envarado.

—¿Qué os ha pasado? ¿Se os ha ido de las manos? ¿Ya no atienden a lo de “siéntate”? —le apoyó Ben, sonriendo maliciosamente.

—Sois un par de verdaderos gilipollas —les espetó el alemán con desdeñosa familiaridad, ignorando deliberadamente el hecho de que ellos tenían las armas—. Habéis matado a mis hombres, y no sé si los demás seguirán vivos tampoco. Y el que se ha llevado a la científica es ahora poco menos que invencible.

—¿De qué cojones hablas? —le interrumpió Ben, encorvándose aún más de lo que ya acostumbraba a hacerlo.

—Vosotros sois soldados, ¿no? Mejor que os dedicéis a obedecer mis órdenes si queréis recuperar a la científica.

—En las películas suele terminarse con “si queréis salir vivos de esta” —apuntó Luke soltándole un codazo a Ben.

—Creo que eso no entra dentro de sus acojonantes planes, colega —gruñó Ben.

—¡No seáis más imbéciles de lo admisible! —gritó Koreander al fin, desesperado ante tanto despropósito.

—¡Uy, cómo pierde la templanza el sueco, con la fama de fríos que tienen...! —se rió Ben.

—Mirad, haced lo que os salga de los cojones...

Koreander acompañó esto último de una fuerte caída de brazos y echó a andar de nuevo hacia el nordeste.

—¡Eh, colega! ¿Adónde vas? —dijo Ben, algo sorprendido de la poca importancia que les estaba dando de repente. ¿Y si le disparaban por la espalda, qué?

Pero comprobó con un estupor compartido por Luke que el viejo cazador indígena se alejaba en alegres zancadas hasta alcanzarle y seguirle al mismo paso.

—¿Y ese a qué juega? —se oyó decir en voz alta.

—Anda, vamos, tío —le animó Luke, alcanzándole a Ben su bolsa y empujándole con la escopeta.

—¡Hijos de puta! —gritó Krunguermendfern levantándose de súbito del incómodo camastro de aluminio, arrancando de cuajo la mitad de las agujas retráctiles que la máquina no había tenido tiempo de retirar aún tras su reposo.

Las espinas rotas soltaron por un momento un jugo negro a presión desde el interior del torso de Krunguermendfern, antes de que él se las sacudiera de un fuerte manotazo. El filo quebrado de alguna

le rasgó la palma, y se la miró. Vio su sangre roja derramándose de la herida. La oía, escuchaba su fluir gelatinoso. Tensó los dedos, y luego se le cerraron con fuerza mecánica, hundiendo las uñas descuidadas y sucias en la herida y presionando con fuerza. Dolía. Así quería hacer, hundir sus garras en las entrañas de sus enemigos.

— ¡¿Cómo se atreven?! ¡¿Mandan a un amigo a matarme?! ¡¡¿CÓMO SE ATREVEN?!!! ¡¡LOS MATARÉ A TODOS, A TODOS!!!

Krunguermendfern, histérico, se giró hacia la máquina. Aún sentía el belicismo furioso de los indígenas infectados atronando alrededor de su psique; aunque ya no dormía, aún los controlaba y sus sentidos le arrojaban por un segundo para luego tirar de él salvajemente. Era muy diferente de cuando descansaba, pero seguían siendo suyos, pero también él era de ellos, y tan pronto notaba el embriagador control como que deseaba arrancarse sus propios dedos a mordiscos.

El comandante alemán. Ése era su amigo, su amigo que ya debía estar muerto, apaleado o mordisqueado hasta morir por sus criaturas. ¿Pretendían volverle loco? ¿O quizá lo estaba ya? ¿Veía de verdad lo que veía a través de los ojos de las criaturas? ¿Había visto realmente a aquel viejo amigo luchando contra sus marionetas? Perder el contacto con ellas sólo significaba que quedarían abandonadas a su habitual furia irracional. Bueno. Si realmente estaba ese hombre allí, no era para bien, y si ahora estaba muerto, mejor que mejor. Los nazis ya sabrían que algo andaba mal y enviarle ese antiguo camarada era sin duda lo primero que se les había ocurrido, alguien que pudiera darle una buena puñalada por la espalda. Sólo que no sabían qué estaba pasando en ese lugar. No sabían que en el mundo de Krunguermendfern no había sitio ya para antiguas amistades.

Y sin embargo, tan separado que se sentía de su pasado, pensar en aquel colega llegando solícito a acabar con él por orden del Nuevo Reich no hacía más que colmarle de renovado odio y tremenda decepción. Con la vista clavada en su máquina, donde los brazos de agujas intentaban automáticamente volver a su lugar funcionando erráticamente, con las articulaciones descolocadas por el impetuoso incorporar de su dueño, Krunguermendfern soltó un espantoso alarido sin aire; los puños apretados, los brazos tensos con los codos clavados bajo las costillas, la espalda encorvada exageradamente y el cuello estirado hacia delante, como una tortuga apareándose. Los dientes apretados y la lengua aleteando oculta contra las encías inferiores, a las que arrancaba un regusto metálico que le saciaba al tiempo que hacía mayor su hambre de venganza.

Estiró de pronto el brazo derecho ante sí, llamando a una de las masas de músculo y escama. Toda la penumbra a su alrededor desapareció aireada por el aliento húmedo de la selva cuando el manotazo ascendente del ser izó la lona arrancando los anclajes del suelo de tierra apisonada, revoloteando la tienda entera contra los troncos de los árboles colindantes como una raya de mar amorfa.

El ex-general nazi (así se sentía, al menos, ya nada le ligaba a la causa del Nuevo Reich) se sintió reforzado por el tornado de invisible aire libre que le refrescó la espalda y el torso desnudos. De inmediato alzó su brazo izquierdo y lo hizo descender violentamente, el puño pálido de tensión. Armlek, su querida y monstruosa mitad, aterrizó lanzada desde la profundidad de la selva e imitó el gesto del cada vez menos hombre, aplastando con su antebrazo pétreo la máquina de agujas retráctiles.

Armlek desvió su mirada oscura hacia su amo. Y él le devolvió la mirada. Sintió el tremendo dolor de su amada, la maquinaria en lo alto de su encorvada espalda, anclada entre la masa de escamas, bombeando con largos y pausados latidos que sólo él podía oír. La máquina que él mismo había hecho instalar para aumentar y armonizar sus ondas cerebrales con las de su propio implante gemelo. Krunguermendfern se llevó unos dedos temblorosos a la cicatriz de su nuca. Así se había aferrado esos años desde 1997 al alma de su amada, mediante esa conexión telepática de su invención. Para los científicos nazis sólo era otra bestia modificada, pero Krunguermendfern casi sentía, arañando bajo la marea furiosa de rabia apenas contenida, a su amor llamándole.

“No te preocupes”, la calmó con la mente, “pronto mi poder será tal que nuestros enemigos no podrán hacer más que acurrucarse en los oscuros rincones de los que nunca debieron atreverse a salir. Y allí tú yo los aplastaremos como los repugnantes insectos apelotonados que en realidad son...”



Kranguermendfern alzó ambos brazos, liberado y triunfante, y Armlek y la otra criatura pseudo-primate le imitaron y rugieron, y las cinco restantes respondieron, desperdigadas por la selva.

— ¡Vosotros! —gritó dándose media vuelta, estirando su ser hacia el grupo de indígenas alterados que volvía hacia él— ¡Daos prisa en traer a la mujer!

De pronto se dio cuenta, casi tartamudeando al dar esa inútil orden. Acababa de destrozar la máquina con que dar utilidad a los conocimientos de la científica americana. No importaba. Tenía otra manera de conseguir sus propósitos. Sí, la tenía, la tenía, eso empezó a repetirse su mente, dispersa e inconscientemente resquebrajada, mientras un hilo de saliva viscosa se deslizaba desde su torcido labio inferior...

## CONVERGENCIA

—Oye, ¡oye! —gritó Luke, adelantándose un poco a Ben, intentando no perder de vista a Koreander y al viejo cazador, ambos avanzando sin esfuerzo entre los matorros salvajes— ¡Se supone que eres nuestro prisionero, ¿sabes?!

— ¡Ahora mismo todos somos prisioneros, señor Seward, o como se llame en realidad! —le gritó Koreander por encima de su hombro— Es más... ¡todos estamos prácticamente muertos!

— ¡Déjate de jugar al hombre misterioso y sabio! ¡¿A dónde coño vas y para qué?!

—No voy, vamos los cuatro, ¿no? A lo que vamos es a reunirnos con el resto de mis hombres en el poblado de nativos de más adelante, como al principio...

—Ah, ¿sí? —Luke acabó alcanzando a Koreander y le hizo detenerse poniéndole el extremo del cañón de su SPAS12 bajo la barbilla— ¿Para que luego acaben con nosotros? Pero, ¿estás bien de la cabeza? Deberíamos matarte ahora mismo...

Luke hincó el arma en el mentón de Koreander obligándole a levantar la cabeza.

— ¡No! ¡Luke, espera! —le llamó Ben, corriendo hasta ellos— No se perdería nada, es verdad, pero he visto algo raro que el señor Koreander nos podría explicar, ¿a que sí?

Koreander movió sus azules ojos muy abiertos del severo semblante de Luke a la sonriente faz de Ben, y viceversa, varias veces. El anciano cazador, cansado y paciente, se apoyaba en su lanza mientras los extraños volvían a resolver sus diferencias. Muy curiosos esos hombres... Bueno, le daba igual. Él había vuelto a limpiar su selva de los demonios que se habían apoderado de la gente; cuántos o quiénes de los extraños quedaran para acompañarle le era indiferente. Además, verles en tan cómicas discusiones, balbuceando en sus malsonantes idiomas, era algo que le hacía olvidarse un poco del miedo a la muerte y la aberración que moraba en los bosques...

—Sin duda tu pequeño amigo se refiere a los indígenas monstruosos que nos hablaban en alemán... —empezó Koreander.

Luke miró de soslayo a Ben.

—Dijo uno a gritos que aquí no pintábamos nada ninguno, y parecía dirigirse especialmente a ti, ¿no? ¿Es que tan amigos os hacíais de los indígenas, que hasta les enseñasteis el idioma?

—No, ignorantes, no es así, eso. No oíste luego a una mujer hablarme con la misma cadencia y furia... Sé quién habla así, y así es como sé lo jodida que está la cosa, ¡cojones!

— ¡Oye, cuéntanos de qué hablas o se acabó, ¿sabes?! ¡Se acabó, te dejaremos aquí agonizando, sudando sangre como un cerdo, como tu camarada en vuestro campamento...!

Luke notó al decir esto cómo el impostor nazi se sacudía en imperceptible ictus de indignación al pensar en Karl, o como quiera que se llamara en realidad. Aquellos tipos pretendían izarse sobre el resto de la raza humana esclavizada y todavía se permitían el lujo de la noble camaradería entre ellos... ¡Jodidos enfermos!

—Está bien —cedió Koreander, repentinamente cansado. De golpe, todo el peso de los años que realmente debía tener se le echó encima en una expresión de resignada tristeza—, pero sigamos andando, no hay tiempo que perder...

—Por supuesto, guíenos —le invitó Ben, apartando de un manotazo el arma de Luke.

—Ya deduzco que vuestro servicio de contraespionaje es lo bastante competente para tener claro que nos ibais a encontrar a nosotros aquí... Si no, ¿de qué lo de las armas y resto de parafernalia...?

—Bueno, sabíamos que sabían los vuestros que nuestra científica ha tratado con uno de vuestros queridos diarios de experimentos, y que ponerla a vuestro alcance era buena manera de hacerlos salir a la luz... —explicó Ben con una singular camaradería que espantaba a Luke, quien creía ver que de repente su amigo colaboraba con el enemigo.

De pronto reparó en que no le estaba contando nada que seguramente no supiera ya, o se pudiera deducir, en todo caso. Bah, a esas alturas ya le daba igual, sólo quería saber dónde estaba Samantha y acribillar nazis...

—Lo que pasa aquí es que no sabemos lo que pasa... —dijo muy alicaído Koreander, apartando y esquivando distraídamente la maleza—. Nosotros llegamos para hacer un control de las repercusiones que pudieran tener las pruebas con indígenas... Que nadie de fuera pasara de cierta línea, y tampoco que nada saliera, claro...

—Ya, pero no sabíais de qué iba el tema, por lo visto... —le animó Ben.

—Sí que sabíamos, aunque no teníamos ni debíamos tener contacto con los tres equipos encargados de los experimentos... Y hacía cinco días que nuestros mandos nos habían hecho saber que no se sabía nada de ninguno de ellos. Eso coincidía con la puesta en marcha de lo que era esta misión vuestra, con el envío de vuestra científica, quien sabíamos que ya había accedido a las fórmulas que se necesitaban para ultimar los detalles del siguiente paso del proyecto...

—Ya, y de repente nos hemos visto obligados a descubrirnos unos ante otros por culpa de vuestra mierda de bichos raros —recriminó Ben, usando la misma familiaridad de colegas de profesión.

—No, eso es lo de menos. Lo que es preocupante es que he oído hablar a través de esas criaturas al que tiene que ser el jefe del proyecto... —sentenció Koreander muy rápido y como si no fuera nada extraordinario, esperando así no parecer demasiado loco, quizá...

—¿Qué?! ¿Y eso cómo se hace? —preguntó Ben ampliando su eterna media sonrisa.

—No lo sé, ¡no sé qué coño estaban haciendo por aquí! —exclamó Koreander, agobiado de pronto—, pero ya habéis visto el cambio de actitud de las criaturas... y además, reconozco a la persona que hablaba a través de ellas...

—Joder, esto parece un rollo de peli “gore” de los ochenta... —dijo despectivamente Luke, a sus espaldas, el anciano cazador caminando junto a él.

—Reconoces a la persona... —repitió Ben—. ¿No estarás equivocado? Eso que dices que pasa es un poco así como imposible, ¿no?

—Creedme, reconozco bien esa forma de hablar...

Y Koreander, el único nombre por el que le conocerían sus improvisados compañeros, dio un rápido repaso al pasado, estudiando y analizando cada rasgo de la personalidad de Krunguermendfern durante la búsqueda de aquella mujer palestina en la que le inmiscuyó de tan repentina manera. No eran el tipo de amigos que se van juntos de copas, pero se había formado una relación basada en el máximo respeto y en la necesidad de complicidad entre ellos. Hacía más de quince años que no sabía de él, desde que consiguió con su ayuda esquivar los obstáculos administrativos dentro del Nuevo Reich y llegar a ser nombrado jefe del proyecto Amanecer, en la misma Alemania. ¿Cómo había acabado en el Amazonas de Perú? ¿Y cómo podía meterse en la mente de los monstruos? Koreander estaba asustado de verdad por primera vez en su vida, y ya nada le importaba: ni el secreto, ni la presencia de agentes americanos, ni el éxito de vaya uno a saber qué clase de operación que se hubiera estado llevando a cabo en el corazón de la selva. Sólo le preocupaba salir con vida de allí, llevándose a la mujer americana, a poder ser. Eso supondría un logro de gran importancia, dada la incapacidad del Nuevo Reich de recuperar físicamente aquel volumen único de los antiguos diarios nazis. Si, como parecía, tenía aquel documento algún interés para alguien con los supuestos poderes de Krunguermendfern, no cabía duda alguna de su importancia para la causa...

Thor Schokendorff era ahora quien ayudaba a caminar a Henrich Alamsterd. Llevaban cuatro días vagabundeando por la selva, alejándose cuanto podían de las zonas de sus campamentos, infestadas de sujetos de pruebas enloquecidos. Henrich había regresado hacía cinco días con sus prometidos antibióticos para el brazo herido, además de buena cantidad de la tan necesaria agua y alimentos, así

como con dos ametralladoras MP-40 modificadas, otro símbolo más de la locura arcaica fascista que obnubilaba a sus anónimos líderes. Había cargado con todo aquello a pesar de tener rotas tres costillas del lado izquierdo. Schokendorff le había ayudado a vendarse el torso a fin de que las fracturas se mantuvieran inmóviles durante lo que habían decidido que sería su huida lo más lejos posible de las zonas de pruebas. Henrich tenía problemas para respirar por la presión y el dolor, pero al menos no corría el riesgo de perforarse un pulmón o verse los huesos fuera por un tropezón.

Pero mientras Thor había ido recuperando las fuerzas, Henrich estaba cada vez peor. Schokendorff había empezado a pensar que su compañero quizá tuviera alguna pequeña hemorragia interna, pero no dejaba de moverse y pelear en las contadas ocasiones en que les fue necesario hacerlo. Aún no se creía que hubiera sido capaz de sobrevivir a un encuentro con una de las ocho criaturas híbridas, y menos que la hubiera liquidado. Y todo por salvarle la vida... De modo que no le importaba lo más mínimo haber tenido que cargar con Henrich desde la mañana del día anterior, cuando el mero hecho de dar pasos le baldaba de un dolor que paralizaba sus piernas y le vaciaba los pulmones en incontenibles contracciones. Thor cargaba ahora con la bolsa de los suministros, incluso había intentado que le pasara su ametralladora, pero Henrich se empeñaba en no separarse de su arma.

Habían sido unos días largos e intensos. Caminaban apenas sin descanso a la luz del día, y se turnaban para hacer guardia en las noches. Habían tenido quizá bastante suerte y se habían encontrado sólo en tres ocasiones con infectados que correteaban por la selva como buscando algo, quizá persiguiéndoles a ellos dos... Pero no era probable. No parecían seguir rastro alguno, y la dirección en que se movía cada grupo no tenía nada que ver con la de los otros. Pero corrían como apremiados por la presencia de algo cercano que matar. Realmente estaban fuera de sí como nunca antes, quién sabía por qué...

Con no poco cuidado, salieron de la espesura vegetal descubriendo otro perdido poblado más de nativos; perdido tanto en el probable sentido de seguir oculto para la civilización como en el de que obviamente ya nadie vivía allí. No quedaban más que los restos ya malolientes de sus habitantes, desmenuzados y despanzurrados como sólo las máquinas orgánicas nazis sabían hacer.

—Quizá haríamos mejor rodeándolo —comentó Henrich con voz ahogada, su brazo derecho pasado sobre los hombros de Thor.

—No —repuso Thor—, recuerda lo que pasó la última vez... Yo prefiero poder verlos venir, si andan por los alrededores, a luchar contra ellos entre árboles. ¡Vamos, hombre!

Y tiró de su compañero derregado. Henrich, con gran dolor de su hombro y costado izquierdos, empuñó su ametralladora, listo para un nuevo enfrentamiento.

El espectáculo que se esparcía a sus pies no difería demasiado de lo mismo que habían atisbado en otras aldeas indígenas, siempre desde la seguridad de la selva, siempre a la sombra de las plantas que les abrazaban cariñosas, haciendo perfecto el sigilo en el que tanto esfuerzo invertían. A veces habían encontrado a algún sujeto experimental o dos paseándose entre los muertos o aporreando furioso un cuerpo reventado, pero ni rastro de un ser humano normal. De no haber sido por el hecho de guiarse mediante brújula, bien podrían haber pensado que no hacían más que caminar en círculos. Avanzaban y avanzaban y parecía que los dominios de los seres experimentales ya se habían extendido hasta allí días antes. Y aquel nuevo lugar seguía dando esa impresión, la de que se había producido el Rapto de los Justos y se habían abandonado al sol los restos impíos de todos los demás...

Se movían con lentitud, intentando pasar inadvertidos para lo que pudiera estar oculto en las rudimentarias cabañas, vigilando cada oscura entrada. Reinaba un silencio tumulario, y eso era bueno. Los seres experimentales no jugaban al escondite, nada hacían por hacer silenciosa su presencia, así que ambos, sin darse cuenta, se veían a cada segundo más embargados por una sensación de absurda seguridad.

—Oye, ¿quieres que descansemos del calor dentro de una de estas, un rato? Estaremos escondidos, y si algo entra lo abatiremos fácil en la entrada —explicó Schokendorff, esperando que su compañero aceptara.

—Sí, y si hace falta huir no será difícil atravesar a golpes los muros de juncos secos... —admitió Henrich sonriendo con cansancio.

—Bien...

Empezaron a dirigirse hacia la cabaña que menos cadáveres reventados tenía alrededor, hasta que Henrich, ya caminando por cuenta propia mientras Thor se adelantaba a inspeccionar las tinieblas interiores, reparó en que los cuerpos de un lado no tenían nada que ver con la carne predominantemente desnuda y morena de los indígenas propios del lugar.

—¿Esos qué? ¿Eran turistas? —dijo señalando con el cañón de su MP40 a los cadáveres mutilados a infinitos golpes.

Thor frunció su sudoroso ceño al echar la vista sobre los cuerpos vestidos con iguales camisetas grises y pantalones cortos azules.

Ambos avanzaron hacia el muy curioso grupo de cuerpos muy juntos unos de otros. Entre los miembros arrancados y los charcos de sangre seca y maloliente no les costó distinguir armas automáticas.

—De turistas nada, ¿eh? —dijo Thor pateando una pierna pálida.

Y de pronto Henrich sintió movimiento a un extremo, algo que salía desde detrás del contorno de una de esas viviendas artesanales, con paso tranquilo, pero que se detuvo y trastabilló al retroceder de inmediato.

—¡Allí! —dijo en seco susurro para Schokendorff.

Ambos alzaron sus armas.

—¡Ahí va! —dijo Ben, retrocediendo torpemente y empujando al viejo indígena hacia atrás.

Se miró la mano, impregnada de esa sustancia negruzca que les servía de sangre a los seres malformados y de la que tenía embadurnado aún el pecho el viejo cazador. Olía fatal, y como para estar seguro se acercó la palma a las narices. Sí, eso era lo que olía tan mal.

—¿Qué pasa? —quiso saber Luke, asomando la cabeza por detrás del hombro de Koreander.

—Hay peña ahí —anunció Ben, arrugando toda la cara con asco mientras frotaba la palma de su mano contra el muro de la cabaña.

El grupo pudo oír cómo una autoritaria voz les arengaba en alemán, antes de interrumpirse a mitad de frase y repetirse en inglés, como dando por sentado que sin duda era un idioma más internacional para quien quiera que se escondiera...

—¿¿Quién anda ahí?! ¡¡Salgan con las manos en alto!! —les ordenaba con gran seguridad pero con cansancio, y una perfecta pronunciación, sin acento, todo hay que decirlo.

—¿Amigo suyo? —preguntó Ben mirando a Koreander, y con cara de histriónico orgullo paternal, añadió: — Se les dan muy bien los idiomas, a ustedes, ¿eh?

—No se deja de gilipolleces, éste su camarada... —gruñó Koreander para Luke sin volverse, mirando muy fijamente a Ben con su sonrisa.

—Él es así... —suspiró Luke, muy de acuerdo pero resignado.

De pronto estalló el sonido metálico y muy mecánico del arma en las manos del que les instaba a mostrarse. El suelo muy cerca salió espolvoreado hacia la cabeza de Ben.

—¡Joder! ¡Sí, como que saldremos con esas, capullos! —gritó Ben.

Koreander gritó al mismo tiempo rápidas órdenes en alemán, con toda la furia de un alto mando contrariado. Bueno, realmente eso era.

— ¡Identifíquese! —ordenó Thor en alemán tras intercambiar una mirada de estupefacción con la nuca de Henrich, algo adelantado y que no dejaba de vigilar el lado de la cabaña.

— ¡Soy el general Traumnest, de la Sección de Control! ¡¡No disparen, soldados!!

La voz grave e irritada amedrentó en un primer momento a los dos cansados soldados. Henrich, que había estado mucho tiempo trabajando en el contraespionaje dentro y fuera del Nuevo Reich tembló de cansancio e inquietud. La Sección de Control bien podía considerarse la nueva Gestapo. Y más que a nada se dedicaban a vigilar y controlar a las propias unidades nazis. Eran los de Asuntos Internos del Nuevo Reich, entre otras muchas cosas.

Un hombre ataviado exactamente igual que los cadáveres reventados a sus espaldas salió con paso decidido de detrás de la choza. Estaba desarmado.

—Informen, camaradas.

Fue su petición mientras se les acercaba, ignorando completamente los cañones de las armas dirigidos hacia él.

Thor estaba perdido, no sabía de qué informar. Llevaban casi una semana de intensa huida del lugar que tenían asignado... Sólo quería abandonar la selva y ahora (a buenas horas) les llegaba un alto mando a ver qué tal les iba. No sabía por dónde empezar, fastidiado e inquieto como estaba por la aparición inoportuna del tal general Traumnest.

Henrich se cuadró de manera un tanto informal, bajando no demasiado el cañón de su ametralladora.

—Las armas biológicas han escapado de algún modo a nuestro control —empezó a informar Henrich sin titubeos—. Atacaron a mi equipo durante una rutinaria recogida de muestras. Intentamos regresar, pero todos los grupos de control, asumo, se afanaron en atacar nuestros campamentos. No hemos encontrado supervivientes en dos de ellos. Al sitio del general Krunguermendfern nos ha sido imposible llegar, llevamos cinco días intentando...

—Comprendo —le atajó Traumnest.

Koreander estudió a los soldados nazis. El que le había informado vestía la anacrónica casaca gris del Tercer Reich, abierta, sin embargo, la camiseta caqui de tirantes sucia de sudor de días y también reciente en el pecho. Se le notaba aquejado de una intensa molestia a lo largo del costado izquierdo de su pecho, apretándose de una manera ya casi inconsciente el codo bajo las costillas todo el tiempo. El otro, con un brazo vendado e igual de sudoroso que su compañero, gozaba de un estado mucho mejor, conservando del absurdo uniforme nazi tan sólo los pantalones grises y las negras botas de cuero. Parecía no sólo igual de cansado y bastante más nervioso, sino incluso malhumorado. Le dirigía a él, su superior, una mirada tan desconfiada como contrariada, lo cual, en verdad, sorprendía bastante a Koreander.

Henrich volvió a alzar su arma hacia más allá de Koreander, cuando Ben asomó su sonriente testa desde el lado de la cabaña, intrigado por los murmullos en alemán.

—Son parte de su equipo, supongo —señaló, sin dejar de apuntar al grupo que ya se asomaba al completo. Aunque al ver al viejo indígena salpicado de sangre de mutantes ya comprendió que algo raro pasaba.

—Lo que suponía que quedaba de mis hombres creo que se está pudriendo en ese montón del suelo... —dijo Koreander contemplando los restos, algunos en trozos que hacían difícil decir a quién pertenecía qué partes del cuerpo. Continuó, casi susurrando las palabras hacia sus dos compatriotas—. Son americanos, enemigos directos de nuestra causa, pero ahora nos necesitamos unos a otros, olvidadlo por ahora.

“¿Olvidadlo? Los cojones. Porque el general Traumnest viene desarmado y esos dos traen sus armas en ristre. Joder, el grandullón hasta parece buscar sobre qué descargar cuanto antes su escopeta,

como si la puta munición tuviera fecha de caducidad. Ambos nos vigilan. Y el indígena apestoso no se me antoja más apacible, a pesar de su aire distraído...”, pensaba Schokendorff.

—Está oscureciendo rápido y diría que se pondrá a llover. Sugiero que nos quedemos aquí, bajo techo, esta noche, y mañana continuemos la persecución... —alzó la voz Koreander, en inglés, para que Ben y Luke le oyeran mientras se aproximaban cautelosos, muy conscientes de la hostilidad hastiada de aquellos hombres tan ridículamente uniformados.

—Disculpe, general —se metió Henrich de inmediato, toda la extraña situación haciéndole olvidar completamente su dolor sordo a lo largo del pecho—, ¿qué persecución?

—La de vuestro superior, el general Anton Krunguermendfern. Se ha apropiado de manera totalmente unilateral de un importante objetivo, una mujer. Debemos encontrarle rápido, porque no sabemos ahora qué uso pretende darle a los conocimientos que...

—¿Pero el general Krunguermendfern sigue vivo? —exclamó Thor, realmente sorprendido—. ¡¡Si las criaturas experimentales han diezmado nuestros campamentos, ni siquiera podíamos acercarnos, todo era ya territorio suyo, las bases asaltadas con premeditación y auténtica saña...!!

—Krunguermendfern es el responsable de todo esto, estoy seguro.

Koreander y sus arcaicos soldados nazis intercambiaron aquellas palabras en su alemán nativo, ignorando completamente que Ben entendía todo cuánto decían. Luke miraba a uno y otro de los interlocutores con la misma confusión que Ben afectaba, pero la suya era totalmente genuina, claro...

Samantha se despertó en mitad de una pesadilla de asfixia. No recordaba qué había estado soñando, pero la sensación de ahogo continuaba. Regurgitó agua con sabor a tierra que de inmediato volvió a tragar al intentar llenarse los pulmones con aire. Movi6 los brazos hasta la altura de sus hombros y apoyó las manos en el fondo blando bajo su pecho para incorporarse. Descubrió que había tenido la cara hundida en una delgada película de agua, un simple charco. El agua le arrollaba por toda la cara inundándole la boca y las fosas nasales, burlona, cuando volvía a intentar respirar, tosiendo y tragando todo a la vez. Y más agua caía, encima de ella, por todas partes. El estruendo de gruesas gotas frías estrelladas contra las hojas de los árboles y el suelo a su alrededor. Parpadeó y se enjugó los ojos con los puños húmedos, consiguiendo que se le metiera más barro. Asustada y malhumorada, se estiró la parte baja de su camiseta hacia la cara para limpiarse. Aun así no veía nada. Todo era oscuridad en mitad del bosque. Su boca hizo un sonido interrogatorio que no era ni una palabra, y por respuesta recibió el suspiro unísono de varias gargantas gastadas por largas jornadas de jadeos furiosos. Las criaturas, esos indígenas corruptos, esos monstruos, la rodeaban por todas partes. Parecía que habían llegado a algún sitio y ahí la habían arrojado al suelo. La tormenta arreció al momento mismo de ese descubrimiento, sonando la lluvia como el aplauso de millares de espectadores sedientos de su sangre.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¡¡¡Luke, Ben!!!

—No sé quiénes son esos, pero ya estarán muertos, mujer yanqui.

La voz, que susurraba con un crujido que ridiculizaba el rumor del bosque azotado por las precipitaciones, la hizo darse media vuelta, pero seguía sin ver nada. Todo era oscuridad. Absoluta.

—¿Quién...? —tuvo que parar para escupir barro pegado en las encías—. ¿Quién anda ahí?  
¡¡Ben!!!

—¡¡Que no hay Ben que valga, estúpida humana!!

El grito histérico de la voz, dotada de una gravedad antinatural, la hizo estremecerse dentro de su ropa húmeda. “Si yo soy una estúpida humana... ¿qué es lo que me habla?”, le dijo en un alarido la parte que aún se molestaba en pensar de su mente.

Algo se puso en su hombro izquierdo, una mano, parecía, y antes de poder agitarse de horror sintió un certero golpe tras la rodilla derecha, que la obligó a arrodillarse sobre otro charco. Ni siquiera

gimió de dolor, aunque la cara entera se le truncó en mueca con los calambres que le subían por los muslos y hasta las caderas, arrancándole toda fuerza.

—Así mejor —dijo esa voz recuperando su sosegado crujido susurrante pero potente, mucho más cerca de ella, ahí delante, en las tinieblas informes—. Eres la primera de tu especie que se inclina ante mí, ¡¡todo un honor!! ¿Verdad que sí?

Justo en ese momento un largo estampido de luz disipó la oscuridad. El largo filo de un rayo surcó el espacio entre cielo y tierra en algún lugar fuera del campo de visión de Samantha, pero su luz le brindó a ella el más absurdo de los festines visuales con los que podría haberse nunca deleitado. Vio en aquel fragmento de segundo a las criaturas pequeñas, sucias y escamosas a su alrededor, meciéndose distraídamente con nerviosos movimientos, mientras que enfrente se erguía un alto y enjuto hombre de piel extremadamente pálida, con su torso desnudo y herido con simétricas llagas que parecían disparos, la calva cabeza inclinada hacia ella, mirándola fijamente ya desde la completa oscuridad, inquebrantable para los ojos humanos, con aquellos suyos que no eran otra cosa que iguales bolas frías de oscuridad atrapada en las profundas cuencas sin cejas. El agua goteaba en filo hilo continuo desde su afilada nariz por delante de una larga sonrisa de perfectos dientes.

Y detrás, a ambos lados a sus espaldas, como estatuas primigenias de un culto perdido, se alzaban dos masas de brillante roca oscura y húmeda que sin embargo respiraban. Sí, el momento de ver fue breve, pero respiraban, estaban vivas, estaba segura, aquellas caricaturas de gorilas, que a pesar de ser tales eran muchísimo más grandes e infinitamente dignas, una cualidad que les profería su semblante de impropia inteligencia en aquella postura simplemente animal, de puños apoyados en el suelo frente a sus patas, los pequeños ojos muertos de sus caras radiando en el reflejo del relámpago.

Samantha no soportó el terror de aquella irracional visión. Soltó un fuerte grito desesperado en mitad del recién devuelto desierto de la oscuridad.

Krunguermendfern se rió sonoramente. Realmente aquél acababa de parecer uno de esos dramáticos momentos de las películas americanas, en que los malos se les revelaban a los protagonistas justo antes de la gran batalla final en que todo se solucionaba satisfactoriamente. Sólo que ya no había buenos que le detuvieran a él. Y qué coño: él no era el malo. Era el bueno, en todo caso, el hombre que había ido planeando y esperando el momento de su justa venganza. Sin embargo, durante la escasa hora y media en que habían tardado en traerle sus seres a la preciada científica, él había tenido tiempo de pensar. Quizá algo iba mal, pero no se daba cuenta de qué era, sólo estaba seguro de que no había estado muy bien antes. Se sentía cercano a los seres experimentales, incluidos los pseudo-primates, los más poderosos híbridos ideados por el Nuevo Reich, y que él había llevado a un plano mayor aún de magnificencia.

Eran suyos, y él era uno más, en cierto modo. Uno de ellos llevaba la mitad de su alma... No, ERA la mitad de su alma, y más que nada se debía a ella.

Armlek, su diosa pagana.

La tormenta había roto su extenso ritmo de tamborileo sobre los bosques para sacudirlo todo con potentes truenos ocasionales. Las vibraciones parecían capaces de ir a echar abajo la choza indígena en que los seis hombres se refugiaban, pero seguía manteniéndose, flexible como era, bajo el embate de algunas rachas de viento y completamente seca por dentro.

Koreander, presentado ante los nazis anacrónicos como general Traumnest, había recuperado algunos útiles de su equipo muerto, entre ellos una sencilla y muy útil lámpara de fluorescente, en torno a la que se habían acomodado él y sus dos hombres. Ben les había ofrecido a los recién encontrados enemigos unas raciones propias de su bolsa que les ayudaría a recuperar las energías, aunque ya tenían sus propios alimentos, además de los que Koreander había rapiñado de sus hombres asesinados. Lo cierto es que los habían aceptado con nada de suspicacia. Se palpaba en el ambiente que se necesitaban unos a otros, y no sólo por lo incierto de su situación. Aquel pequeño poblado,



antes morada de hombres en mitad del bosque, estaba ahora impregnado de un aura extraña, al igual que toda la selva. Nadie se sentía en el mismo planeta que conocían.

Ben pensó un rato en esa sensación y en los seres contra los que habían luchado. Se preguntaba en qué estado estarían las mentes de aquellos dos soldados, que decían haber estado huyendo por la selva durante días enteros. Comiendo, durmiendo, viviendo en ella, realmente...

Luke y Ben se habían apartado casi al fondo de la cabaña a intercambiar susurros iguales a los que se dedicaban los nazis. Mientras, el viejo cazador permanecía sentado en el suelo, frente a la entrada, escuchando llover.

—Por lo que sabemos, éstos tenían espías en Black Monkeys, como ya suponíamos —decía Ben, con aire misterioso y dramático, de cuentacuentos ancestral.

—Ya... —asentía Luke, con la cara de expectación que pondría un niño ante el desenlace de un emocionante relato.

—Parece que hay lío... Los nazis necesitan un diario sobre el que ha estado Samantha trabajando, un diario secuestrado a los nazis durante la guerra fría, vaya uno a saber de qué maneras. Tenían a Samantha trabajando en ello a sabiendas de que estos tipos se enterarían de ello, y esta misión nuestra, como ya sabes, es en realidad un plan para coger al puto científico que estaba metido en todo este rollo de los experimentos con los putos gorilas...

—Sí, vale, ¿y qué pasa? Que está muerto, ya, ¿no? Que hemos venido para nada, sus propias criaturas le habrán matado, enloquecidas, y... —se disparó Luke, haciendo gestos que imitaban las bestiales maneras de los monstruos asesinando.

—No, tío, atiende... —le interrumpió Ben, haciendo una pausa dramática durante la que esbozó una sonrisa torcida—. El puto científico era el líder, el general de estos pavos, y ése es el que dice “el sueco” que ahora controla a los monstruos, ¿lo pillas?

— ¡¡¡No me jodas...!!! —Luke parecía asombrado, pero no le duró, enseguida parecía molesto, pero no demasiado; sólo como si le hubieran chafado las vacaciones—. O sea, ¿que en vez de infiltrarnos en mitad de la movida para secuestrar al tipo, ahora tenemos que meternos a saco a través de la movida para llevarnos al tipo? ¿Tenemos que luchar contra los monstruos por cojones, y todo eso?

—Y todo eso, sí —corroboró Ben—, porque por lo que yo mismo he visto, el pavo este puede ver y oír, y hasta hablar, a través de los monstruitos, ¿entiendes? Esto va a ser como luchar contra él miles de veces, teniéndole siempre previendo nuestros movimientos...

—Repito: esto parece una película mala de serie B. Algo vomitado por alguna especie de guionista loco, o algo así... —dijo Luke distraído, mirando al infinito, mucho más allá de la cara de su amigo.

Ben le soltó una indolora pero muy sonora bofetada. Koreander y sus “nuevos” hombres les echaron a ambos unas furtivas miradas incómodas de sorpresa.

— ¡Déjate de hostias! —le regañó Ben, aún en susurros— ¡Céntrate que la movida es chungu!

— ¡Me cago en tu padre! —replicó Luke entre dientes, rojo como un tomate y reprimiendo como tantas veces antes el fuerte deseo de aplastarle la cabeza a su amigo—. ¡Te pasas toda la misión de guasa, ¿y ahora me dices que me deje YO de hostias?!

—Sí. El caso es que no podemos fiarnos de estos tipos, pero algo me dice que nos van a respetar de momento... Somos el mismo tipo de gente en bandos opuestos, ¿me captas? Ahora tenemos un enemigo común, como quien dice. Haremos esto juntos...

—Ya, y cuando llegue el momento...

—Improvisaremos, como siempre.

## DECISIONES, DECISIONES

Aún seguía lloviendo de manera intensa cuando la claridad del incipiente amanecer se colaba por la entrada de la choza y las estrechas líneas entre los juncos secos de sus muros. Koreander tuvo que molestarse en despertar a Henrich Alamsterd y Thor Schokendorff, quienes gozaban de un sueño tranquilo por primera vez en días. Ben y Luke se habían turnado para hacer guardia durante la noche, mientras que él mismo se la había pasado en vela, a pesar de la condescendiente oferta de Ben de que se tomara un par de horas de descanso.

La noche fresca que había traído la tormenta les había sentado muy bien a todos, en todo caso. Henrich adolecía los efectos de las agujetas de los músculos de su pecho, constantemente en tensión todo el tiempo que permanecía despierto, pero se le veía enérgico y tan voluntarioso como a Thor.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Henrich señalando con un golpe de mandíbula al viejo cazador.

Seguía en la misma postura que durante la noche, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, bloqueando la entrada. Parecía haberse dormido en algún momento, pero abrió los ojos y volvió la cabeza hacia Alamsterd, como percibiendo que hablaba de él.

—¿Entiende nuestro idioma? —quiso saber Henrich, inquieto.

—No, yo hablo un dialecto que él entiende a medias, digamos. Nos puede ser útil, conoce bien la selva, todo aquello que rodea nuestras bases. Y contén ese deje de desprecio, se ha pasado ahí toda la noche, protegiéndonos.

Henrich se sintió avergonzado. Creía que su sutil y en realidad fingido rechazo al indígena moreno agradaería a su superior, pero más bien le había contrariado. Volvió la vista hacia el viejo cazador, que le mantenía la mirada, indiferente, como examinando su alma. ¿Habría detectado también aquella falsa exhibición de racismo? Lo que le faltaba, buscarse antipatías por intentar quedar bien...

Ben, que había escuchado el diálogo en alemán conteniendo su humor, se dirigió directamente a Koreander.

—Supongo que vamos todos a buscar directamente a Samantha, ¿no?

—Sí, pero... —empezó Koreander, y miró a Thor y a Henrich alternativamente, varias veces.

—Bueno —empezó Thor en inglés, comprendiendo lo que querían de ellos—, tenemos una red de carreteras propia con la que podríamos llegar rápidamente hasta el puesto de mando, pero no tenemos vehículo. Todos estaban destrozados por las criaturas... Sorprende que supieran tan bien cómo inutilizarlos...

—Ya... —repuso Ben, dando a entender que lo sorprendente ya había dejado de serlo hacía tiempo—. Nosotros tenemos un peazo todo-terreno con el que podemos incluso atravesar la puta selva por encima, si lo necesitamos.

—Sí, hombre, pero, joder... —dijo Luke fastidiado—, hay que volver a por él.

—Exacto, ¡y de eso te vas a encargar tú! —añadió Ben alzando las manos como celebrándolo.

—¡¿Pero por qué?! —se quejó como un niño pequeño, ante la perplejidad de los alemanes.

—Vamos, tipo duro, alguien ha de quedarse con el enemigo. Además, uno de ellos te acompañará... ¿Señor Koreander?

Ben instaba al general Traumnest a que ordenara a uno de sus hombres acompañar a Luke, pero recibió una respuesta que le impresionó.

—Sí, yo mismo iré con él —afirmó Koreander, aprovisionándose tan sólo de uno de esos pequeños P90 que se habían traído él y sus “suecos” con ellos, y munición, por supuesto.

—General, debería ser yo quien...

—No, camarada Schokendorff, ustedes quédense con el americano, descansen y manténganse a salvo, todos, incluido el indígena —acto seguido intercambió unas palabras torpes y tartamudeadas con el viejo cazador, quien se incorporaba ágilmente afirmando a su vez, o esa impresión daba—. Bueno, él dice que quiere echar un vistazo por los alrededores, pero que velará por ustedes, creo... ustedes permanecerán aquí, ¿puedo contar con eso, al menos?

Koreander le dirigía la pregunta a Ben, más que a ningún otro, y le estaba pidiendo gentilmente su conformidad, con un gesto de preocupación con el que daba a entender que necesitaba saber que ciertas cosas iban a permanecer inamovibles. Le estaba pidiendo su palabra sincera.

—Sí, sí, aquí estaremos pase lo que pase, pero joder, volved rápido, ¿eh? —les azuzó Ben, casi como echándolos ya de la choza.

Koreander salió el primero. Luke se detuvo ante la puerta y volvió la cabeza atrás, mirando a Ben por encima de su hombro.

—Me cago en tu padre, ¿eh? —y se fue.

Samantha vio totalmente lúcida cómo la luz de un día gris hacía materializarse el horrible mundo que había descubierto ayer en la noche. Estaba tiritando de miedo y frío. La tormenta había dejado de tronar, pero el agua no había dejado de caer con mayor o menor fuerza y ella era apenas una bolsa de carne derrengada y húmeda, dolorida hasta los huesos, cargada al hombro por una de esas personas nativas de piel cenicienta y a trozos moteada de afiladas escamas. Una costra de esas placas calcáreas en el hombro del ser le había abierto una fea herida junto al ombligo con el roce de sus filos, y notaba la sangre manar caliente, mientras las cucharas infectas seguían rascando y rascando, levantando cada vez más carne. No eran cortes nada profundos, pero sí muy dolorosos, y ella se imaginaba que alguien le estaba practicando una innecesaria cesárea con una extraña lima.

— ¡Oh, Dios mío! —terminó por gritar tras un rato de contenidos gruñidos— ¡Joder, ayyy!  
¡¡Dejadme andar, dejadmeeee!! ¡¡¿A dónde voy a ir?! ¡¡Por favor, dígales que me dejen caminar...!!

Samantha estiró la mano hacia la seria persona de Krunguermendfern, quien caminaba justo tras el ser que cargaba con ella, la horrible masa de escamas envolviendo puro músculo de uno de esos gorilas gigantes avanzando lentamente a una veintena de metros de sus espaldas, con el cuidado de no hacer daño a su señor cuando golpeaba y derrumbaba los árboles que lindaban con el camino.

El ser, por lo que veía Samantha, estaba ahora sólo, sin aquella colosal pareja que ella había visto anoche. La cosa portaba una especie de mochila de instrumentos o quizá una máquina, que parecía injertada en la piel. Era más horrible esa unión de máquina y animal que la aberración propia que era la criatura. Desde la distancia ya se notaba que toda la parte tras los hombros y cuello del ser estaba ulcerada, el roce de la piel en movimiento contra el mecanismo implantando en la columna vertebral mantenía en eterna llaga supurante la película de carne bajo las escamas. Hasta donde estaba ella llegaba el olor de sangre podrida, casi ahogando la propia peste de los nativos mutados.

El hombre que no parpadeaba clavó su mirada inerte en ella, acompañándola de una condescendiente sonrisa torcida. Le recordó a los gestos de Ben. “¿Dónde estará ahora ese hijoputa sonriente?”, pensó Samantha. “Muerto no, por favor, muerto no...”. No quería creer que estuvieran muertos sus compañeros. Eran soldados. ¿Eran soldados? Por Dios, la verdad era que sus actitudes no les hacían parecer muy buenos. Pero no podían estar muertos. Si ellos estaban muertos, estaba jodida. Nadie iría a rescatarla.

El hombre se puso serio de repente y se detuvo. El ser que cargaba con Samantha hizo lo propio y la dejó con bastante delicadeza en el suelo pedregoso. Ella trastabilló un momento, con las piernas dormidas de horas de viaje sobre el horrible hombro de esa cosa. Luego resbaló con una roca húmeda que se coló bajo el talón de su bota derecha durante su traspíe. Krunguermendfern hizo un gesto con el cuello que sacudió toda el agua que resbalaba desde su coronilla alopécica hasta su barbilla roma, y el nativo mutado ante él estiró una mano cogiendo a la mujer del hombro, salvándola de la caída.

Samantha, sorprendida, miró a la cara al ser, que miraba hacia el suelo, ante él, como en trance, respirando fatigosamente, su cuerpo envuelto en casi invisible vapor. Luego miró al hombre de las heridas en el torso, que le sonrió de nuevo.

—Vamos, avance señorita. Allí.

El hombre señaló con un dedo flaco al término de su demasiado largo brazo, pendiente arriba. El camino ascendía entre la selva por lo que parecía la ladera de una gran montaña. El ser le liberó el hombro tan pronto como el hombre la había “invitado” a seguir.

Samantha tenía preguntas, pero optó por callarse y empezó a caminar tras el maloliente mutante, ahora muy inquieta con aquel tipo de aura omnipotente a su espalda. El ritmo disonante de los puñetazos del gigantesco gorila, abriéndose camino más abajo, volvía a marcar la perezosa cadencia de la marcha...

Puñetazos de gigantescos gorilas. Eso era lo que sacudía la selva a lo largo de muy distintas direcciones. Krunguermendfern sabía que al menos un hombre había sobrevivido, el mismo tipo que había visto fugazmente a través de la furia arremolinada de la bestia híbrida pseudo-primate antes de perderla para siempre. Había sentido el dolor de sus dedos prensiles en las patas, destrozados, y se había notado succionar hacia atrás en la mente de la bestia cuando la sangre se le esparcía por el suelo en segura estela en el momento de obligarla a seguir arrastrándose hacia el nazi superviviente. Había inoculado en el monstruo un odio tal por aquel absurdo uniforme que aun cuando hubo de abandonarla, ya ciega, a su suerte, seguiría resistiéndose a la programación biológica de absoluta obediencia. Pero sabía contar, y el monstruo faltaba en la red que se había fabricado entre él mismo y los seres. Las probabilidades de que el ser invidente acabara con el joven soldado antes de desangrarse eran ínfimas. Y aún quedaba la razonable duda de que su viejo amigo, Julius Traumnest, continuara vivo, junto a alguno de esos inútiles americanos... Los seis híbridos se bastarían para dar cuenta de todos ellos, recorriendo como podían cualquier tipo de terreno a grandes velocidades; eso suponiendo que antes no les dieran caza los indígenas alterados, cuyo grueso seguía vagabundeando desbocado por los bosques.

La tormenta inmisericorde que tan providencial se le había antojado al anochecer del día anterior ahora tenía tan chafada la moral de Luke como sugería su aspecto. Avanzaba entre los matorrales con los hombros caídos hacia delante, el cuello hundido y el ceño fruncido. No tenía frío, pero los antaño cómodos pantalones vaqueros eran una mortaja que se adhería y se resistía a ceder ante la fuerza de sus musculosas piernas. La camiseta que antes hedía de sudor se había convertido en un pesado faldón con aroma de ozono. Koreander caminaba delante de él a buen paso y muy seguro, al parecer, de la dirección que había que seguir. Ambos se movían cómodamente sin apenas hacer ruido, mientras el bosque rumiaba a su alrededor y hasta el infinito con el sonido de la lluvia golpeando hoja, tallo, madera y tierra.

Llevaban una hora avanzando, bastante apresurados. Joder con el viejo, pensaba Luke. Lo menos le llevaba veinte años, ese tanque alemán, que si bien no gozaba de su orgullosa definición de músculo, era muy probable que le igualara en fuerza. Lo que le asombraba era la facilidad que tenía para mover su corpulencia, algo que sólo la experiencia y la resistencia que propiciaban un exhaustivo servicio en activo le podían brindar. Luke se divertía pensando una vez más en las posibilidades que tendría contra ese hombre en un combate cuerpo a cuerpo. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar en él como un rival digno, pero estaba seguro de que sería aún más peligroso que sus subordinados, semejantes en tamaño, ahora ya muertos. Habiéndole visto fugazmente combatiendo a las criaturas mutantes, constató que su dominio de la defensa personal sería un peligroso handicap. Ben quizá había tenido suerte de que los monstruitos de ingeniería genética nazi les hubieran acorralado... No habría sobrevivido contra el veterano general alemán.

Koreander, por su parte, sólo pensaba en llegar cuanto antes hasta el todoterreno modificado de los americanos. Suponía que el viejo Jeep de los narcotraficantes seguiría en el mismo lugar, pero con aquel viejo trasto no podrían ni meterse una veintena de metros a través del bosque. El avanzado trasto de los americanos, lo sabía, hacía alarde de una capacidad de tracción que ya sugería la tan sola contemplación de aquellos enormes neumáticos con estructura de celdas. Dos ejes delanteros, tres traseros... Tenía el aspecto de un vehículo de recreo, con la capota de la amplia cabina recogida, pero podía servir perfectamente como un transporte de tropas o de armamento, dada su envergadura y solidez. Estaba claro que los americanos no esperaban que los supuestos etnólogos suecos fueran infiltrados nazis, porque tal tipo de vehículo ya revelaba qué clase de organización les había enviado... Y qué clase de tipos tenían que ser los que lo tripulaban.

Todo pensamiento que Koreander dedicó al silencioso Luke fue uno muy fugaz en que reconoció el talento del pesado agente para moverse con sigilo incluso en mitad de aquella selva accidentada, salpicada de arbustos con cualidad de matasuegras a la más mínima perturbación y de ramitas suspicaces de romperse sonoras bajo su peso.

No perdía tiempo pensando en los americanos, a pesar de que quizá era preocupante lo muy al tanto que parecían estar los enemigos del Nuevo Reich de sus planes. Pero eso no le incumbía, su labor era la de controlar a sus propios miembros, y aunque no perdería tiempo en informar de los problemas en el secretismo en cuanto tuviera la ocasión, en ese mismo momento tenía que resolver la insólita rebelión de su viejo camarada Krunguermendfern. De los dos americanos incautos se encargaría a su hora, ahora necesitaba todos los efectivos que pudiera manejar...

Aunque Luke no había reconocido absolutamente nada entre la vegetación y los lentos desniveles del camino que seguía el general nazi, al cabo de apenas media hora habían alcanzado el lindero del pequeño claro en que había establecido el falso equipo de científicos suecos su campamento. El hombre que él conocía como Koreander le indicó que redujera el paso y se moviera en completo silencio. Luke tiró de la correa que sujetaba su escopeta a su espalda hasta que ésta pasó por debajo de su hombro derecho. La empuñó apuntando a un lado, hacia el suelo, desde la altura de las caderas.

Entre las afiladas hojas de unos arbustos podía ver aquello de lo que pretendía ocultarse el alemán. Un indígena alterado, completamente desnudo, que permanecía de pie junto al cadáver de uno de los hombres muertos de Koreander. La piel grisácea y agrietada parecía estar desprendiéndosele, con cada bala de fría agua que las nubes plomizas arrojaban sobre él, allí donde aquella tumoración de escamas brillantes sobresalía como en un lento parto de muy doloroso aspecto. Lo que era ya una capa de carne podrida se deshacía visiblemente en pequeños grumos negros y gelatinosos, revelando nuevas escamas todavía blancas, sin brillo.

El ser tenía la cabeza alzada hacia las copas de los frondosos árboles a la izquierda de donde se encontraban Luke y Koreander, la mirada fija, respirando agitadamente, inmóvil. Parecía encontrarse solo.

Luke volvió la vista a Koreander, que examinaba al ser y echaba fugaces vistazos en la dirección de su embobado contemplar de la naturaleza, como esperando averiguar qué era lo que tanto llamaba su atención. Luke pensaba que eso era absurdo, ¿qué iban a hacer, esperar a que se aburriera de mirar? Podían rodear el campamento en completo silencio y ni se daría cuenta de su presencia, ¿a qué esperaban?

Luke le indicó a Koreander que rodearan el claro, pero Koreander le dedicó una preocupada negativa airada. A Luke le estaba tocando los cojones el esperar quieto bajo la lluvia. Si seguían así mucho más se iba a congelar... Furioso, salió de entre los matorrales hacia el claro sin darle tiempo al alemán a reaccionar.

Koreander quiso detenerle, pero no pudo. Tuvo que salir corriendo tras él mientras el idiota americano se acercaba a la carrera al distraído ser y le hacía desaparecer buena parte de la cabeza de un disparo a apenas dos metros de distancia.

— ¡Nooo! —gritó Koreander, su voz ahogada por el sonido del disparo.

Mientras el mutante muerto aún chapoteaba en convulsiones sobre el suelo encharcado, un intenso crepitar que semejaba la voz recuperada de la tormenta les llegó desde los árboles, allí donde tan centrada había tenido su atención la criatura poco antes. Era el sonido de poderosas ramas partidas con violencia durante lo que parecía la caída de un tanque. Ambos hombres echaron la vista hacia el macizo de troncos y salvajes plantas que los rodeaban, aturridos. El fuerte rumor se detenía un momento para volver con renovada violencia, no se sabía si venía de lo alto o del suelo a cierta distancia, hasta que algo tocó tierra, eso era inconfundible. Algo se estampó contra el suelo extendiendo una sensible vibración bajo sus pies que evolucionó a más suaves y apresurados golpes. Cada vez más cerca. Muy rápido.

— ¡Corre! —gritó Koreander empujando a Luke por un hombro— ¡¡No mires atrás, sígueme!!

Luke corrió tras Koreander mientras pasaban por delante de la tienda de lona del campamento, rodeando las mesas de pvc. En ese momento se oyó otro bramido de colisión, esta vez acompañado del estruendo de un tronco que se dejaba vencer por su propio peso. Luke miró por encima de su hombro y vio cómo un par de árboles caían hacia el claro, algo oscuro, forzado, gigante, revolviéndose con claustrofobia sobre sus raíces. La violencia y furia de los movimientos de aquella cosa le bastó a Luke para apretar el paso, y ya casi adelantaba a Koreander cuando alcanzaron el bosque de nuevo.

Uno de los árboles derribados alcanzó con toda su longitud la tienda del campamento y aplastó algunas de las mesas y varios cuerpos que reventaron bajo su peso. Luke se asustó convencido de que esa era la cosa, que ya les pisaba los talones. Pero para cuando se dio cuenta de su error, ya sí que pudo oír, aún más cerca, la respiración agitada del descomunal ser, que trotaba y se lanzaba iracundo contra los árboles que él iba dejando muy rápidamente atrás, intentando no perder de vista la espalda de Koreander en la espesa cortina de la lluvia.

Lo notaba muy cerca, golpeando el suelo y los árboles a su paso, lanzando tierra y ramas contra su espalda, a veces deteniendo su avance por el suelo para quizá izarse un poco escalando los troncos de los árboles más grandes y volviendo a descender, embistiendo y arrancando de raíz los más pequeños. ¿Cuánto quedaba hasta los vehículos? La cosa a la que Luke ni se molestaba en mirar parecía impacientarse, sus profundas y rápidas inhalaciones iban cada vez más a menudo seguidas de furiosos rugidos antinaturales, sordos y sollozantes, frustrados, pateando el barro en que su colosal peso le hacía hundirse, pero que nada podía hacer para detener el fuerte impulso de sus miembros, dando manotazos a cuanto se le ponía a su alcance. Era demasiado rápido, ¡le iba a alcanzar! Luke no sabía qué era, pero no se había ni planteado el enfrentarse a ello con su potente SPAS12, la cual había dejado nuevamente colgar a su espalda, usando él mismo sus brazos, como hacía la bestia, para apoyarse y darse nuevo impulso en la alocada carrera.

De pronto, el intenso bombardeo que era el trote de la criatura se detuvo. Durante ese ínfimo momento, Luke se oyó jadear, al límite de su fondo físico. Casi estaba convencido de que el ser había abandonado la persecución cuando el estruendo de plantas que crujían aplastadas acompañó a la presa en que cuatro enormes dedos que hervían de calor y nervio le envolvieron la pantorrilla derecha.

Luke se vio lanzado hacia delante, cayendo de pleno con el pecho contra el suelo, la cara arañada por las hojas largas y afiladas de los hierbajos, para luego sentirse tirado y alzado hacia atrás, hasta el punto de que su cara se hundió en la tierra húmeda mientras gritaba por la presión en el gemelo atrapado. Escupió grumos negros y agua sucia, mientras la cosa, a la que Luke no podía ver bien mientras parpadeaba involuntariamente tratando de enjugarse el barro, se incorporaba manteniéndole alzado ante sí.

El ser se había lanzado en plancha estirando aquel brazo para cogerle. Respiraba sobre Luke, mejor dicho suspiraba, con una suerte de gemido que no parecía sino expresión de su satisfacción y orgullo por la presa alcanzada. Luke trataba, en mitad de su terror y confusión, de empuñar y dirigir su arma contra aquello, pero el ser, como intuyéndolo, le zarandeó como jugueteón, pero con una violencia tal que Luke sintió que casi se le dislocaba la rodilla. La correa de su arma la siguió en su trayecto al suelo, mientras él gritaba, seguro de que perdería la pierna si seguía apretándole así aquel monstruo.

Koreander llegó corriendo por el lado izquierdo del monstruo en ese mismo momento y soltó una corta ráfaga de su P90 contra la cara del pseudo-primate. Uno de esos globos brillantes y negros se despanzurró y derramó sobre sus morros simiescos junto tiras carnosas de su profundo ceño. Consiguió que soltara a Luke, pero en lugar de obtener una tan esperada pausa en que el ser se revoliera de dolor, Koreander tuvo que saltar hacia atrás para esquivar el poderoso revés con que pretendía aplastarle. Tirado de espaldas en el suelo descargó una larga ráfaga a la desesperada. El híbrido, como para proteger su único ojo de los disparos, giró sobre sí mismo al tiempo que avanzaba hacia él, alzando ambos puños sobre su cabeza, para dejarlos caer al completar la vuelta entera. Koreander rodó a un lado. Rodó y rodó, los puños estampados contra el suelo lanzando hacia él un hálito de agua y aire en lo que parecía el estampido supersónico de un caza de combate. El alemán chocó con su hombro contra un árbol y se incorporó a tiempo de rodearlo y usarlo de protección cuando el híbrido cargó en terrible placaje contra ello.

La anciana planta de robusto tallo se inclinó sobre la espalda del hombre siguiendo el furioso impulso del monstruo, las raíces incapaces de mantenerlo en su sitio con los sentidos puñetazos que recibía la madera. Koreander se movió alejándose del árbol, al tiempo que éste era vencido por su propio peso y caía. La mirada de un solo ojo del ser seguía a Koreander durante su desplazamiento a un lado, y ya tomaba impulso para saltar sobre el pequeño humano que le daba la espalda cuando su talón derecho se deshizo dolorosamente.

Luke había recuperado su arma y, con su peso apoyado sobre su pierna izquierda, disparaba una y otra vez contra aquel pie parecido a una mano. El monstruo, sorprendido y desestabilizado, cayó sobre su costado derecho, agitando frenéticamente ambas piernas, alzándolas ante sí, mientras rodaba sobre su espalda hacia Luke. Se arrastraba hacia él usando los poderosos brazos, y Luke no era quien a huir. Disparó contra la boca abierta que le lanzaba un rugido poderoso y solemne desde la profundidad de más allá de aquellos torcidos colmillos amarillentos. La lengua le quedó colgando a tiras, y al cerrar las mandíbulas se la mordió y le cayó a trozos que resbalaban por su prominente mentón oscuro. Un rapidísimo puñetazo pasó a escasos centímetros de la cara de Luke, que cojeaba en retroceso disparando. Clic. La escopeta sin munición. ¿Recargar? ¿Cuándo? Si ya iba a morir...

Una ristra de fognazos atrajo la atención de Luke mientras seguía trastabillando hacia atrás. Koreander se había acercado a las piernas del monstruo y le ametrallaba los pies sin misericordia. El monstruo, truncando su desmesurada cara de gorila en una demasiado humana mueca de dolor y rabia, hundió las manos en el suelo y apretó los puños, como imaginándose que era el cuerpo de Luke lo que retorció, mientras le lanzaba otro rugido, el más terrible y al tiempo lastimoso, escupiéndole sangre oscura y parte de la lengua mutilada. Tras eso volvió a debatirse, se tumbó sobre su espalda escamosa y levantó la cabeza tratando de enfrentarse a su atacante traidor.

Koreander disparó de nuevo a la cabeza, un tiro certero al ojo sano. La cabeza del pseudo-primate quedó enterrada entre los arbustos. Estaba muerto.

Luke, azuzado por su automatismo militar, empezó a recargar su arma rápidamente.

— ¡¡¿Qué me cago en mis cojones es esta mierda?!! —le gritaba a un Koreander que corría hacia él rodeando a la aberración inerte.

— ¿Puedes moverte?

— ¡¡Joder, casi me revienta la pierna!! ¡¡¡Casi me la arranca de rodilla para abajo!!! Pero sí, creo que estoy bien...

—Ok, vamos, que ya casi llegamos al todoterreno...

— ¡¡¿Pero qué cojones es esta cosa?!! —insistía Luke, dejándose arrastrar del brazo por el sobrio alemán. Parecía que viera bichos de esos todos los días.

—Calla y camina. Hay otros seis vaya uno a saber por dónde. Mejor nos damos prisa, ¿eh? —dijo sin inflexión en la voz.

— ¿¿Seis?? ¡¡¿C-c-cómo que seis más?!!

—Deprisa. Nos va a costar encontrar por dónde pasar con vuestro trasto hasta el poblado de nativos. Y si el traidor ha visto algo de todo esto, puede que se imagine de dónde venimos... ¡Los demás corren peligro!

Luke olvidó sus preguntas ridículas. Hizo caso del alemán y se esmeró en seguir corriendo sin ayuda, aunque cojeando. Tenía que llegar al todoterreno, sí. Allí tenía armas que darían buena cuenta de más seres como ese.

Samantha no sabía exactamente desde qué hora de la noche anterior se había puesto en movimiento aquella horrorosa comitiva que la tenía secuestrada. Sabía que llevaban mucho, muchísimo tiempo subiendo. La pendiente era pronunciada y estaba tan empapada y dolorida que estaba apunto de desfallecer. Pero prefería con mucho caminar a ser cargada otra vez por uno de esos hombres corrompidos. O peor aún, por la nauseabunda bestia que cerraba la marcha, la cual a veces les abandonaba unos minutos para escalar por los muros de roca de la montaña, incapaz como era de hacer pie cómodamente por el camino que seguían.

La vegetación había ido abandonando paulatinamente el camino, que se volvía a cada paso más pedregoso y gris, de roca viva. Cuando el paso parecía allanarse, descubrió tras un recodo que habían llegado a un amplio valle artificial. La cumbre de la montaña había sido excavada dejando abierta una amplia explanada por mitad de la cual pasaba una pista de tierra para vehículos. Habían llegado allí por un estrecho paso que atravesaba desde el Sur el semicírculo que formaba la treintena de metros de muro de roca, y a su izquierda la carretera se perdía en segura pendiente hacia la ya muy altísima selva, a una cincuentena de metros.

Samantha se detuvo y se enjugó los ojos de la lluvia, admirando el repentino desierto. Era enorme y largo. Constató que la pista para vehículos no tenía quizá esa función. Allí había extensión suficiente para aterrizar un avión.

Una mano se puso en su hombro.

—Hacia allí, señorita... —le dijo sonriente el hombre de ojos negros hasta el iris.

A más de quinientos metros al Este se hallaba su destino. Una entrada rectangular, una gigantesca compuerta de acero que daba paso... ¿a qué? ¿Una cueva secreta de supervillano?

—Qué raro, ¿no?

Ni Thor ni Henrich dijeron nada. Estaban sentados comprobando sus armas y provisiones, por mantenerse ocupados más que nada. El americano, con una sonrisa de oreja a oreja, se les había acercado y sentado en el suelo junto a ellos hacía unos minutos, como si fueran amigos de toda la vida en una agradable acampada. Le habían mirado sin la menor expresión de vez en cuando. Aunque técnicamente serían enemigos en circunstancias normales (el general Traumnest les había puesto al tanto de todo lo acontecido y la actual situación), no guardaban ni uno ni otro el menor recelo hacia él. Pero tampoco se morían por dialogar, vamos.

—Es extraño estar aquí esperando como si nada —empezó Ben de nuevo, casi susurrando—, mientras quizá cientos de vuestros monstruitos se desperdigan por la selva matando a palos a otros cientos de personas inocentes...

—Sería mejor seguir en silencio... —dijo Thor, acerando su mirada.

—Oh, ¿mala conciencia?

—Mala conciencia, ¿de qué?

—Ya, es verdad... Para vosotros las gentes de por aquí no son mejores que una rata camboyana...



Henrich no dijo nada ni hizo expresión alguna. Pero estaba convencido de que aquel tipo buscaba discutir o iniciar una pelea. Muy típico de los americanos, pensó. Thor, sin embargo, parecía interesado.

—Obedecemos órdenes, yanqui...

—Yo también obedezco órdenes, pero no soy un robot sin cerebro.

—¿Eso qué quiere decir?

—Estáis aquí, vestidos como nazis de la segunda guerra mundial, escondiándoos de vuestros propios monstruos genéticos. Carne de cañón dentro de una absurda revolución anacrónica que parece sacada de una novela mala de conspiraciones...

—Me limito a obedecer órdenes, yanqui.

—Joder, no sabes decir otra cosa, ¿eh?

—Nuestro mando nos ha traicionado. Los sujetos experimentales están bajo control. Pero bajo el control equivocado...

—¿Eso qué quiere decir? —imitó ahora Ben, con una sonrisa.

—Quiere decir que de no ser por su rebelión el experimento hubiera sido un completo éxito. Es más, esto indica que el experimento ha sido un éxito, en realidad.

—Joder, tíos, de veras que estáis enfermos...

—No nos compete decidir de qué manera se libra esta guerra. Obedecemos órdenes.

—“Yo, robot” —se rió Ben.

—Tú estás aquí, sólo, obedeciendo órdenes, en la misma situación que nosotros...

—Para deteneros a vosotros, colega.

—Sí. Estados Unidos siempre está deteniéndolo todo en todas partes, ¿eh? No voy a discutir contigo las razones de nuestra guerra. Sólo te diré que, desde nuestro punto de vista, el mundo necesita... no diré un nuevo orden, es más certero decir que necesita de una vez tener un orden.

—¿Eso os viene en los folletines propagandísticos que os reparten?

Schokendorff iba a replicar algo, pero los truenos que regresaban muy cercanos atrajeron su atención. Miró a Henrich, quien adivinó su muda pregunta.

—Eso no es la tormenta —dijo en alemán involuntariamente, con los ojos vidriosos, embargándole una sensación de peligro que rayaba en pánico; el pecho, del que se había olvidado por completo, recorrido de pronto por un dolor como de memoria muscular— ¡Híbridos!

Ben se sintió turbado por las nerviosas palabras en alemán.

—¿Híbridos? —repitió en su propia lengua, mirando aún sentado a los hombres que se ponían en pie a toda prisa, preparando sus réplicas de MP40.

Tan pronto como repitió la palabra traducida ya se dio cuenta a su vez de que no era la tormenta lo que volvía... Sino algo nuevo que venía de primera visita, algo que esos hombres reconocían... Ben se intranquilizó de verdad por primera vez en toda la misión, mientras aquello que sonaba como un tanque dando botes venía arrancando la selva a su paso desde alguna dirección indeterminada.

—¿Dónde para el puto viejo? —exclamó ante la pasividad de los nazis, temiendo por su vida. ¿A dónde había ido? ¿Cuánto llevaba por ahí fuera?

Tan pronto como lo mencionó, el viejo cazador entró silencioso en la choza, retrocediendo sin perder de vista el umbral. Mencionó algo, unas palabras susurradas en su incomprensible dialecto, mientras agitaba la mano izquierda, como advirtiéndoles de que se alejaran, que se movieran todos al fondo de la cabaña.

— ¡Tú también! —le dijo en murmullo crispado Ben, mientras se hacía con su bolsa de armas y empuñaba la escopeta. El viejo parecía querer atisbar lo que se acercaba, mientras los tres soldados se agrupaban allí atrás, como indicaba— ¡Sshhh! ¡Me cago en tu padre! ¡Ven aquí!

Al fin le hizo caso, echándole a Ben una inquieta mirada ceñuda, agarrado al palo de su lanza como si un profundo abismo se lo fuera a tragar si se le escapara entre los dedos.

El rebotar terrible se detuvo cuando parecía que todo el poblado se hundiría en un profundo foso abierto por el seísmo. Silencio. La lluvia, en realidad, que ensordecía la respiración dolorida y renqueante de Alamsterd. Un alarido corto y grave, algo triste, profundamente inhumano... no, mejor dicho sobrehumano, en fin, dotado de gran sentimiento, fue seguido del resquebrajar y aplastar inconfundible de las cabañas más alejadas en algún lugar a la izquierda. Las paredes dejaban que el concierto del destrozo les llegara con una viveza que ni sus propios ojos mejoraría, todos los hombres con la vista clavada en esa dirección, las mismas caras de terror impotente, los ojos muy abiertos y las mandíbulas lánguidas.

El estruendo se acercaba rápidamente... ¡Ya estaba sobre ellos!

— ¡Hay que moverse! —gritó Henrich en alemán, con la voz muy aguda, como aquejado de un dolor insoportable.

Mientras decía esto, el viejo cazador, dándose media vuelta, con sus genitales desnudos siguiendo con su propia gracia la pirueta de carácter casi danzarín, se lanzó contra el muro de juncos a ese lado, golpeando con su lanza, abriendo una cómoda abertura por la que salir todos corriendo. Los curiosos extranjeros salían como rayos mientras él les daba vacuos empujones con una mano, aún dentro de la choza, protector. Para cuando él mismo salía de nuevo a la ducha de las fuertes lluvias, siguiendo a los blancos en su escabullir tras la esquina de la choza más próxima, aquella que acababa de abandonar salía en algo más de su mitad volando por los aires a consecuencia de un rápido manotazo. Él sabía bien qué era lo que les buscaba. Uno de esos demonios semi-humanos, como los que mataron a sus jóvenes amigos hacía ya algo más de una luna.

Reconocía lo que crecía en él... De nuevo ese casi olvidado miedo supersticioso de cuando era niño, el miedo a la fuerza desconocida e incalculable de la naturaleza. Él, un cazador de la selva, un hombre que había aprendido a dominar la selva de la única manera posible: formando parte de ella... Que ahora se sentía perdido, desubicado, como en aquella noche tormentosa del asalto de los demonios. Había tenido miedo y había huido, incapaz de reaccionar. Pero no ahora, ¡no ahora! No dejaría morir a los extraños hombres blancos, no sin antes ofrecer la propia vida a los demonios.

El monstruo golpeaba todo lo que levantaba del suelo, y hasta cogía y lanzaba por los aires algún cadáver de los que sembraban el suelo. Unos pocos de los nativos alterados que le acompañaban quedaron aplastados bajos sus puños mientras buscaban a tontas y a locas algo que matar en el interior de las viviendas. Uno que otro era pateado hasta varios metros de distancia, quedando inútil, gran parte de los huesos rotos, cuando eventualmente se ponían en mitad de su avance. Guiado por la información que Krunguermendfern le había inoculado, buscaba allí a personas vivas. Las sentía, notaba el olor del miedo distinguiéndose entre la carne que se pudría, pero su furia asesina apenas le permitía ir arrancando el poblado a cada paso seguro de ir a dar con ellos de un momento a otro.

¡Allí! “¡Sí, mátalos, mátalos, mátalosmátalosMÁTALOS!” oía que le gritaba sin voz su dueño, dentro de su cráneo, retumbando como un molesto despertador que no podía detenerse. Acababa de ver las cosas diminutas correteando delante, de detrás de una choza a otra, el sabor de su sudor para nada atenuado por el agua de que estaban empapados, haciéndole salivar de hambre de despanzurrar. ¡El oscuro! ¡Reconocía al oscuro! De aquella noche, noche en la que ello veía con claridad de mediodía: el insolente diminuto que quiso trincararlo con algo largo que se había partido al engancharse en sus escamas, y que después se había desvanecido. ¡Estaba ahí!

El viejo cazador, en la cola de la fila india que formaban, no pudo evitar mirar a ese lado en que la montaña de escamas se debatía sembrando destrucción. Enseguida la reconoció. Era aquel demonio al que su joven compañero de caza había dejado tuerto a fuertes pedradas antes de ser descoyuntado vivo. El viejo cazador sintió la ira que su vergüenza y frustración convertían en sed de venganza. Desde aquello se había afanado en alertar y guiar cuantos más pueblos sanos pudiera lejos del territorio indómito e irreconocible que se había vuelto su querida selva. Y tras eso, se sabía en la posición de no ser capaz de hallar paz hasta haberse enfrentado a los nuevos señores del bosque, los terribles demonios.

Se quedó quieto, a la buena vista, entre las dos chozas que flanqueaban los hombres blancos. El más pequeño de ellos, el de la eterna sonrisa, ahora desaparecida, se detuvo a esperarle y le llamaba. El viejo cazador hizo ademanes con la lanza, echándolo, llamándolo a la cordura que era el seguir corriendo. Él no huiría más.

El demonio, a una veintena de metros, trotaba con pasión resentida hacia él, y el cazador a su vez inició a la carrera el encuentro, la lanza en ristre, la punta de piedra afilada con esmero cortando infinitas gotas de lluvia, mientras otras tantas se estrellaban contra su cuerpo sucio y pintarrajeado como arrojadas desde una alta cascada.

Entonces, tronando con voz propia que casi ahogaba el bramido de batalla del monstruo, una cosa parda surgió desde un lado por entre los árboles y fue al encuentro directo de la dirección en que ambos se reunirían.

El viejo cazador, aturdido por lo que creía la llegada de otro demonio, se detuvo en seco, sólo para ver cómo su oponente era alcanzado en feroz embestida por la cosa rugidora. Las piernas del demonio se torcieron vencidas por el peso y la velocidad del contundente proyectil, que lo arrolló haciéndolo derrumbarse a un lado, varios metros de distancia a la izquierda del cazador.

Era el extraño artilugio de los hombres blancos, aquel animal de desconocida roca, lo que se había abalanzado contra el demonio, el cual se debatía sobre su costado con las caderas hundidas, destrozadas, las piernas dislocadas y muertas como hojas mecidas por el viento. Los tripulantes usaban sus ruidosas armas contra las gentes poseídas mientras les gritaban a él y a los otros blancos para ir a reunirse con ellos.

El viejo cazador no pensaba dejar eso así. El demonio aporreaba el suelo con un puño mientras con la otra alzaba cuanto podía su torso, rugiendo de insoportable dolor, pero con más odio que nunca radiando de su única esfera negruzca. Se lanzó hacia ello, saltando sobre las piernas muertas, pisando su abultado y sólido vientre de escamas algo resbaladizas. El demonio dirigió su puño cerrado en amplio movimiento circular que pretendía mandarle por los aires. El cazador se dejó caer sobre el pecho del demonio, esquivando el ataque, y seguidamente se impulsó con energía animal hacia su cabeza, hundiendo la rudimentaria pica en el ojo sano.

El monstruo, veía Ben, a medio camino del potente todoterreno modificado, dejó caer su cabeza hacia atrás con la potente embestida del desatado indígena, quien se izó usando el bastón como apoyo para luego usar su peso y hundirla más y más en el cráneo del ser. Los gritos eran terribles, pero nada comparado con los del viejo cazador cuando lo que llamaban “híbrido” envolvió su desnudo torso con sus descomunales dedos rechonchos y negros y empezó a apretar. Ben corrió hacia ellos mientras veía al viejo cazador de espaldas, alzando la cara al cielo, su boca apretada convertida en un surtidor de sangre que salía espolvoreada de sus pulmones con una fuerza que lidiaba con la de la lluvia. El indígena crujía como una matraca, saliéndosele todo su interior, irreconocible, entre los morcillones apéndices que le abrazaban, sin que él dejara de empujar y empujar la lanza hacia abajo.

Ben estaba por primera vez en años bastante herido de horror. La impresionante característica del arma biológica, el absurdo enfrentamiento entre hombre y aberración, la muerte rápida e imposiblemente agónica y grotesca de aquél.

Apenas se detuvo un segundo junto a los oponentes unidos por ese terrible abrazo del que ya nadie les separaría, más que nada para cerciorarse de la aniquilación de la cosa. Acto seguido fue a reunirse

con los demás, conteniendo y tratando de meter su redescubierta repugnancia en su particular triturador de sentimientos, puesto a punto y engrasado a lo largo de muchos años de servir como picadora humana.

Samantha veía cómo la gigantesca compuerta de acero se abría de una manera que parecía automática. No, no era automática. Enseguida vio que al otro lado había... ¿Soldados nazis? Por Dios, iban vestidos de pies a cabeza como soldaditos de la segunda guerra mundial, con sus fusiles y todo... aunque... No, eran nuevos monstruos de piel gris y ojos oscuros, no tan demacrados como los nativos corruptos, pero igualmente arrebatados de alma. Se movían como robots, con movimientos recios y calculados, como si desfilaran. Parecían haber sido torturados o tratados a golpes, algunos tenían heridas que habían empapado sus uniformes de sangre ya seca, o tenían la cara cruzada a golpes de algo contundente, tan pronto les faltaban varios dientes como tenían los ojos hinchados... Alguno tenía arrancado el cuero cabelludo y le colgaba cómicamente como una tapa que se abría y cerraba a cada enérgico paso.

— ¿Qué demonios es todo esto? —exclamó Samantha, agradecida de pasar dentro de la cueva cálida, revolviéndose en escalofríos.

— ¿No quiere darse conmigo un paseo en platillo volante, señorita? —le preguntó sin mirarla el hombre de ojos negros que nunca parpadeaban.

— ¿Eh? —hizo ella, tartamudeando.

Al paso de aquel túnel sin luces, de unos treinta metros de ancho por no sabía cuántos de largo, se abría en su majestuoso tamaño la caverna trabajada, iluminada por potentes focos en lo alto de lo que tenía que ser casi la cima de la montaña dentro de la que estaban. A un lado, a la izquierda, había sido levantado un robusto edificio de ladrillo de cuatro pisos, una gran entrada de garaje en la base. Y en frente, justo hacia donde la surrealista comitiva de la que formaba parte se dirigía, guardado por una treintena de más soldados nazis fantasmales de negra mirada fija en ellos, todos en posición de firmes y formación cuadrada, se mantenía sobre cuatro grandes soportes el ingenio.

Con una envergadura circular de cincuenta metros exactos, brillaba en acero mate sin juntas la cosa que le acababa de mencionar su captor: un auténtico platillo volante, como los de las viejas pelis de Ed Wood, con su abultado centro de cúpula esférica rematando la forma parecida a dos platos hondos, uno sobre el otro, que era el resto.

Samantha, con la frivolidad que le habían dado el largo viaje a pie y una completa resignación por cansancio, tenía capacidad de asombro para apreciar lo impresionante de aquellas instalaciones, a pesar de su sobriedad, y, deteniéndose hasta que el hombre la adelantó por un lado, muy erguido, con los dedos de las manos aleteando ligeros, dijo:

— ¿Pero esto es una broma o qué? —antes de estornudar sonoramente.

—No es ninguna broma —dijo el hombre sabiendo que la mujer echaba la vista hacia la entrada del hangar, donde su preciada Armlek le prestaba su visión—. Resulta que tus amigos han hecho unos nuevos... No podemos esperarles a ver cómo mueren, tengo cosas que hacer... ¿No ha querido nunca, señorita, visitar la Antártida?

Samantha había pensado en huir, echar de pronto una rápida carrera para salir de allí, pero estaba en medio el gigantesco gorila mutante, y más atrás los aberrantes soldados nazis cerrando ya la compuerta. El intrépido pensamiento la había animado, aunque hubiera renunciado a él de inmediato...

—No se me ha perdido nada allí... —dijo ella con algo de humor.

—Qué curioso... Yo tampoco he perdido nada, pero guardé allí hace años cosas que ahora necesitamos... Y no creo que me dejen pasar así como así... ¿Ve? Con este pequeño ejército de creación propia invadiremos las instalaciones... con eso, y Armlek, mi diosa.

Y el hombre se volvió alzando una mano en gesto teatral hacia el torturado animal sobredimensionado, mientras les alcanzaba moviéndose con extremada gracia y cuidado de su peso. Las dos criaturas se miraban a los ojos antinaturales, y Samantha percibió una conexión que la llenó de rechazo.

El todoterreno, con los cinco hombres, se había alejado de los alaridos frustrados de los indígenas mutados del poblado y había atravesado una buena parte de selva a trompicones hasta alcanzar la pista de tierra secreta que conocían Alamsterd y Schokendorff.

Ben había cargado con las bolsas de armas de Luke y él mismo, pero enseguida había dejado su fiel escopeta cuando vio el lanzamisiles RPG tirado en el suelo de la bandeja a la que se había subido. Luke debía haberlo sacado del compartimento de debajo, por si las moscas.

Luchando contra la inercia que amenazaba con sacarle a saltos del vehículo, lo cargó con uno de los proyectiles tan cuidadosamente presentados en su caja.

—Tío, ¡qué mala pinta que traes! —le gritó a Luke, acercándose hasta la fila de asientos tras su amigo.

— ¡Joder! ¡Como que nos cargamos a uno de esos gorilas gigantes, tío! —le respondió Luke, concentrado en conducir todo lo rápido que podía—. Con la escopeta y el subfusil, tío, ¿te lo crees? ¡Somos la puta hostia!

Koreander, sentado junto al americano, le echó una inquieta mirada. Esos hombres estaban mal de la cabeza. ¡Si por poco no había acabado inválido, el cabrón!

— ¡Si aparece otra mierda de gorila, quiero que le metas una de esas por el culo, colega! —añadió Luke, resentido.

— ¡Pues claro! —dijo alegremente Ben— ¡Han matado al viejo, tío!

—Joder, ¡ya lo vi!

—A esta velocidad llegaremos en quince minutos —dijo Alamsterd asomándose junto a Ben, agarrándose a su hombro—. Si vamos directos a por Krunguermendfern, obviemos las dos primeras desviaciones y sigamos carretera arriba. Allí estaba el centro de mando, si sigue en pie.

Koreander asintió a las indicaciones en inglés de su subordinado, y luego asintió de nuevo para Luke, dándole conformidad.

No veía en qué momento podría pensar en deshacerse de los americanos. Necesitaba sus armas y colaboración, por mucho que le incomodara. Sus compatriotas derrengados, por voluntariosos que fueran, no le bastarían para enfrentarse al general Krunguermendfern y sus seres teledirigidos. Ni con los americanos tenía muchas posibilidades... Pero debía deshacerse de ellos en algún momento, y peor que la hora veía el modo de ello.

— ¡No! ¡Ahí!

Schokendorff había gritado la advertencia justo en el momento en que algo se lanzaba desde la derecha, destrozando la selva. La nueva criatura híbrida acertó a golpear los neumáticos traseros a puño cerrado, haciéndolo escorarse entero, rodando varios metros sólo sobre la línea de ruedas izquierda. Alamsterd cayó contra Ben, quien le sostuvo arqueando dolorosamente la espalda contra el borde de barandilla de la bandeja. Schokendorff se había tirado al suelo y se sujetaba con brazos y piernas a los asientos, intentando mantenerse en el sitio.

Luke giró levemente el volante a la derecha y el todoterreno recuperó el suelo dando varios botes y ligeras desviaciones que se llevaban parte de la vegetación a ambos lados de la carretera.

— ¡La puta de su madre! ¡¡¿Qué tal eso?!!! —gritó triunfante.

— ¡¡¡Viene!!! ¡¡¡Nos sigue!!! —gritó muy agudo en alemán Thor Schokendorff, abriendo fuego desde el suelo hacia el pseudo-primate, el cañón del arma entre sus piernas.

La criatura había salido a la carretera y les seguía en poderoso trote, impulsándose a golpes de puños y patas, volando literalmente cada vez que sus manos quedaban atrás para aterrizar de nuevo con las patas prensiles e iniciar el ciclo. El agua de la lluvia resbalaba de su piel escamosa y quedaba abandonada en larga estela mientras les alcanzaba. Las balas del MP40 chocaban y salían rebotadas en agudos silbidos.

— ¡Ahí va! ¡Pero cómo corre! —se permitió decir Ben en una sonrisa, viéndolo lenta pero inexorablemente acortar la distancia con ellos.

Acto seguido se echó el RPG al hombro y disparó hacia el suelo, previendo su velocidad. La granada retropropulsada salió seguida de su característico humo gris y encontró en su trayecto la difusa sombra del “híbrido”. La explosión lo hizo saltar más que nunca en su carrera, con el estómago abierto en maraña de fuego, humo, líquido negro y escamas que volaban como metralla. Aterrizó resbalando inerte en la tierra húmeda, que se arrugaba al paso de su tonelaje.

— ¡¡¡Toma ya, hijo de puta!!! —gritó Ben, gesticulando victorioso, y se volvió a Schokendorff, que le miraba desde el suelo, y le dijo en alemán: —. Esto va por nuestro héroe moreno, hijoputas. ¿Cuántos más de esos hay?

—Eran ocho, ¿quedan cuatro? —dijo confundido Alamsterd, a su espalda.

—Pues genial, una granada por barba —sentenció Ben, sonriendo.

Krunguermendfern había dejado a la mujer allí abajo, en el hangar, custodiada por su ejército de seres sin voluntad. Había subido en el ascensor del edificio hasta la sala de control de los anclajes, y al momento de salir, con las puertas automáticas cerrándose a su espalda y dejándole en completa oscuridad, sintió cómo le era arrebatado el poder de otra criatura pseudo-primate.

“No puede ser, caen como moscas. ¿Es posible? Unos pocos hombres... No, no llegarán aquí, no antes de que me haya ido...”

Se decía esto sin convicción, mientras se acercaba al panel de mandos iluminado por la luz que entraba en el ventanal de enfrente. Krunguermendfern ahora podía ver claramente en la absoluta oscuridad, pero le costaba dolorosos segundos habituar de nuevo sus ojos a cualquier luz. Por primera vez en días parpadeó nervioso, sus manos palpando casi a ciegas los controles que iniciaran la carga del motor electromagnético del IT. Aquello tardaría... ¿cuánto, una hora? Lo menos eso, si quería poder hacer algo más que trazar una parábola en el aire y caer en cualquier sitio... Tras una hora de carga el motor electromagnético empezaría a girar en el sentido contrario al de las agujas del reloj, y entonces se podría mantener suspendido indefinidamente...

Samantha, que no podía dejar de vigilar los ojos negros que miraban al infinito de aquella parodia de soldados nazis, alzó la vista al sentir una vibración seguida de un zumbido agudo. Los soportes de extremo circular que sostenían el platillo empezaron a vibrar bajo el metal convexo. Aquella especie de atrezzo de película de serie B se levantó por sí solo a la altura de medio metro sobre los soportes y empezó a girar entero hacia la izquierda, a increíble velocidad, levantando una fuerte brisa que en primer lugar agitó las ropas secas de los impertérritos nazis mutados y le llenó luego a ella los pulmones de un desagradable sabor óxido. La cosa oscilaba lenta arriba y abajo, en tenue bote sobre la nada, totalmente silenciosa, mientras los soportes emitían una suerte de silbido agudo y molesto.

“Apunta: hay gorilas en el Amazonas y los platillos volantes existen”, se dijo.

Las criaturas híbridas pseudo-primates arrasaban la selva a su paso. Cada una de ellas era forzada a converger en una misma dirección, apremiadas por el irresistible poder de su invisible y anónimo amo. Su búsqueda aleatoria e inútil, de carácter patrullero, por las zonas que rodeaban el antiguo campamento nazi había concluido. Corrían, con la promesa de un odiado enemigo al que machacar al

final de sus extenuantes carreras, toda la furia incomprensible que sentían acelerando sus corazones de cerca de veinte kilos, las fauces abiertas que resoplaban y rugían a cada poco, la fuerza de sus músculos, vibrantes de rabia, desahogada contra troncos y rocas a su paso.

La selva era un desierto por el que corrían afluentes de destrucción que prometían reunirse en poderoso río, el cual se vería agitado por un salvaje oleaje de auténticas hostias de gorila gigante.

## LA GRAN PELEA

El morro algo abollado del todoterreno modificado era golpeado por gruesas gotas de lluvia que inmediatamente se convertían en largas líneas de agua viva que corrían por el capó vacilantes hasta extinguirse o ser asimiladas por otras recién llegadas. La película de agua palpitante salió despedida por completo con el frenazo del vehículo a la entrada del claro que se habían construido los nazis. Aquel campamento se había emplazado en las tierras más altas del alto Amazonas, con la presencia casi inadvertida por encima del bosque de un macizo de montañas algo hacia el Sur.

Luke saltó del vehículo llevándose con él su fiel escopeta, antes reposando entre los dos asientos delanteros. Koreander bajó de manera mucho más contenida, mirando cojear levemente al enorme americano.

—Luke, ¿y esos andares? —preguntó Ben, llevando con él el lanzacohetes cargado, al hombro.

Sacudió la cabeza para apartarse mechones de su pelo de la cara. Tenía la melena castaña oscurecida por el agua, y aplastada, parecía un casco ceñido... Si no fuera por su incipiente barba, a Luke le parecería una escuálida damisela.

—Fue cosa del primer gorila gigante... Te lo dije antes, maricón.

—Me dijiste que mataste uno, no que casi te deja paralítico, metrosexual de mierda.

—Henrich, quédate en el vehículo, no es necesario que vengas —dijo Koreander en alemán.

—Está bien.

—Eh, vamos juntos, y silencio, dejad ese rollo de pareja de acción de Hollywood —añadió para Luke, Ben y Thor.

El campamento era indudablemente nazi. Había tiendas de lona verde señaladas en las entradas con esvásticas negras impresas sobre un símbolo rojo de alerta biológica. A Ben, más que el símbolo que seguramente era, le parecía más bien una doble advertencia: “cuidado que dentro hay nazis que hurgan con cosas biológicamente peligrosas”.

Como en todo emplazamiento, había cadáveres, esta vez de gente disfrazada de soldados de la segunda guerra mundial. Pero no tantos como cabría esperar... como no hubiera más muertos dentro de las tiendas rasgadas, sólo había perdido cinco hombres, el general Krunguermendfern... ¿Habría habido un motín, hombres que le eran fieles? Allí había habido muchos disparos, era evidente, pero los muertos habían sido vapuleados muy al acostumbrado estilo de las criaturas indígenas experimentales.

Las tiendas, montadas en filas contra los linderos del claro, abrían un paso hacia un montón de cosas al fondo. Según se acercaban, distinguían un motor diésel unido a lo que quedaba de una maquina aplastada a golpes, muy fácil imaginar qué se los había propinado. Más atrás, la lona que había sido la tienda que contenía aquello y las mesas volcadas, colgaba de lo alto de los árboles.

— ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están todos? —preguntó al aire Thor, en inglés—. En los otros campamentos estaban todos muertos...

—O se han unido a él... o no sé... no quiero pensar otra cosa...

— ¿Qué insinúa, Traumnest? —exclamó Thor, olvidando el trato respetuoso que merecía—. ¿Qué demonios cree que les ha hecho?

—Dime, ¿no te imaginas la otra posibilidad? —contestó Koreander, pateando una lámpara de queroseno rota.

—Para eso tendría antes que haberlos matado, y entonces de nada le servirían —replicó Schokendorff desesperado.

—Si traje aquí el suficiente número de indígenas alterados, sin que nadie sospechara el ataque, dime: ¿crees que no podría haberlos capturado y forzado a asimilar el suero?



— ¿De qué habláis? —se metió Ben— ¿De que haya cogido a los soldaditos y los haya hecho monstruitos?

Koreander le echó una fugaz mirada y Thor le miró con fastidio; decepción, es más acertado decir.

—Sé a dónde ha ido —anunció Koreander en alemán, pretendiendo que quedara entre él y su hombre—. Se dirige al IT. Se va.

— ¿Al IT? —preguntó Ben en inglés, cogiendo desprevenido a Koreander—. ¿Se va a dónde? De eso nada, ¿eh?

—Interstellaren Transport, en alemán —le explicó, frunciendo el ceño.

— ¿Qué? ¿Un cohete al espacio? —exclamó, soltando carcajadas.

—Algo parecido... El caso es que lo usará para irse, con eso puede ir a cualquier lugar del mundo, sin posibilidad de ser rastreado.

—Para tomar la carretera hacia el IT tenemos que retroceder hasta el segundo campamento... —dijo Schokendorff como si ya todo estuviera perdido.

—No, joder, con ese vehículo americano atajaremos por la selva.

Tan pronto como Koreander mencionó el todoterreno, todos lo oyeron arrancar y moverse, Henrich lo conducía directamente hacia ellos.

— ¡¡Vienen otra vez!! ¿Lo oís? —dijo frenando delante del grupo.

— ¡¡¿Hacia dónde está esa carretera?!! —interrogó Koreander a Thor.

—Al Norte de aquí, si vamos directos. La encontraríamos... ¿a un kilómetro?

— ¡¡¿Queréis subir de una vez?!! —les apremió Alamsterd.

— ¡Quita de ahí, conduzco yo! —le echó Luke, empujándolo hasta el asiento del copiloto.

El poderoso bramido sostenido de una de esas bestias les llegó desde la parte Este, mientras que el castigo terrible del suelo se paraba al Oeste, a la entrada del campamento. Donde poco antes había estado detenido el todoterreno se presentó el pseudo-primate. Se detuvo y les miró, reposando su peso sobre los nudillos, sus poderosos dedos incapaces de sostenerlo al estilo que haría un gorila de tamaño corriente: la coraza de escamas era demasiado pesada.

Ben rodeó el todoterreno hasta tener un disparo directo y apuntó con su RPG al monstruo. El ser apretó las mandíbulas reconociendo el peligro, frunciendo su prominente ceño, moviéndose lentamente hacia delante.

Ben disparó, y el ser se desplazó con parsimonia hacia su izquierda a cuatro patas, siguiendo con su mirada negra la dirección del proyectil, hasta verlo hundirse y estallar en la selva. Al seguir moviéndose de espaldas derribó la tienda tras él y se la llevó cierta distancia enganchada en una pata. Volvió a dirigir la mirada a los humanos.

— ¡¡¿Ese animal acaba de esquivar el disparo?!! —gritó Ben como si acabara de perder un partido que tenía por ganado.

— ¡¡Tu puta madre!! ¡¿Subes o qué?!! —le gritó Luke.

Schokendorff estiró desde la bandeja de carga un brazo hacia Ben para ayudarle a subir. El vehículo ya daba marcha atrás, hacia el híbrido que caminaba cauteloso hacia ellos. Al verles acercándose, se irguió sobre sus dos torcidas piernas y se golpeó varias veces el pecho, soltando un orgulloso alarido.

“Que me aspen si no es la viva imagen de King Kong”, pensó Ben asustado, viéndose rápidamente más cercano al pseudo-primate.

Mientras, Luke veía con los ojos hinchados de miedo que la selva se abría delante como una madre desgarrada en violento parto para arrojar luz sobre otro coloso de escamas que apenas detuvo su carrera para golpear con ambas manos el enorme generador de gas-oil. Éste salió volando arrancado

fácilmente de sus anclajes de pernos al suelo y cayó a apenas cinco metros del todoterreno, que ya giraba hacia la izquierda y aceleraba directo hacia la parte de bosque a ese lado.

— ¡¡No!! —le gritó Koreander, de pie en la fila de asientos tras Luke y Henrich— ¡¡En la selva nos matarán a todos!!

Luke frenó de inmediato, reconociendo la verdad de la advertencia.

— ¡¡¿Sí?!! ¡¡¿Y qué hacemos, genio de los cojones?!! —Luke dio marcha atrás alejando el morro deformado de la vegetación, mientras los seres se les acercaban por ambos lados.

— ¡¡Usa esto como ariete!! —gritó Koreander, preso de rabia— ¡¡Acabemos con ellos aquí!!!

Luke no necesitaba más explicaciones. Se tenían que buscar la vida, era lo que les quedaba. Aceleró de nuevo hacia delante, girando más a la izquierda, pasando por detrás de las tiendas a ese lado. Enseguida la primera criatura arrancó las tiendas a golpes buscándoles, mientras Luke seguía el contorno del claro hasta girar de nuevo al llegar a la carretera que les había traído hasta allí.

El monstruo los sintió aparecer allí y dejó de rebuscar enloquecido entre la lona y los trastos que contenía. Ben bajó de un salto por la parte trasera del todoterreno, y pasó corriendo al lado de Luke.

— ¡¡Tú tíralo al suelo!! —le gritó a su amigo— ¡¡Tú, coge otro cohete!!

— ¡¡Abajo todos!! —ordenó Luke.

Todos obedecieron al instante, Schokendorff empuñando en su zurda la granada propulsada que le había pedido Ben.

— ¡¡Ven conmigo, tío!! —ordenó Ben a Thor, mientras salía corriendo tras el todoterreno, que se dirigía acelerando ruidosamente, el silbido del turbo ensordeciendo los gritos de los híbridos.

—Henrich, ¡¡vamos, ametralla a esa puta cosa!! —ordenó Koreander— ¡¡Ya sabes cómo se matan!!

Las dos criaturas se movían al encuentro de los hombres algo vacilantes, como pensando en prever nuevos disparos explosivos. Ben, sin dejar de correr disparó contra la más alejada, obligándola a retroceder y moverse a la derecha, alejándola del enfrentamiento de Luke contra su semejante.

Luke aceleró contra la primera, que avanzó a su vez hacia él, y cuando alzaba ambos puños previendo ir a aplastar con ellos la cabina, Luke frenó en seco girando todo a la derecha, activando la transmisión aislada del más trasero de los ejes. El impulso de las dos enormes ruedas, usando como eje el peso llevado en la frenada a la parte delantera, hizo derrapar todo el vehículo en amplio arco en el sentido de las agujas del reloj, alcanzando la robustez y peso de la carrocería las rodillas torcidas de las cortas piernas del gorila gigante. El barrido hizo que el monstruo cayera sobre la bandeja, su mandíbula superior golpeada contra la barandilla de mano entre esa parte y la fila de asientos trasera. Varios dientes rompieron a sangrar desde las encías por el golpe, un colmillo se quebró. Luke aceleró de nuevo, usando toda la transmisión, llevándose con el al monstruo unos metros hasta que por su propio peso quedó atrás, intentando incorporarse de nuevo.

Ben había recargado su lanzacohetes con la nueva granada traída por Schokendorff y, apenas quedaron separados monstruo y metal, abrió fuego directamente contra la cabeza de aquél. El cráneo estalló con una desagradable cualidad gelatinosa, añadiéndose a la eterna lluvia los trozos de hueso y cerebro y la sangre de aspecto oleoso.

Luke, mientras tanto, había girado de nuevo a toda velocidad y llevaba el todoterreno en amplio círculo. Koreander y Henrich habían ido al encuentro de la otra criatura ametrallándole los pies prensiles, rodeándolo. El ser ya se arrastraba sobre los brazos, apenas cojeando con una pata, dejando un rastro de sangre negra a su paso. Luke terminó su amplia curva dirigiendo el vehículo contra la cara aullante del monstruo. La cabeza de éste se retorció dolorosamente hacia atrás por el golpe propinado a tal velocidad. Su cara se deshizo, literalmente. La nariz simiesca quedó desgarrada, parte de la mandíbula superior rota y desplazada bajo la carne hacia el ojo izquierdo, que parecía así hinchado. Todos los dientes inferiores derramándose junto a sangre y saliva amarilla que escupía mientras aullaba.

Koreander y Henrich se movieron hasta encarar a la bestia, a una distancia prudencial.

— ¡¡Fuego a discreción, soldado!! —ordenó Koreander.

Ambos alemanes empezaron a descargar lo que quedaba de sus armas contra la cabeza del pseudo-primate, que se alzaba y sacudía, luego les ofrecía la coronilla, protegiéndose. Levantó una mano como escudo, en un gesto demasiado humano que inducía a la compasión. Pero no la hubo. Dispararon y dispararon, la escopeta de Luke uniéndose al tiroteo con su pausado vomitar de contundentes perdigones. Las escamas del antebrazo se levantaron y rompieron, la carne rosada de debajo desmenuzándose como un tierno pastel relleno de aquel maloliente chocolate tan espeso. El monstruo dejó caer esa mano para apoyarse en el codo y lanzar la otra en rápido manotazo hacia delante. Nada, los humanos estaban fuera de su alcance. El monstruo no era capaz de ver con la sangre propia que le inundaba los ojos, trozos de carne pegada a escamas cayéndosele desde lo alto de la frente. Con su corazón acelerado por el dolor, perdió el conocimiento a consecuencia de la pérdida de sangre desde sus pies tiroteados.

—Está muerto, ¿no? —dijo Luke, contemplando la cosa, totalmente inmóvil, la cara desollada enterrada en el fondo de un profundo charco de barro.

—Diría que más le vale que sí —dijo Henrich, sin nada de gracia.

— ¿Y ahora? ¡¡¿Podemos irnos ahora?!! —apremió dirigiéndose a Koreander.

— ¡Uy! —hizo Ben, al notar que venían corriendo de la selva, también desde el Oeste, rodeando la extraña maquinaria aplastada, unos cuantos nativos mutados, que gritaron disonantes al ver a sus presas reunidas alrededor de la bestia perdida—. No acabamos nunca.

Al mismo tiempo, mientras los seres sin alma atraían la atención de todos, Henrich y Luke se dieron media vuelta. Algo trepaba por uno de los más viejos de los árboles para después lanzarse al claro despejado desde gran altura. Henrich, sobrecogido por una fuerte sensación de repetición de lo vivido, empujó a Luke a un lado previendo el aterrizaje de aquella sombra oscura, acompañada de la gravedad de las gotas de lluvia.

El nuevo híbrido aterrizó a espaldas de Ben y Koreander, quienes usaban su Colt y P90 contra los humanos alterados. Se volvieron a tiempo de ver que, seguidos de las patas, caían los antebrazos contra el suelo, aplastando a Thor desde los omóplatos a las rodillas. Se abrió por los lados tan fácil como un globo lleno de agua, quedando como una mancha informe de sangre, vísceras y ropa nazi arrugada, la cabeza colgando como de trapo cuando el ser alzó los brazos y se lo llevaba pegado, más bien clavado, a sus escamas.

“Joder. ¡Splash!”, se imaginó la mente de Ben con gracia, ya recuperada totalmente de su primer encuentro con la fuerza grotesca de esos “híbridos”.

Koreander y Ben corrieron esquivando por poco nuevos puñetazos descendentes, evitando con habilidad las pezuñas quebradas y tensas de los nativos controlados, avanzando hacia ellos, a través de ellos, soltando un disparo a bocajarro aquí, un culatazo allá, dejándolos a merced de los pisotones insolentes del pseudo-primate. De pronto un manotazo barrió las piernas de Koreander en su carrera. Ben lo vio por el rabillo del ojo quedar atrás, tirado cuan largo era en el barro. Se volvió a disparar contra la cara del ser, sin dejar de correr de espaldas, atrayéndolo con su insultante ataque a un lado. Saltó y rodó por el suelo cuando intuyó el airado puñetazo que le quería propinar. Los nudillos escamosos se llevaron en su trayectoria uno de los pequeños indígenas aliados en ánimo, salvando así a Ben de su placaje. Pero ya estaba encima del humano, y alzaba su pie izquierdo presto a reventarlo con todo su peso. Ben apenas tuvo tiempo (toda una proeza, por otro lado) de disparar dos veces contra la planta del enorme pie prensil, antes de rodar de nuevo esquivando por poco el pisotón. Rodó de lado hasta que acertó a impulsarse con un codo e incorporarse, trastabillando en su carrera lo más lejos del monstruo que pudiera.

Cuando la criatura dio media vuelta buscándole, el todoterreno, de nuevo con Luke al volante, fue a su encuentro desde su izquierda. Pero esta vez la velocidad no dio fuerza al ataque, la parte de atrás del

vehículo apenas hizo al ser retorcer su pierna, molesto. Le echó mano por debajo en el momento en que Luke aceleraba hacia delante, levantándolo no sin evidente esfuerzo, pero la tracción del potente todoterreno le venció y se le escurrió entre los rechonchos dedos de esa mano, mientras con la otra golpeaba apenas el lateral, con gesto frustrado.

Luke pasó con el todoterreno cerca de Ben en su absurda carrera a ninguna parte, y redujo la velocidad para facilitarle el subir a la bandeja trasera.

— ¡¡¡Sube y revienta esa puta mierda, marica!!! —le gritaba.

Ben saltó apoyándose con una mano en el alto suelo, donde alguien había tirado convenientemente el RPG que rodaba junto a la caja donde brillaba, por su carácter de última, la granada retropropulsada.

Mientras él recargaba el lanzacohetes, Luke enfrentó el todoterreno hacia el ser y aceleró hacia ello, cerrándole la capacidad de evasión. Ben disparó el arma, que lo alcanzó en pleno costado derecho al intentar el monstruo cubrirse. La explosión lo tiró sobre su hombro izquierdo, el brazo contrario arrancado por la explosión junto a buena parte de sus abultadas tripas. Se removía y gritaba, pero estaba inutilizado del todo, rápidamente perdía sus fuerzas en aquellas convulsiones de dolor.

No tenían tiempo para rematarlo, más criaturas humanas sin alma venían desde distintos lados de la selva, como llamadas por una muda sirena.

— ¡¡Tío, no sé qué pasa, pero se nos están juntando aquí todas las huestes del infierno!! ¡¡¡Recoge a esos dos antes de que los maten y vámonos de una PUTA VEZ!!! —ordenó Ben señalando a Koreander y Henrich, enzarzados en desesperado tiroteo.

—Oiga... —empezó Samantha, tras varios minutos de tener al inquietante hombre junto a ella—, ¿sería mucho pedir...? Es decir, ¿puedo saber qué pasa aquí?

—Lo que pasa aquí es el inicio de lo Nuevo —dijo tan sólo el hombre casi susurrando, sin dejar de mirar a la nave girando.

— ¿Qué es todo esto, quién es usted? ¿Va a decirme que... es usted un nazi?

— ¡¡¡YO NO SOY UN NAZI!!! —le gritó directamente a Samantha, clavando sus ojos negros en iris, alrededor de lo cual lo blanco se había vuelto amarillo— ¿De veras no sabe nada de nada, verdad?

El repentino tono amable acompañado de esa sonrisa de dientes perfectos aterrizó aún más a Samantha.

—N-n-no, pues no, mire...

—Usted, quizá sin tenerlo claro del todo, ha estado desglosando cierta información codificada de un diario del partido nazi del Tercer Reich... Unas anotaciones sobre ingeniería genética...

—No diría que trataran de eso... Era más bien una absurda carnicería de la genética de distintas especies animales, insinuando su mezcla con... no sé el qué, había eso, algo, a lo que se hacía referencia siempre, pero no quedaba claro. Sonaba a delirio, qué quiere que le diga...

—No es delirio, dígame, ¿cree que delira ahora, viendo esto? ¿Siendo testigo de mi poder?

—La verdad, no estoy segura, mire...

— ¿Que mire, que mire QUÉ? —estalló de pronto, sin que Samantha entendiera por qué.

—No sé, oiga, es una expresión —se excusó encogida, las manos entrelazadas sobre el pecho.

—Yo ahora veo donde nadie más puede alcanzar a mirar, veo cosas que no tienen forma y que enloquecerían a una persona como usted, tan cínica, racional y segura de lo que es la vida, ¿a que sí?

—Oiga, si me conociera vería que soy buena persona...

— ¡¡¡No se burle de mí!!! —volvió a gritarle, no tan fuerte esta vez, pero con los puños tensos junto a los muslos.

— ¡Sólo quiero saber de qué va todo esto! —se quejó ella.

—Esto formaba parte de un proyecto global de contraataque nazi, un plan que lleva gestándose desde los últimos días del Tercer Reich, ¿entiende? La idea básica es la de usar prototipos muy obedientes de animales modificados, armas vivientes, muchas de las cuales tienen además la capacidad de propagar la mutación a otros especímenes... No es el caso de mi vía de investigación, los Pseudo-primates, ¿ve?

El hombre abrió una mano señalando su gorila-máquina.

—Pseudo-primates... ¿con qué están mezclados? —preguntó Samantha, viendo que todo, menos las escamas y el exagerado tamaño era propio de un gorila—. ¿Una especie de reptil?

—En parte, eso es común a todos los prototipos... Estos tienen más... Un sistema nervioso único implantado conexión a conexión, meticulosamente...

—Un... un sistema nervioso... ¿humano? —preguntó Samantha, no queriendo saberlo en realidad—. ¿Eso es posible?

—Lo está viendo, compañera.

El todoterreno atravesó el bosque todo lo rápido que pudo Luke hacerlo rodar. Se encontraron a bastantes indígenas mutados que parecían correr en la dirección de la que ellos venían, seguramente buscándoles. Intentaban subirse al vehículo o les tiraban piedras a su paso, pero no les habían dado mayores problemas. Por fin alcanzaron la prometida carretera hacia esa cosa llamada IT, y la siguieron montaña arriba, en lenta espiral que la rodeaba. Las copas de los árboles la tapaban por completo desde el cielo, pero según se acercaban a los últimos doscientos metros de cumbre, la selva se desmenuzaba como arrancada de la tierra por efecto de una poderosa desertización. Lo que les esperaba allí arriba no era la fresca y brillante roca gris propia de esas tierras, era más parecida a la de los desiertos rocosos de Norteamérica.

La carretera, amplia como para el paso de dos vehículos de la envergadura de aquel en que viajaban, llegó a un paso excavado en la roca marrón de la cima, que se alzaba a su llegada como un larguísimo valle de muros de arena húmeda bajo la lluvia. La explanada era amplísima, la cima entera había sido horadada de un lado al otro, terminando la carretera, de longitud kilométrica, frente a un enorme portón de acero.

Koreander habría esperado una gran recepción con más zombis indígenas teledirigidos y quizá la última de las criaturas híbridas, pero nada... Sólo estaba el macizo portón, que parecía cerrado desde siempre, hecho para abrirse nunca.

— ¿Qué hay dentro? —preguntó Luke tras apagar el motor.

—Quieres saber si hay armas —supuso Koreander.

—Hombre, si aparte de los seres monstruosos enloquecidos tienen ametralladoras de posición, tanques o morteros, pues estaría bien saberlo, sí —dijo irónico pero muy serio Luke, la vista fija en el portón.

—Lo único que hay ahí es el mismo IT, además de provisiones y armamento de asalto. Aunque el IT, si despega, ya es un arma en sí misma... —explicó Alamsterd, torciendo el gesto.

—Pues no dejemos que despegue... ¡Abramos esa puta mierda! —animó Ben.

— ¡Esto no se puede abrir por la fuerza!

—Algún mecanismo habrá, ¿no? No será sólo de salida... —terció Luke.

—Sólo se abre desde fuera mediante la llave personal del general al que se le ha asignado... esto es un transporte especial de emergencia, un salvavidas, si quieres decirlo así.

— ¿Un salvavidas al espacio? ¿Y con armas? —inquirió Luke.

Los cuatro hombres habían descendido del vehículo y se acercaban a la compuerta de acero.

—No he dicho que lleve armas. Dije que es un arma en sí misma. El IT puede moverse a velocidades tales que es capaz de atravesar cualquier material como una bala, sin recibir daño alguno...

—Dejémonos de ciencia-ficción y saquemos La Espada, ¿eh, Luke?

—Pues sí, tío, más vale.

—¿La Espada? —quiso saber Koreander, tras un rato en silencio.

“Maldita sea, ¿pero cuánto más va a tardar?”

La conciencia difusa de Krunguermendfern era un arma de doble filo que estaba mermando su moral, cuyos cimientos se habían vuelto tan débiles así como de mezquino todo su ser al ir siendo invadido, sin poder evitarlo, por la misma bestialidad irracional que se empeñaba, en menor o mayor medida a cada segundo, mantener bajo su control. Ser testigo impotente de los imposibles progresos de aquel pequeño grupo de hombres le estaba sacando de quicio, y el IT aún seguía girando en el sentido de las agujas del reloj.

—Bueno, ¡ya está bien! —acabó por gritar sin necesidad, para su treintena de soldados inmóviles, en alemán—. Tú y tú.

Señaló a dos cualesquiera de la primera fila. “Haced los preparativos para el despegue y activad el pulso electromagnético”, les susurró con la mente... Así, metiendo en los seres el conocimiento necesario para cumplir sus labores, era como podía desentenderse temporalmente de ellos, confiando en su automatismo. Los dos soldados se movieron hacia un lado del hangar y se acercaron con una escalinata con ruedas, que llevaron hasta la parte bulbosa, exacta a la que remataba la nave por encima, del centro de la nave. Samantha reparó entonces en que eso que era el centro no giraba como lo hacía el resto; los hombres disfrazados de nazis abrieron con habilidad mecánica una pequeña escotilla por la que se escurrieron trepando cómodamente.

—Armlek, tú vienes conmigo —dijo el hombre a su lado mirando al gorila gigante, el cual resopló como conforme, bajando la vista hacia él—. Un momento... ¿qué es eso?

Al otro lado del portón de acero, tras revolver varios minutos dentro del amplio compartimento posterior del todoterreno, Luke traía atado a su tórax, con gruesos amarres pasados por los hombros, una suerte de mecanismo que parecían dos gruesos electrodos entre los que se distinguía un cañón, una enorme batería alimentando el aparato. Tenía dos empuñaduras que parecían los mangos con frenos de una motocicleta. Se acercó hasta unos cuatro metros del portón.

—¡Cuidado, ¿eh?! No sé yo si esto me reventará en las manos... —les dijo a todos.

Pretendía ser una broma, pero los tres, Ben incluido, retrocedieron temerosos de lo que fuera que hiciera esa cosa.

Luke giró una llave como de contacto de motor delante de su pecho y acto seguido presionó los dos “frenos” de las empuñaduras. Un rumor sordo hizo temblar el aire y los órganos dentro de Koreander, Ben y Alamsterd, éste último notando severo dolor en su pecho con las vibraciones.

Luke, por su parte, notaba una vibración tal en los antebrazos, que le impresionó tan desagradablemente, que tentado estuvo de soltar las empuñaduras. Pero no lo hizo. Le entusiasmaba el poder, el modo en que esa hoja de plasma azul aparecida como por arte de magia a medio metro de los electrodos cortaba en intensas chispas el grueso acero del portón. El dolor en los brazos le estaba haciendo incómodo el manejo, así que la abertura que dibujaba estaba quedando muy irregular, pero amplia de sobra para pasar incluso con el todoterreno, si fuera necesario.

Koreander estaba muy impresionado con el artilugio. No parecía práctico para combatir, pero consideraba que una unidad de infantería con tal arma podría causar tanto horror y destrucción como un lanzallamas... Ni un tanque se resistiría a algo así, estaba viéndolo.

Uno de los cuatro soldados nazis sin alma que custodiaban la puerta fue partido en dos por el haz de luz tan pronto como Luke lo había activado. Eso puso en alerta a Krunguermendfern, que decidió enviar a más hombres hacia la entrada, además de alejar del portón seccionado a los tres restantes... El haz se extendía unos quince metros... ¿Qué coño era eso? ¿Qué clase de arma se traían? No era de Traumnest, de eso estaba casi seguro... Casi. Armlek. No podía dejar que sufriera daño. Su mecanismo implantado en la columna vertebral era el puente que le unía a los seres tratados con el suero. Y además... era su diosa, Armlek. El motivo y el medio de su venganza, su justa venganza. No podía enfrentarla a sus enemigos. Y menos con esa clase de armamento a su disposición. “No”, se dijo, “todos, todos allí, ¡vamos!”. Envío al resto de los soldados nazis, haciéndoles encañonar sus MP40 hacia el contorno fundido que se estaba abriendo ante sus miradas. Él mismo dirigió la vista hacia la larga profundidad oscura del túnel de entrada. Cómo brillaba ese rayo.

“Matad lo que sea que pase. ¡Que no quede nadie vivo!”

Samantha se quedó sola con el extraño hombre de ojos oscuros y los trece nativos malolientes y derrengados, viendo las espaldas de los veintiocho soldados desfilando con enérgicos movimientos robóticos hacia el túnel.

“¡Vamos, chicos! ¡Venid a por mí!” , les animaba ella a los del otro lado, mentalmente, claro.

Luke terminó su obra. Los brazos le palpitaban de tensión. La pierna derecha le dolía intensamente, resentida aún por el dolor muscular que las vibraciones habían empeorado.

—Ahora, tío, ¡embiste! —animó a Ben, al volante del todoterreno.

Ben aceleró hacia delante tras dar marcha atrás unos metros. En el último momento saltó de la cabina al suelo, dejando al vehículo estamparse por sí solo contra el muro de acero. Su carrera de aterrizaje le llevó hasta Luke, que le miraba con auténtica cara de susto.

— ¡¡¿Qué haces, imbécil?! —le gritó mientras el todoterreno se llevaba por delante la capa de medio metro de grosor.

Al instante se oyó el tableteo de ametralladoras sobre el vehículo, al otro lado.

—Sí, claro, ¿me querías ahí dentro, no? —le sonrió Ben.

—Pues no sé qué te diga... —bromeó Luke.

Koreander, acercándose al borde aún incandescente de la entrada improvisada por la derecha, echó un rápido vistazo. El vehículo había pasado por encima de varios hombres uniformados. A la luz de las ametralladoras que empuñaban pudo ver que, efectivamente, Krunguermendfern había procesado a sus propios hombres. Seguían vivos, pero su aspecto era el de una legión de muertos vivientes, como si los nazis caídos en las batallas de Europa se hubieran levantado de sus tumbas. Eran irrecuperables, de cualquier modo...

Le hizo gesto Luke de que entrara tras él y acto seguido se moviera a un lado. Él mismo y Amsterdam entraron en la contrastada oscuridad, cubriéndole. Los nazis, como autómatas, avanzaban hacia el vehículo sin tripulantes estrellado contra el muro izquierdo, bombardeándolo de atrás a adelante con toda la munición de sus cargadores. Alguno incluso recargaba con parsimonia sólo para poder seguir ametrallando sin motivo. Dios, era patético. Mientras, ellos llevaban a Luke al alcance de la muchedumbre inútil. Luke volvió a presionar los mandos de su arma, La Espada cortó en mitades irregulares a los nazis negligentes mientras Henrich y Koreander abatían a los más aislados del grupo con tiros certeros a las cabezas. Seguían avanzando, con Ben detrás, moviéndose en triángulo. Uno o dos de los soldados sin alma tuvieron tiempo de dirigir sus ráfagas continuas hacia ellos, pero sin

acertar, siempre abatidos antes de poder hacer blanco. Ben seguía prefiriendo usar su Colt de siete disparos, cambiando de cargador a la gran velocidad traída de la costumbre. Incluso se permitía usar su cuchillo en alguna garganta al pasar muy cerca de los autómatas orgánicos, quienes eran más atraídos por la luz del arma de Luke que otra cosa.

Dejando atrás la confusa carnicería y el olor a carne quemada con plasma, Koreander veía al final del túnel cómo el IT estaba reduciendo la velocidad de su giro. ¿Cuánto tiempo llevaba activado? No. Se detenía. Se detuvo del todo. Empezaba a girar más y más rápido en el sentido contrario, levantando una suave brisa hacia la salida del túnel, una atmósfera con sabor a hierro corroído, que se adhería a las amígdalas. “La proximidad con el IT en funcionamiento conlleva alto riesgo de cáncer de pulmón”, recordó sin venir a cuento de un viejo manual leído años ha.

— ¡¡Ahí está!! —dijo Koreander—. ¡¡Matémoslo!!

A Ben se le disparó una alarma. Sam, la chica. El científico nazi. No, ninguno debía morir; ella por moral propia, el otro era la misión.

Ben le propinó una potente patada en la parte posterior del muslo a Alamsterd, para acto seguido golpear el codo de Koreander con la culata de su pistola, haciéndole soltar el arma.

— ¡¡Hijoputa americano!! —rugió Koreander, lanzando su zurda hacia el delgado cuello de Ben.

Sentía la nuez atrapada por los dedos gruesos y potentes del general, la muñeca de la mano derecha herida por la presa de la misma mano de Koreander. Tuvo que soltar el Colt. Koreander lo alzó rugiendo ante sí. Llevaba demasiado esperando el momento, y mira, el mismo americano lo había elegido. Llevó su diestra hacia la cintura de Ben, de donde sacó el cuchillo de su funda.

— ¡¡¡Noooo!!! —gritó Samantha, viendo eso. Los seres indígenas salían corriendo hacia los dos hombres enfrentados entre sí—. ¡¡¡Ben, cuidado!!!

— ¡¡¡Silencio!!! —le gritó el hombre de ojos negros, soltándole un puñetazo sin ni siquiera mirarla, una mueca que parecía una sonrisa tensa dibujando arrugas en su frente y bajo sus pómulos.

Samantha cayó de rodillas tras tambalearse, con el labio inferior partido a la mitad. No pudo ni articular palabra, del shock, simplemente jadeaba mirando el hilo de sangre estirarse desde su cara hacia el suelo.

Alamsterd ignoró el enfrentamiento entre el americano y su superior, y empezó a disparar a discreción a los seres mutantes que se les echaban encima.

Koreander cogió impulso para hundir la hoja del cuchillo en el estómago de Ben, pero Luke, ya sin La Espada, se lanzó en carrera hacia él soltándole una potente patada en el hombro. Ben cayó de rodillas, asfixiado. Koreander de costado, hacia los monstruos que venían en carrera exhausta, arrastrando penosamente los pies, muy desgastados por la obediencia a su señor, quien les había privado sin darse cuenta de su necesaria nutrición e hidratación desde hacía dos días.

Henrich dejó de disparar al ver al general Traumnest tirado entre los seres, temiendo herirle, pero para su sorpresa éste se levantó de inmediato lanzando por los aires a los que se le querían echar encima, derribándolos a brutales golpes de sus solos brazos para luego proceder a pisotearles las cabezas con brutal saña. A escala, era igual de brutal y contundente que los híbridos pseudo-primates. De modo que, confuso, apuntó con su MP40 a los americanos, a tiempo de ver cómo Ben lanzaba su recuperado cuchillo hacia él. La hoja se le hundió en la garganta, y Alamsterd retrocedió, soltando una salva hacia el techo de la cueva antes de caer de espaldas, respirando sangre, pataleando.

Luke estampó solemnes puñetazos contra las narices de los pequeños individuos nativos corrompidos que se acercaban, mientras Ben recuperaba su pistola y la usaba contra sus cabezas antes de que se incorporaran. Renqueaba de dolor, la garganta le crujía. Por poco no le desgarró el cuello, el hijoputa de Koreander.

Entre los tres habían acabado con lo que allí quedaba de los seres corruptos. Intercambiaron miradas. Luego las dirigieron hacia el IT. Las patas prensiles de la última criatura híbrida se escurrían



allí debajo, izadas a través de la gran escotilla antes de cerrarse sonoramente. Ni rastro de Krunguermendfern o Samantha.

El IT dejó por un segundo de oscilar de esa manera casi imperceptible arriba y abajo, se inclinó en un ángulo de unos treinta grados, el lado próximo a los supervivientes descendiendo y arrancando con los giros del metal los soportes de electromagnetismo en ese lado. Silencio. Y de pronto, en un feroz estampido, la pared de roca al fondo estalló hacia el exterior gris y lluvioso, sumiéndolo todo allí dentro en ventisca de polvo de piedra que hizo a los tres hombres tirarse al suelo.

Durante varios minutos estuvieron cayendo pedazos de roca de lo alto de la pared, minutos durante los cuales estuvieron los hombres intentando respirar aire que no estuviera sucio de polvo, algo imposible, la verdad. Ninguno se movió lo más mínimo de su lugar en ese tiempo. Ni Ben ni Luke llamaron a su compañero. No querían delatar su posición al general alemán, y él probablemente pensara lo mismo.

El polvo marrón se fue depositando, y la vista aclaraba. La cueva había sido abierta en su lado Sur, a lo alto, cuando el IT se había desplazado a imposible velocidad inicial en esa dirección. La lluvia y el viento entraban libres en el hangar y removían el aire, llevándose al exterior buena parte del humo de piedra.

Luke se había incorporado, sacudiéndose inútilmente la ropa. Avanzó hacia Ben, que esperaba sentado, un brazo apoyado en la rodilla, las pestañas impregnadas de polvo, los ojos llorosos, parpadeando.

— ¡Puaj, tío! —dijo Ben—. La hemos jodido.

—Ni que fuera la primera vez... —le animó Luke, ayudándole a levantarse.

—Sam, tío...

—Lo sé...

— ¿Y ahora?

—Hummm... Aún queda por hacer.

Ben siguió la mirada fija y tensa de Luke. A unos diez metros, Koreander esperaba erguido, manchado de polvo de pies a cabeza. Su ridícula ropa de turista era entera marrón, al igual que su cara, brazos y pantorrillas, donde el sudor había hecho suyo el color de la roca que les rodeaba. La verdad es que los tres tenían el mismo aspecto, el de alguien que acabara de atravesar una tormenta de arena rojiza.

—Lo queráis vivo... —dijo el alemán.

—Eran las órdenes —explicó Luke.

—Os habéis lucido. Genial.

—Aún podemos quedar bien —añadió Ben, y parafraseó—. “El resto de los nazis son prescindibles. Elimínadlos”, ¿a que dijeron eso, Luke?

—Ajá.

—Venid a ver qué tal os sale.

Koreander, bueno, Traumnest, avanzó hacia ellos a pesar de haberles invitado él a acercarse. Sus ojos azules centelleaban en mitad de la efigie de piedra que parecía su gesto tenso. Ben y Luke no se molestaron en buscar alguna de las armas por el suelo, simplemente fueron a su encuentro con las mismas manos desnudas, tal como él pretendía matarles.

Luke fue el primero en lanzar un rápido puñetazo con su diestra que Koreander dejó pasar sobre su hombro izquierdo, mientras le propinaba un violento directo con su mismo brazo izquierdo en todos los morros. Ben, casi al instante, lanzó una patada que pretendía descoyuntar la rodilla de Traumnest,

pero la había previsto y detuvo con su espinilla el ataque, alcanzando a Ben en el tobillo, quien casi sintió así el pie arrancado por su propia fuerza ejercida. Retrocedió sorprendido, cojeando sobre su pierna derecha, sin entender cómo había contraatacado simultáneamente, en un mismo movimiento, a los dos.

Luke no se había dejado amilanar por sus labios desgarrados y placó a Traumnest echándole mano a nuca y cuello. Traumnest empujó con la palma de su diestra el codo izquierdo de Luke mientras le barría con una pierna al lado contrario. Luke cayó con todo su peso, la fuerza y rapidez de la llave haciéndole medir con las costillas la roca viva del suelo. Ben saltó hacia Traumnest desde su lado derecho lanzando una amplia patada circular dirigida hacia su mandíbula. Pero el corpulento general retrocedió con un ágil paso lateral. Detuvo otras tres rápidas patadas de Ben antes de que Luke saltara furiosamente a cuatro patas sobre sus piernas. Se abrazó a ellas furiosamente, haciéndolo caer de espaldas, lo cual aprovechó Ben para pisotearle el pecho y la cara. El general descuidaba el pecho, hasta que una de sus manos agarró el tobillo de Ben. Luke intentó que lo soltara golpeándole varias veces la entrepierna, pero nada, Traumnest tiró de Ben hacia el lado contrario, obligándole a abrir las piernas sobre él y le golpeó en plenos genitales a puño cerrado, antes de dejarlo caer de espaldas sobre Luke, al que asestó tres puñetazos en la sien de tal fuerza que no le quedó más remedio que soltarle. Traumnest se arrastró de debajo de Luke soltándole fuertes pisotones sobre la cabeza, que él apenas podía evitar poniendo delante los antebrazos.

Traumnest se incorporó, arqueando las piernas y frotándose entre las ingles.

—Atacar a los huevos es de maricones... ¿No podéis dos contra uno? ¡Vamos, maricas, VAMOS!

Luke se arrastró apartándose a Ben de encima. Tenía la sien izquierda abierta, y la frente y la parte alrededor del ojo a ese mismo lado ya se le hinchaban.

—Nos ha llamado maricones, ¿vienes? —le dijo al saco que se retorcía en el suelo que era Ben.

—Nouuuu —aullaba, con las manos entre las piernas—. Ve tuuuuuu...

—Genial.

Koreander esperaba, aún tocándose como poniendo el paquete en su sitio, o comprobando que nada le faltara.

—Ven, soldadito. Te enseñaré a pelear como un hombre, ¿gustas?

—Hijoputa nazi de los cojones...

Luke cambió de táctica, volviendo a recurrir al boxeo, pero con patadas. No quería volver a perderse en llaves con ese hombre: demasiado fuerte, experimentado y, sobre todo, rápido. Tal como había supuesto... en realidad peor... Luke lanzaba puñetazos que ese viejo esquivaba como si fuera el puto Cassius Clay. Y para colmo hacía una gala del contraataque simultáneo que ya le preocupaba. Luke no hacía más que llevarse directos a la cara y patadas terribles que sus antebrazos estaban empezando a querer dejar llegar a las costillas. Lanzó a la desesperada una combinación de directos y un gancho, seguido de una patada baja al muslo izquierdo de Traumnest.

¡Sí! La distancia media le había servido, pero no pudo regocijarse en ello, al tiempo que Traumnest recibía la patada, Luke se llevó un golpe seco junto al ojo derecho: un tremendo codazo que le zarandeó el mundo alrededor, de pronto se encontró en un huracán en mitad del que no había aire que respirar. Se dio media vuelta siguiendo la inercia del golpe, para al instante sentir la suela poderosa de la pierna derecha del alemán justo sobre la cintura. Su amigo Ben le recibió con los brazos abiertos, salvándole de caer de morros.

— ¡Me toca, colega! —le dijo al oído con la voz muy aguda, para al instante soltarle y dejarle en su vaivén.

—Así no tiene gracia... —dijo Traumnest recibiendo el juego de acrobáticas patadas de Ben con una postura ahora no tan ágil.

Cojeaba sobre la pierna izquierda, donde Luke había lesionado el cuádriceps con la puntera de su bota. Pero aunque ya no esquivaba las patadas de Ben, las detenía en toda su potencia como si fueran livianas ramitas llevadas por el viento. Ben, muy ladino, le obligó a retroceder la pierna derecha para mantener el equilibrio y acto seguido describió una potente patada descendente en vertical que alcanzó con su talón justo encima de la rodilla de la pierna herida.

Traumnest rugió, arrastrando la pierna del golpe hacia atrás. Flexionó la derecha casi como si rindiera pleitesía a Ben en obligada reverencia. Ben, muy rápido, acertó a golpearle en toda la cara con otra fuerte patada circular, ayudado por la ventaja de la baja altura. Eso habría noqueado a cualquier otra persona, pero Traumnest se sirvió de su aproximación para saltar hacia él y empuñar su cuello delgado con ambas manos. Se izó sobre su pierna sana, levantando una vez más a Ben del suelo.

— ¡Esta vez te mato, pequeñín! —gritó el gólem de tierra.

Ben arañaba los antebrazos de Traumnest, incapaz de más. Por el rabillo del ojo vio a Luke moverse.

Luke se acercó por detrás de Traumnest y le castigó el bazo varias veces con fuertes puñetazos. Pero no soltaba a su amigo, quien crepitaba sin tener por dónde respirar, con un sonido espantoso. Luke llevó su mano derecha al cuello de Traumnest e hincó los dedos entorno a su nuez. Apretó. Sentía la carne desgarrar, y eso por fin hizo que el nazi soltara a Ben, que cayó al suelo de culo con la garganta silbando quejumbrosa, liberada.

—Ahora eres mío, cabrón —le susurró entre dientes Luke al oído.

Con su brazo izquierdo sostenía el antebrazo de Traumnest, mientras él le soltaba fuertes codazos con su brazo libre en el lado derecho, en las costillas. Los rápidos y potentes golpes le hicieron sentir cómo aquellas se rompían dentro de él, pero Luke no soltaría ahora. Sentía cómo la sangre corría sobre sus dedos mientras arrancaba la laringe del alemán. Gorjeaba, un último hálito furioso tras el cual cuanto recuperaría para sus pulmones sería sangre, y lo sabía.

Un último tirón y su mano se alzó con el preciado trofeo.

Traumnest seguía consciente, pero no quería seguir peleando. Dejó los brazos muertos y se dejó caer, ya perdido, sin arrepentirse de nada en toda su vida.

Luke se limpiaba la sangre del cartílago que había tirado al suelo, llenándose la camiseta de grumos enrollados de polvo húmedo. Ayudó a Ben a incorporarse, aunque lo único que parecía dolerle de veras era el cuello.

—Tío, estás hecho mierda —le dijo Ben con voz de vieja apaleada.

—Pues tú estás muy guapo, ¿cómo haces para terminar así todas las misiones?

—Necesitaré respiración asistida...

—Esa voz es de tanto fumar, ¡vamos!

—Anda, activemos el transpondedor cuanto antes, que nos saquen de aquí...

—Sí. Tengo hambre.

—Yo tengo sed. ¡No me hagas hablar!

## EPÍLOGO

—Saben lo que es ser unos inútiles, ¿no?

Luke y Ben acababan de entrar al despacho del Coronel Clain. Tan pronto como Luke había cerrado respetuosamente la puerta, aquel se puso rojo como un tomate pintado de fina nata bajo la nariz.

— ¿Ein? —hizo Ben.

—Cojonuda esa mierda de hace tres días. Han dejado que se lleven el señuelo y que se escapara el objetivo...

—Surgieron complicaciones, Coron... —empezó a excusarse Luke.

— ¡LO SÉ! ¡¡He leído su informe, pusilánime petimetre!! ¡¡EL ÚNICO INFORME!!!, dicho sea de paso... —añadió, mirando iracundo a Ben—. Hubiera sido mejor que la mataran a ella y al objetivo... Bueno, ahora tienen otro encargo de los de arriba. No sé por qué, a alguien le ha parecido cojonuda toda su mierda, esa batalla campal surrealista que se han marcado ustedes allí...

— ¿Otro encargo? —Quiso saber Ben—, ¿y qué hay de Sam?

— ¿Quién? —Quiso saber perdido el Coronel Clain, mirándoles por encima de la fina montura de metal de sus gafas.

—Samantha, ¡la chica! —intervino Luke, sorprendido de que no se supiera su nombre.

— ¡Ah! La señorita Brenniard... Pues miren, como no sabemos dónde está, y que conste que sería genial disponer de esa información, pues no podemos hacer nada...

— ¡¿Y no la vamos a buscar?! —replicó Ben, indignado.

— ¡¡ESO A USTED NO LE ATAÑE!! ¡Usted y su novio se van de nueva luna de miel, a Siberia, esta vez...!

— ¿Qué hay en Siberia? —quiso saber muy formal Luke, recibiendo una mirada de reproche de Ben.

—Todo a su tiempo, parejita, todo a su tiempo... dejen que les ponga en antecedentes... —empezó el Coronel Clain.

Julio de 2011

